

Todos los cíclopes tienen los
pies delicados

Toldos los cíclopes tienen
los pies delicados/ Jorge Goyeneche
-1ª ed. Buenos Aires, 2025-

ISBN 978-987-4914-38-5

© Jorge Goyeneche
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.jorgegoyeneche.com.ar

huesosdejibia.com
facebook.com/editorial.hdj
instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Ludmila Martínez Catinari

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

Jorge Goyeneche
Todos los cíclopes tienen los pies delicados

*A los viejos que cuentan siempre la misma
historia, y es distinta.*

Hay veinticinco ramas de la verdad.

YI CHING: DIARIO DE VIAJE.

Está en la bandeja del resonador magnético, que se desliza como la cinta del aeropuerto. Él, la valija, puro cuero sin metales, atado, mira el cielorraso hasta que el túnel lo empieza a engullir. Le ha dicho al técnico que tiene claustrofobia, miente que cree poder manejarla. Respira lento, inhala, contiene, exhala, aguanta en porciones de diez segundos. No son diez, porque cuenta demasiado rápido. Al menos está casi todo el cuerpo afuera. Pero eso dura nada. Solo los pies se salvan del encierro, supone, porque no los puede mirar en esa postura. Recurre a pensar en un color y con la brusquedad que lo asalta, primero recorre un desordenado arco iris, luego se combinan hasta volverse marrón oscuro. Se enfoca en la letra de una canción y la entona mentalmente. Pero en cada distracción vuelve el amanecer del pánico. Es un sol enloquecido que se asoma a impulsos de taquicardia. Ni siquiera lo rozan. Todo el mundo está lejos. Es un paquete de recorrido corto aunque eterno.

Nadie lo arrestó ni lo acarreo contra su voluntad. En los días previos penduló desde la necesidad de saber si algo estaba mal en su interior, hacia la negación obcecada. Idas y vueltas arrítmicas. Después de luchar contra sí mismo en la calle y en la sala esperando el turno, se entregó a regañadientes en el pasillo final, su corredor de la muerte. El artilugio sádico reina en el centro del salón sin sentimientos y el técnico da indicaciones despojadas, como manual de instalación. Él es el objeto a instalar.

Inmersión. Primero advierte la bocina, de inmediato suena una alarma y comienza el motor con su batir de barco viejo o submarino que anticipa la oscuridad y la mazmorra. No es redoble de guerra o trabajo forzado sino supuesta investigación que encubre la tortura. El maniatado debe sonreír, agradecer y ser paciente mientras su cabeza se sumerge en el terror. Es casi libre porque puede no sonreír ni agradecer ni ser paciente, pero debe quedarse absolutamente quieto, en un silencio que significa hagan de mí según su buen saber y entender.

Siempre está el cuerpo en movimiento, aun en el reposo. Tanto

que después de muertos siguen creciendo el pelo y las uñas; viene luego la reversa hasta ser humo que depositará a lo lejos su materia como polen extraño, para ser nutriente de los hongos que andarán sin estridencia del sauce al arbusto, al pasto y la huerta. Los huesos y los dientes resistirán más tiempo pero solo en la medida humana. Hasta las piedras se deslizan por la ladera, y si están fijas las mueve la erosión. El fanático en cambio se supone inmutable, mientras envejece notablemente.

El técnico observa el desarrollo y le pide que no se mueva. Por un instante lo distrae del pánico. Tiene una voz tan fría y monocorde como las paredes de la habitación. Son de un blanco atonal. No hay en ninguna superficie una foto o una planta. El gran vidrio incluso impide ver hacia la cabina donde está el operario con su pantalla. Los ruidos también son airados por irreconocibles. Ni máquina industrial ni instrumento exótico. Claramente no es Jonás en la ballena amable y distraída, inmersos ambos en el mar amniótico, iría él protegido por la blandura de los grandes órganos. Mejor sería el sobresalto de estar en ese interior tibio, que en esta displicencia. Según el algoritmo del robot que rige la instalación y este proceso, todo es perfecto. Aquí no hay nada. Una nave en excursión a Marte, de las mismas dimensiones que el habitáculo de pesadilla donde es estudiado ahora, no contendrá seguramente estos terrores de soledad. Allí el navegante espacial ve el universo. Flotar en el espacio ingrátido, al menos, tiene el paisaje de las estrellas y de la tierra a lo lejos. La aventura sería la propulsora de su viaje temerario, y no una helada verificación del estado de salud. Una bala disparada hacia el planeta vecino, con un explorador montado adentro, no es el aislamiento del proyectil magnético en una jaula de Faraday donde el gran ojo reacomoda los átomos de un cuerpo humano mientras las neuronas se debaten ante la falta de recorrido y la negación del entorno. Por la sangre y los órganos se mueven restos microscópicos de plástico que el abandono y la avaricia han arrojado a las aguas y de allí a los alimentos y el aire; el magneto los amiga con sus hermanos componentes de la máquina monstruosa.

La somnolencia es producto de un hígado que procesa forzado algún humor o pesadez (no hay certeza). Un malestar generalizado. No es dolor sino abulia de cada electrón del sistema. Se nubla levemente la vista y cuesta ver de lejos. Podría confundirse con una baja de presión, 10/5 (hipotensión). Pero es el hígado; en realidad, el hígado mítico con su fiereza para el combate, con su garra dispuesta a retrepar y escalar lo ya escalado (aquel escollo que nos arrojó al suelo veces y veces). Ese hígado parece entregado, lentificado.

Viene una imagen de Aquiles. La suplanta inmediatamente Espartaco, luego los judíos atravesando el desierto, un desconocido cavando el túnel puñado a puñado de tierra para huir de la jaula hacia la libertad de bombas y heridos. Imágenes más cinematográficas y literarias (es probable que el hígado andando en tres cilindros ocasione esta disminución).

Qué cifras dará el hepatograma de un novelista casi poeta. Y el electrocardiograma con sus cordilleras y valles. Todos los nombres técnicos, herméticos, que se reducen finalmente a *vivirá o padecerá*.

El páncreas infunde miedo, regula; todo carne, todo rojo, lo llamaron los griegos. Sus jugos neutralizan, descomponen.

El alma es el gato de Schrödinger. ¿Cómo verla dentro del cuerpo? Y el ojo del técnico que mira la pantalla modifica lo observado.

En ese sistema de órganos y vísceras, conductos que llevan y traen, hay más que porcentajes. Tal vez los recuerdos, los deseos, las experiencias y fantasmas se alojen en esas bolsas donde la máquina ve solamente aquello que espera encontrar.

Por supuesto buscó información sobre resonadores. Nada de imágenes, sólo texto. La deriva del hipocondríaco lo conduce

por todos los barrios de la red. Qué produce el magnetismo sobre el cuerpo, se pregunta, e inmediatamente afloran páginas prestigiosas que hablan de protones y guones. Estamos compuestos sobre todo de vacío, apenas habitado por unos átomos que no llegan a ser el uno por ciento de cada ser. Y la máquina tonta se dedica a reubicar caprichosamente esos pobres elementos para sacar algo así como una foto del fondo marino. Ahora, sobre la bandeja donde yace, aquella información se reacomoda a su posición horizontal de valija apresada y temores explosivos con consecuencias fácticas porque lo que había sido frente a la pantalla una sorpresa negativa se vuelve ya vibración de pánico en cada nervio y los músculos dispuestos a soltar sus resortes. Intenta vanamente focalizar en una imagen mental positiva y tranquilizadora pero (ya lo sabía antes de probar) es imposible porque lo que ve a veinte centímetros y lo que circula por su interior es únicamente la materia forjadora de pesadillas.

Los ojos se acostumbran a la pantalla, registran los tópicos del amor y el deseo (una mano se extiende pequeña, otra mano, robusta, la engarza; parpadeo, lágrima; se alza un cuchillo tras el marco tenebroso de la puerta abierta, suceden gritos en el ático y fricciones en el sótano). Ambos lugares comunes hastían pero también tranquilizan al espectador rutinario. Los estudiosos explicarán parcos que la retina está bien, que el campo visual no muestra lesiones. No son necesarias las gafas para dormir, le habían dicho. Y ahora no las tenía.

El sueño se descubre desde afuera en ese movimiento repentino. Detrás harán los días su tarea, dejarán restos para reciclar. Detritus del trabajo y convivencias van entrechocando hasta formar su noche de rem. En blanco y negro, con fondo de neblina, casi nunca feliz, se mueven las figuras que persiguen o caen en pozos insondables. Algunas tienen rostros reconocibles que inmigran del remotísimo pasado, también hay caras recientes aunque anónimas. Las pesadillas se demoran en el vientre y hacen su camino hacia los centros cerebrales específicos donde la fragua combina azarosa esto y aquellas. Allí adentro en la espesura de la

almohada, los libros leídos juegan a su vez con la trama desapareja. Es un universo donde casi nada penetra ya del exterior. Pero atado a la máquina, la vigilia es perpetua.

Hubo una muerte que lo precipitó en el agnosticismo y los tabloneros de la iglesia se quedaron sin sus rodillas, que ya no rezan. Su padre decidió enviarlo a la misma escuela parroquial donde él había sido feliz. Su madre optó por el silencio. No sabían que los tiempos cambian pero los fanatismos perduran. Allí tuvo un único amigo, el pelirrojo, que hacía tolerable la tortura del entorno, pero murió al fin de la infancia, y lo dejó a solas con la violencia del dios bueno del que hablaban los curas. Después se sumaron a su caravana incrédula, los odios acumulados en la escuela vidriosa, la ciencia y la razón que desmembraron cualquier fe en barbados inmortales o en dioses exóticos. Sin embargo mantiene el convencimiento de que la energía, ese espíritu, esa alma, no desaparece, vuelve a la química sagrada del universo. Otra forma de convencimiento sin pruebas de laboratorio.

Hay manos que tocan seres y días que tocan cosas. Acariciar una persona, pasar la palma por las hojas. Ahora se concentra en pequeños rincones de su cuerpo, un ejercicio elemental para bloquear las ideas fijas, los miedos inmediatos. Un cosquilleo en la rodilla lo lleva hasta ahí pero es muy fugaz y no resiste ser pensada por más de unos pocos segundos. Así, voluntariamente recorre sin ver la pierna hacia arriba, hasta que el viaje lo instala en su mano, sus dedos que puede mover, el pulgar. Lo aprieta contra el índice, teclea con ritmo variado cada uno de los cuatro amigos, ida, vuelta, saltos como si tocara el piano, luego intenta rotar pero las ataduras se lo impiden y simula como puede un re, un sol, un do en la guitarra. El índice derecho que se hace falso protagonista (esa es tarea de la mano izquierda), avanza al primer plano de su imagen mental y se convierte en dedo jalando el gatillo de un arma larga. Es el viejo máuser de 1909 que alguien robó, como broma, del Centro Militar. Fue cuando su padre tenía 17 e iba al secundario. El director dijo que si

hacían las prácticas de tiro se salvarían de un par de meses de ir al ejército. Y fueron, en banda de machos revoltosos que ya se habían robado una tarde una sotana y paseado por el centro de la ciudad. La dependencia federal guardaba el mismo desorden que el resto de los uniformados. No les pidieron documentos al entrar, ¿sabrían contar hasta veinte esos capitanes? Los viejos fusiles ya habían sido reemplazados por armas automáticas ligeras y arrojados a los rincones inútiles de los entrenamientos. Cuando salieron después de hacer foco en el blanco y en cualquier otro lado divertido, alguien (su padre o un compañero) escondió el rifle veterano bajo la campera y parte del pantalón. Con el caño hacia abajo, detrás de la bragueta, como verga ostentosa le pendía hasta la rodilla. Caminó rengo entre las risas tontas de sus amigos. Muchas décadas transcurrieron hasta el atentado.

Que nada está a nivel, ni los riñones, las dos mitades de la cara con sus orejas corte de pelo la boca los dientes la lengua ojos. Imposible que los pies sean iguales o las rodillas, un muslo más ancho que el otro, los músculos gemelos son fácilmente distinguibles. Cómo serán entonces idénticos los pensamientos con el correr de los días. Claramente antinatural la unicidad. No hay ángulos rectos en ese universo del cuerpo, ni centro tampoco, allí está el corazón, el tan cacareado corazón del patriotismo y el falso romance volcado de lado sin un par. O el cerebro en dos mitades que no dan lo mismo, con sus burbujas desparejas y su montículos afortunados (una línea recta, un plano a nivel perfecto, serían claramente de toda inutilidad). Para ver con volumen y dimensión son necesarios dos ojos que rara vez tienen la misma capacidad y nunca pero nunca ven el mismo sector a la vez. Los pulmones, ovarios, testículos y senos, las piernas, orejas y los glúteos ni siquiera son su imagen del espejo. El exterior está hecho de curvas como el recorrido de la luz y los astros, como el interior y aspecto de los seres vivos y las piedras (que disimulan su ritmo con alguna arista defensiva hasta que implacable la erosión le acomoda sus formas). Las caricias y los besos son curvos. Los abrazos, los saludos amables. Y allí muy adentro en lo invisible casi, están las neuronas, los átomos, el adn. Todos giran en elipsis o burbuja.

Imposible estar al margen del envoltorio. Como el viento a la nube, el universo da forma a sus componentes. La tierra gira, el sol también se mueve y la galaxia hace su ruta. La máquina con su hierro y aleación, en cambio, pretende rectitud.

Atrás, tierra postrera, luna oscura, queda el revés de la sangre, su recuerdo, porque fluye hacia el frente y ocupa el territorio extenso de la piel en contacto de otra piel que enrojece llena de todos los fluidos. Y el gozo del encuentro erótico, la amable cercanía, se hace al filo de la muerte. Se camina por el borde entre el paisaje de la luz y de la nada. Allí habita el éxtasis. Tan poco dura en proporción al tiempo del trabajo y los días, y sin embargo mucho más memorable en cada curva de los nervios, en todas las terminales del aire y sus líquidos internos. Lo demás es paréntesis hasta que el amor se repita. Tal vez allí radica la brutalidad del sexo entre personas, tal vez sea por el imperio fugaz del gozo, la percepción de andar al filo entre vivir y dejar de ser. Tal vez la escalera evolutiva haya llevado a la sublimación del impulso asesino, en cambio la mantis se come al macho, mueren el antequino y los salmónidos, también los zánganos tras fecundar a la reina. Pero algunos humanos resisten como los árboles y los yuyos que polinizan leves a distancia. Tal vez en el amor desnudo haya olvido de la propia oscuridad. ¿Qué ocurre con los espacios apenas irrigados que deja la emigración de la sangre hacia unas pocas regiones erógenas? ¿será como sequía, anulará otros frutos, y el pensamiento y los frenos no habrán de funcionar? Crocantes las neuronas, sin brillo entre las sábanas, dan paso al impulso feroz de los sentidos. Difícil hacer a un lado lo tanático, salvo que sueños, imaginación, todas las potencias de la persona, se unan para tener un goce compartido.

Toda la persona con su química y su física, los movimientos, la electricidad, todo ese objeto extraño llamado cuerpo, está en función de producir una idea, una caricia, un paso hacia el lugar donde nadie más llega. Así devora el contorno, lo sepa o no, para dejar alguna marca en la arena, las paredes de la cueva, en pergamino y escrito en el aire, creado por la voz o la mano.

También genera el largo olvido. El fósforo en la sangre y en los huesos, corre o se fija o retrocede, da vitalidad da fortaleza, luego se funde en noche interminable.

La espera se hace insoportable, el tiempo no transcurre pero sí la ansiedad. Ya no sabe en qué pensar para distraerse. Filosofar lo entretiene apenas un rato. Siente que no puede quedarse quieto, necesita ver algo distinto que ese techo bajo de la máquina. No le ha resultado útil el intento de respiración rítmica, convertidos los compases en desaparejos, acelerados; tampoco hacer foco en un color o en un paisaje; las melodías y las letras se le escapan; recurre a películas, a libros, a momentos felices de la infancia, pero todo dura nada. Aflora la literatura con sus tramas, Ulises de regreso, el perro que lo reconoce, un fragmento de la Divina Comedia, el Quijote muriendo en su propia cama. Abre los ojos después del breve olvido de su momento y se topa, choca, con esa luz robótica que lo recorre, y él boca arriba rememora fatalmente el cuento de Cortázar, el motociclista y el indio, el sacrificio, boca arriba. Hay un instante en el que salta hacia Borges y Dahlman que sale a pelear a la llanura sin saber manejar el cuchillo. Pero la realidad lo empuja contra esa plataforma helada metida en el túnel de magnetos y no puede dejar de ser el hombre que será sacrificado en el altar enemigo. Hay un amigo muerto en la infancia, una emperatriz que vuelve del pasado y la lejanía, en una canoa persa un monje budista ve la Cruz del Sur y un francotirador prepara su arma.

Cree que ese ruido distinto que se produjo fuera de la habitación, ha sido un disparo. Teme la muerte del técnico. Hace unos cuantos minutos le dio una indicación pero luego ha estado en silencio. Quiere creer que afuera estará todavía el sol o la nube. En su inmovilidad sospecha que todo ha caducado, que no hay más vida en las calles. Tal vez sobrevivieron los árboles. Seguramente han desaparecido los pájaros, tan frágiles y expuestos a esa tribulación del clima. Esta habitación inocua será entonces su protección, piensa. De inmediato su corazón tiritita de culpa o al menos de miedo a que todo esto sea castigo por el crimen

que planificó. Lo tortura aceptar allí atado boca arriba que el infierno es simplemente la máquina que lo tiene en su entraña servido en bandeja. Ningún círculo dantesco, nada de fuego o inframundo, sino acá y ahora, solo, maniatado, olvidado incluso por el operario, el técnico, ese satán impecable tras el vidrio.

Quién dijo que el blanco es pureza. Es apenas lo previo, una nada que podría llegar a ser, piensa el novelista casi poeta en su desorden de ideas causado por el pánico. El pánico, que todo lo aplana. Necesita actividad de catecolaminas, precisa la resistencia del bebé en el parto, que en su recorrido agónico es protegido por la voz conocida que grita al pujar. Aquí hay un filoso silencio, en cambio, matizado por crujidos de amenaza. Nadie está pujando por él.

Nació de parto natural. Difícil y lento hasta el borde de la cesárea, eso le contaron. La luz al final del túnel tardó demasiado tiempo y cree que es el origen de su claustrofobia. Ese terror al encierro, a despertar bajo tierra, usar el ascensor, viajar en subte. La sola idea de un caño a oscuras por donde huye un prisionero de película, le asegura pesadillas. Y ahora, en este monstruo, todas las terapias se evanecen y queda sometido al terror. No le teme a la muerte sino a la agonía. ¿Por qué aceptó este estudio sabiendo en qué consistía?, tal vez por vergüenza, quizás por soberbia; dos formas del mismo desequilibrio.

El reloj duerme su siesta. No es un tictac clásico sino un sonido exótico y violento de máquina que disimula su condición. Es sadismo con prescripción médica. La bandeja pega cortos empujones con ruidos también cortos y rotos. Intenta mirar hacia su interior pero los ojos se le abren y se topan con el plástico inmediato y esa luz de ojo cíclope. Los imanes lo rodean, le emiten su dominio. El tiempo se contrae y no transcurre, no es tiempo psicológico, es tiempo en otro momento de la creación, se desacelera y allí está acarreado él la claustrofobia sin horizonte.

Quizás nunca se llegue a saber si se llevaron a cabo los crímenes, o si realmente existieron los asesinatos y la Banda de Veteranos. Pero no hay registros de tales hechos. Un desperfecto del resonador con sus terribles consecuencias sobre el paciente impidió hacer mayores averiguaciones. Solamente quedaron unos documentos en los que narra fragmentos e ideas, anotaciones, datos, sobre un conjunto de septuagenarios que deciden hacer justicia por fusil propio con supuestos corruptos más o menos conocidos.

Las percusiones, ese martillo imprevisible del resonador, lo remiten al viejo fusil máuser. Su ojo que ahora ve un sector limitado, había apuntado entonces a la cabeza del corrupto. Sesenta metros, la distancia óptima. Boca abajo en la postura clásica, el codo izquierdo como soporte, el índice derecho sobre el gatillo. El blanco se movía, de pie frente a un público que esperaba su conferencia, le acomodaron el micrófono, le acercaron el vaso con agua mineral. Tras un par de minutos comenzó a hablar y gesticular. Él aguantó el aire y movió levemente su dedo. Sintió la patada en el hombro y allá lejos los gritos. ¿Este presente es el castigo?, se preguntó. El máximo castigo consiste en activar los miedos más profundos del culpable.

Hay otro más, se dice, ¿seré yo mismo quien revisiona un pasado inexacto, narra hechos que recuerdo en otro orden como si primero hubiera andado en bicicleta y luego nacido? También mi historia en paralelos: a partir de un episodio hay un desvío que no me animé a tomar o se deslizó entre las horas pero alguien lo cuenta en mi primera persona, soy yo tangencial, salido de la órbita, trotando en vez de caminar o viceversa o sentado o extranjero. Los átomos que me forman hacen un par de mínimas combinaciones distintas, posibilidades que deseché en mi biografía se han convertido entonces en anécdotas reales. Quizás sea demasiado atribuirles a la máquina donde yazgo. Tal vez sea mi cerebro que saltea y mal conecta una sinapsis. Los sueños toman posesión de la vigilia y la suplantán. No es mi cara en un espejo viendo en quirilidad. Sospecho un narrador fractal que ha inmigrado por un agujero negro con accesos en diversas

estaciones remotas. O más probablemente, tomó el subte en la parada inmediata y las leyes del universo lo pasearon, para devolverlo distinto y múltiple. Volvió antes de partir. De allí las tramas que me confunden: un disparo que no puedo precisar, ángulos contradictorios, caras diferentes en las facetas de mi niñez; acciones que jamás realicé, recordadas con plenitud. Cuánto más fácil sería estar demente, padecer una esquizofrenia múltiple y ser distinto según la hora o el influjo exterior. Pero no tengo esa esperanza en la locura, acá sucede, me sucede, algo incomprensible porque reconozco las variables, no hay ceguera de personalidades. ¿Por qué me cuento desde lejos? Acá estoy yo, metido en este tubo que me agobia con su cerrazón y esos imanes, pero hablo por momentos como otro que me está mirando. ¿Será este artefacto una puerta casual hacia el gusano? Me indica que ya es hora de dejar de hablar de ciertas cosas, de contar las décadas que solamente algunos viejos experimentamos y ya no dicen nada más que historias de manuales mohosos. Los nuevos están hartos o tal vez no, pero seguramente indiferentes a crónicas tan lejanas. El otro está seguro, convencido del aburrimiento que produzco con mis palabras de antes. Yo no, tal vez porque él asoma por otra boca del gusano, mientras en cambio habito la misma opresión de esta máquina con su redoble ahistórico, una repetición interminable de sobresalto, miedo y furia.

El culatazo del fusil fue un golpe menos violento para su hombro que para su psiquis. No lo sabe ahora pero vio el proyectil en todo su recorrido, casi hasta impactar y desgarrar la piel y entrar al cráneo por el hueso frontal. En el último instante se le trabó un paréntesis que se abrió cuando la gente corría. Un fragmento de oscuridad, como botón de arrepentimiento ya imposible. La bala abandonó el máuser a su máxima velocidad, la luz del sol le dio algunos brillos, llegó a la cabeza del conferencista antes de que el tirador retirara el índice del gatillo. Quedó pasmado un instante sin poder creer que había llevado a cabo su plan de ejecución. Mecánicamente cumplió los pasos: metió el fusil en la tubería y mientras el arma de metal y madera hacía un raro ruido al deslizarse en caída, no descendió por el montacargas,

bajó los cuatro pisos por la escalera sin barandas, pasó detrás del contenedor adonde terminaba la sucesión de tanques de aceite que usan en las obras para arrojar restos de mezcla, piedras, pedazos de madera, todo con destino de relleno de una cava. Y cruzó al parque a hacer ejercicios como casi todas las mañanas, con su pequeña mochila al hombro y la botella de agua en la mano mientras empezaban a mezclarse las sirenas de la policía con los gritos y murmullos de los espectadores del crimen.

No borró el historial de navegador donde se enlistaban sus búsquedas incriminadoras sobre armas, distancias, cómo eliminar los restos de pólvora. Era escritor y su excusa, su coartada, ya había adquirido el formato de apuntes y fragmentos para una novela en la que un grupo de septuagenarios mataba a cinco corruptos el mismo día en distintos lugares del país. Lo estuvo escribiendo de a poco durante meses y cada día se autoenviaba un mail con un documento adjunto con sus progresos (día, hora, ubicación absolutamente comprobables). Pero su historial de google era mentiroso: buscó revólver 38 largo en lugar de fusil máuser, cómo lavar las manchas de sangre y no los restos de pólvora en las manos, y nada de los que serían ajusticiados sino una larguísima lista que los incluía y hacía desaparecer un pez en un cardumen; también muchas entradas en las que se hablaba del atentado a Lennon, Kennedy, el Papa y hasta el ajusticiamiento a cargo de los narcos de un jugador de fútbol que había hecho un gol en contra. Entre los fragmentos de la futura novela había descripciones de atentados con bombas y hasta el crimen de un expresidente con un tiro de ballesta. Disfrutó y rio con algunas de sus ocurrencias. Todavía no sabía si haría realidad su idea.

El procedimiento fue simple, borró el historial y creó otro paralelo, una vía muerta. Confiaba en la soberbia de los investigadores adjuntos de la policía, esos jóvenes sabiondos y pasmados que desconocen lo elemental y creen que los veteranos se quedaron en la segunda guerra o aún más lejos porque consideran que el mundo nació con internet y la tablet. Navegan, recorren páginas en velocidad, hurgan en rincones que tienen fondo negro y

desoyen las preguntas torpes, suponen que solamente ellos tienen acceso a las redes y el botón derecho del pad. Bastará entonces, si es que llega la ocasión, con que abra él lentamente la laptop y se confunda al marcar el ícono correcto, toque sin querer el botón erróneo del teclado y haga siempre el camino largo. Tras cinco minutos de vértigo, darán por terminada la tarea: El viejo es un imbécil que apenas puede escribir en el word y enviarlo por mail.

La policía científica, el forense, dictaminaron que la bala entró casi entre los ojos (esa es la traducción de su palabrerío), en una leve inclinación ascendente, por lo tanto, concluyeron, el disparo fue realizado desde la superficie del terreno. Considerando el ángulo y el cálculo de distancia especulan que un tirador rodilla en tierra disparó desde unos sesenta/ setenta metros del tinglado donde estaba el veterano sindicalista en plena campaña electoral dando su arenga a espaldas de la puerta del Hospital de Niños. Los datos indicaban con precisión el espacio abierto entre los juegos infantiles y el chiringuito de comidas al paso. Imposible encontrar huellas o rastros por la gran circulación de personas. Además nadie vio nada pero luego muchos creyeron ver todo ante las cámaras de los noticieros que se hicieron presentes a la media hora del hecho. Hugo Barrionuevo, el muerto, era muy conocido por sus apariciones en televisión, programas políticos y del espectáculo; casos de supuesta corrupción de la que nadie dudaba, enriquecimiento ilícito, vida rumbosa. El gato, le decían, El Gato Barrionuevo. Tenía tantas vidas, siempre caía parado. Salvo esta vez.

En realidad (sonrió a pesar de estar sufriendo en el resonador), el disparo fue hecho de arriba para abajo y desde un costado. En su gesticulación vertiginosa, el Gato movía brazos y todo su cuerpo para dar énfasis al discurso remanido, y cuando salió la bala que impactaría en el parietal izquierdo, él justo giró la cabeza y la levantó como quien va a estornudar o mirar el paso del cometa. Por eso entró de abajo para arriba y por el hueso frontal. Lo único que coincidía era la distancia aproximada, sesenta y ocho metros (tal la hipotenusa desde el cuarto piso del edificio en

construcción en la esquina). Se entretuvo recordando el teorema de Pitágoras ($h^2=a^2+b^2$). Si h es 60 y a es 9 (el cuarto piso menos la altura del sindicalista y la tarima), b es 59. Precisión policial, ironizó, pero la máquina siniestra hizo su ruido y le cortó el pensamiento. De inmediato recuperó el hilo que lo distraía del encierro: como todos creían que estaba mirando hacia el frente, afirmaron que el disparo 'había provenido del parque. Nadie dudó. Entonces h no era desde el balcón hasta la tarima en línea con la vereda sino del piso del asesino hasta la cabeza del muerto, y por lo tanto b fue corrida directamente hacia el frente del Hospital. A se convirtió en un lado corto = tarima + Gato. Para qué sacar tantas cuentas, pensó, salvo para distraerse, porque en ningún caso la policía científica actuaba como en las películas. Trató, de todos modos, de dibujar mentalmente ambos triángulos. Se le deformaban, volaba un lado, adquirían curvas increíbles. Geometría del espacio mental.

Todo es tiempo y materia. Qué más. La emoción (amor, muerte) nace de la lucha entre ellos. Ahí tendido a la espera, mientras los imanes hacen el desarreglo de los átomos para ordenar el diagnóstico, no es consciente de todas sus partes porque sería imposible conocer a la vez cada recoveco de las pequeñeces rodeadas de tanta nada (es sabido ahora que el universo es en su inmensa mayoría vacío). Ni puede cronometrar fehacientemente cuánto transcurre, al estar sumergido en su miedo al encierro más la ansiedad y el pensamiento puesto en la culpa por un crimen que tal vez haya cometido o simplemente ideado. Cuál es la diferencia entre disparar un fusil para matar a un corrupto, y escribirlo sin frenos. La pluma y la espada, decían los antiguos. Las horas y los hechos tienen la misma carne sutil. La elasticidad de las horas y la realidad de las ideas, borran la frontera entre tiempo medido tiempo sufrido, hecho consumado hecho deseado. Imposible entonces saber si el que allí yace en una bandeja de plástico duro, ha cometido un crimen y lo narra para escudarse en la ficción, o solamente cuenta lo que su impulso tanático quiere realizar y la voluntad lo tuerce hacia la sublimación literaria.

Nimiedades, fijarse en nimiedades, como pequeñas piedras donde pisar de a saltos para atravesar el flujo dominado por el miedo al encierro. Piensa en su pie, lo apoya sobre la roca más plana, ya está el otro en el aire con menos suerte porque, tal vez punzado por el ruido de la máquina, imagina ahora una forma con curva resbaladiza donde seguramente se torcerá el tobillo. Dejan de atacarlo de manera consciente la luz del ojo cíclope que lo investiga y el cuarto helado, aunque otra capa de él sufre los terrores profundos que se le disparan, siempre por debajo de la razón, hacia el discurso del odio. Enumeración de las causas (esas otras piedras): la anomia de quienes ejercen la ley, la indiferencia de los que dicen promover los cambios necesarios, la avidez brutal de aquellos defensores de los humildes; y de los nuevos, la vetustez. Afloran también en la suma, los innumerables desechos cotidianos como las calles y veredas destruidas, la naturaleza violada, la vida humana con precios baratos y el rayo todo el tiempo cayendo a centímetros. No hay en el entorno nada que alarmar. Ya no lo inquietan sus preocupaciones sino la absoluta decadencia y desidia de la sociedad en la que yace. Se ve chapoteando en el barro con sus pies delicados, torpe, resbala, no hay donde asirse para sostener el cuerpo que va a la deriva siempre al borde de la caída. Un barro mierdoso de caños rotos y reparados diez veces con materiales vencidos en favor de compañías corruptas; mano de obra sin praxis, que no hay más que parches en las piedras, en las herramientas y en las gentes (personas arrojadas a tareas que no saben, y con la voluntad lastimada por el hambre y el engaño constantes).

La ciudad está sucia, los perros aúllan como lobos, el aire es irrespirable; la contaminación, extrema. En las esquinas los individuos practican deportes violentos, se topan como chivos y en torno hay apuestas. Los demás deambulan desorientados y protagonizan accidentes estúpidos. El clima es hostil con granizos como bochas, torrentes, aludes en la llanura, un sol que derrite las mulleras. Todos están armados. No hay amor ni afecto, solamente instinto brutal. La violencia es extrema. Nadie sabe hacer nada, reina la mala praxis. Las personas ya

no tienen memoria más que la inmediata. Las casas y edificios se derrumban.

Al llegar ante la puerta de la clínica, alguien lo atropelló apurado para sacar primero un número. Tenía un turno asignado, sin embargo hicieron pasar a varias personas evidentemente amigas del recepcionista. Quiso abrir la puerta que daba a un jardín interior pero estaba cerrada con llave. Esperó cincuenta minutos de más, preguntó y le contestaron que se sentara, que le avisarían. Finalmente lo llamaron. El técnico no saludó, indicó un cuarto y le dijo que se quitara la ropa y se pusiera la bata. Ahora, sobre la bandeja, mientras el ojo del cíclope agresivo lo testeaba, recordó con ira esas últimas horas. Luego le volvieron al discurso del odio más molestias y agresiones en las calles y en todas las dependencias donde hiciera trámites médicos, policiales, impositivos, legales, comerciales. Volvió a pisar con cuidado la piedra del arroyo, con cuidado pero luego con fuerza como si estuviera apagando un cigarrillo terco. Se dijo que todos los días, durante todas las horas, tropezaba con las mismas rocas. La máquina gritó sorpresivamente y volvió a padecer el encierro.

Empezó a tener palpitaciones o taquicardia, no sabe diferenciarlas, un dolor en el pecho, le faltaba el aire, y sabía que eso era otro ataque de pánico. Inhaló por la nariz, contó hasta diez, y así cerró varios ciclos de una respiración más lenta, mientras alguna sinapsis piadosa le trajo imágenes de pinturas que le gustaban. Un almanaque de Molina Campos le dio algo de calma y tal vez una sonrisa. *El de la j'once y saís*, con los paisanos esperando el tren. Había una copia en algún viejo almacén de pueblo. El recuerdo se vinculó sin azar con un mural mexicano. Un ojo monstruoso observa a una mujer desnuda, que yace. Incontables personas vestidas de médicos o enfermeros la observan. "Siqueiros", afirma en un esfuerzo. No es casual saltar de uno a otro; la hora, el resonador y la medicina son las huellas sucesivas. La espera interminable de esos hombres resignados, sentados junto a las vías, y un tren que

no aparece. La pose de la supuesta enferma mirando al techo, abusada por el análisis de un artefacto siniestro. En ambas imágenes no hay tiempo. Todo está quieto, dolorosamente.

Hay miles de millones de habitantes en el planeta y millones de átomos para formar una persona. ¿Hay más átomos o personas? Cada persona es la suma de unos siete mil cuatrillones de átomos. La cantidad nos abruma pero el total de vacío (paradoja) es mayor, un 99,99 por ciento. Somos casi completamente nada. Horror vacui, decían, e intentaron durante siglos llenarlo con variantes decorativas. Además todas esas partículas compuestas por fotones y electrones, no surgieron con nuestro origen individual sino que están en una especie de eternidad y habitaron a nuestros antepasados humanos, vegetales, animales, minerales. Cada átomo vino de otra parte. Vino de los progenitores, el aire, las comidas, todo lo que nos rodea. En nuestro cuerpo tenemos átomos presentes desde que se formó la Tierra. Si se pudiera seguir su trayectoria, lo encontraríamos incorporado, en otros animales y plantas, en el cuerpo de asesinos, santos, seres anónimos y celebridades, en las vibraciones que emitió el rapsoda al contar la historia de Polifemo, el beso de Romeo y Julieta, la manzana que cayó por gravedad.

No estuvo tan mal la policía, salvo que como era previsible no descubrió nada. Frente al palco mortuario, a la distancia exacta del disparo, había un espacio vacío, unos juegos para niños y un chiringuito con un empleado a la espera, manteniendo los choris calientes y el pan ya abierto. Solo. Las manos sucias de carbón, la cara roja por el calor del fuego y un par de vasos de tinto de la casa. No lo condenaron pero lo investigaron, movieron, citaron y analizaron para calmar a las fieras políticas. Dijo no haber escuchado nada entre el chisporroteo de la leña (piñas y ramas del mismo parque), el ruido de los bombos y los parlantes chillones. En el momento del hecho estaba de espaldas, mirando la parrilla. Otro aderezo fue el de la prensa, cuyos enviados hicieron sus propias conjeturas y mediciones. El disparo salió exactamente desde el lago, dijo alguien que había contado los metros desde

la escalinata con pasos teatrales. Probablemente un tirador con traje de neoprene, y un snorkel que le habría permitido alejarse hasta el otro lado del lago y salir oculto por el árbol caído. Los periodistas de radio y televisión salían al aire cada media hora y debían incorporar novedades al relato, para eso servía una observación, suposición, rumor de un vecino, una tormenta de ideas. Y así el hombre rana fue engordado en detalles. No había mucha seguridad porque la prepotencia de machos puede más que el miedo. Los organizadores se creen todopoderosos y con un grupo de barrabravas más los acólitos aplaudidores daban por supuesto que nadie se atrevería a nada. El orador estuvo rodeado por obreros de la construcción (ese día no trabajaron y las obras quedaron desiertas). Solamente se prepararon para un enfrentamiento a patadas y palazos contra un eventual adversario del gremio. Las imágenes de hombres rana y los videos del parque desde un dron, con vuelos rasantes sobre la superficie del agua, mantuvieron entretenida a la platea.

Ya no era el asesino rodilla en tierra, ni el sicario sumergido en la laguna, sino el novelista boca arriba, atado en el resonador. Dibujó en su cabeza los dos triángulos, con la misma medida de hipotenusa y las variables en los lados, que confundieron a la policía. Le costó ver con los ojos cerrados flotando las aristas en el espacio de la mente, desapareciendo alternativamente alguna raya con la conveniencia de mantenerlo concentrado en otra cosa que no fuera esa plancha donde yacía acostado. En todo triángulo rectángulo, papusa... recordó a Marechal, saltó de allí a Prigogyne como si nadara entre las boyas de sus lecturas favoritas. Es posible conciliar las ciencias con la ficción literaria, se preguntó. Cómo lidiar con un entorno social que no lo acompaña. Se convierte uno, discutió, en demente o en sociópata. Esta vez no lo volvió al miedo el traqueteo de la máquina, estaba disgustado contra la gente que producía y consumía las noticias falsas o al menos exageradas. Un placer morboso por el barroco. Giró del pensamiento negativo hacia una idea que lo movía rumbo a la combinación de ciencia y ficción. Tan a gusto navega por esa ola. Recordó la Sucesión de Fibonacci, el matemático

italiano que desarrolló la idea del número áureo. Sus hijos, los elementos: 0,1,1,2,3,5,8,13,21,34,55,89, se componen de la suma entre los dos anteriores. Al dividir cualquier par sucesivo da como resultado 1,61. Así es en buena parte de la naturaleza, las hojas de los árboles se desarrollan con ese diseño, las obras maestras de la humanidad como el Partenón, la pirámide de Guiza o el cosmos mismo según Platón. Por ello, se distraía pensando en su horizontalidad obligada, también los números de su crimen deberían resultar Fi, el maravilloso número de oro. Pensó en los 55 metros que separaban el balcón desde donde disparó y la cabeza del corrupto, pensó en el supuesto buzo con el fusil desde el lago, a 89 metros, y resolvió que aquello demostraba la proporción perfecta entre el hecho concreto y el hecho narrado, es decir, 89 dividido 55 igual a 1 coma 61. La relación entre el relato y la realidad debe dar un número áureo.

Por el contrario, la habitación y la máquina carecen de número áureo. Son ásperas, hieren con sus ángulos. La absoluta negación de naturaleza y de arte, el puro maltrato. No hay curvas amables, solamente filos y aleación. Calcular sus proporciones produjo el olvido de ese encierro y un duermevela se extendió sin precisión porque no hay cómo medir acá el tiempo del reloj. Y si el técnico ha muerto y si la secretaria ha muerto, o si lo olvidaron... sería digno del humor de Kafka. Está dentro del cubo blanquísimo, sobre la bandeja helada. No hay diferencia con el depósito de la morgue, salvo el ruido y esa luz de robot. La negación del placer. No es una estatua de Rodin ni el techo de la Sixtina, tampoco tiene la circulación aérea de la música, nada de las palabras con su hexámetro o una égloga del dulce lamentar de dos pastores, Salicio juntamente y Nemoroso. La máquina es marcial pero fija, como una pistola, como la recámara del máuser como el percutor como el cerrojo. Como un cañón que no despierta nada más que trueno.

Por un momento, en su reposo sin cronómetro, como las sesiones de acupuntura o en la camilla del kinesiólogo (donde había estado cómodo con el magneto y los cables haciéndole cosquillas

en la pierna izquierda y los brazos, libres, cruzados sobre la cara), vaciló entre la duda y la pobre certidumbre de haber escrito o realizado la hazaña criminal. Este simulador de nave espacial, inmersa en una caja blanca sin estrellas, con estructura dañina y rota, sonora como el diente que se quiebra, no puede ayudarlo a dilucidar si la trama novelesca fue arte o coartada. Él caminaba por el contorno del Parque como cada mañana, y a partir de lo apenas escuchado a un grupo de septuagenarios, que hacían su ejercicio entre rezongos y enumeraciones de los desmanes, robos, crímenes de los mafiosos que gobernaban todos los poderes más la necesidad de hacer algo, escarmentarlos, colgarlos en la plaza, fusilarlos, surgió la idea de la novela: cuatro o cinco viejos se asociarían para matar cada uno a un corrupto que claramente haya esquivado la justicia. Cuatro veteranos que paradójicamente también evitarían el castigo. A lo sumo, si fueran descubiertos y condenados, lo pagarían con una prisión domiciliaria levemente distinta a su vida actual.

En su casa ya no dormía, se acostaba y perdía casi la conciencia, por lo tanto no soñaba sino que vagaba en la línea fugaz de la vigilia. Tenía pensamientos que desarrollaba sin poder recordarlos completamente al levantarse. Como visiones. Pensaba en la locura libresca de don Quijote y en su oficio penoso de escritor que tenía todas las actividades diarias, que convertía cada impulso exterior o recuerdo o pensamiento en pasaje de novela futura. Una noticia radial, las imágenes televisivas, el diálogo con el vendedor de la feria, aquella vez que se metió solo en el río, el corte de luz, la memoria de una escena, el olor a hospital, el sonido de un motor con fallas, todo se volvía literatura a componer, eran ingredientes que se combinaban aleatorios y surgía algún argumento posible, generalmente descartado. Sin embargo, de vez en vez, uno de ellos se volvía idea fija y lo perseguía por meses para llegar a ser obra.

Los cuatro viejos se convirtieron en cinco, eligió ese número entre los hijos de Fibonacci. Las armas, viejos fusiles como el que usara su padre en las prácticas de tiro a los 17 años, ese recuerdo

simpático del robo de un máuser. El lugar, el Parque Saavedra. El problema será reunir a las víctimas en el mismo sitio y momento. Podrían ser simbólicas. Podrían esperar algún acto en el que participara un digno representante del mal y meterle cinco tiros como en un fusilamiento. Otra opción es escribir una historia pero llevar a la práctica otra, que sea lateral, tangente, un desvío para confundir a los investigadores: Cinco viejos armados con pistolas policiales ajustician a cinco crápulas en distintos lugares según la novela, aunque en la vida real solamente él ajusticia a un corrupto con un máuser.

La excitación le produjo una especie de ahogo y volvió a notar que estaba atado en la máquina, en ese absceso de metal, esa pezuña que ni siquiera forma parte de una bestia con vida. De nuevo el prólogo de pánico, contar y respirar de diez en diez; logró desaceleración después de tres intentos. Volvían a prevalecer las ondas alfa.

Pensó el plano del atentado. Ya habían hecho otros actos delante de la puerta del Hospital de Niños, sobre la explanada adonde subían las ambulancias. Solían montar la tarima como extensión que invadía la vereda. Cortaban la calle. A media cuadra estaban construyendo un edificio. Desde los balcones sin revocar se veía en línea directa el palco. Aprovechó un domingo lluvioso para colarse a investigar. Recorrió la planta baja, subió las escaleras aún sin barandas y con algunos pelos de hierro peligrosos, y en cada piso se asomó a mirar. A partir del cuarto piso los árboles no estorbaban la vista del lugar donde armarían el escenario aunque impedían que lo notaran desde el frente. Si salía por el costado sería muy improbable que alguien lo viera porque allí hacían telón el tubo de desechos y el contenedor. Dos pasos y era un transeúnte más en la vereda. Hasta la esquina lo taparían los arbustos, luego cruzaría al parque. Después se encargaron la impericia policial, la fantasía del público y cierto periodismo, de desarrollar la acción fuera de foco, entre el lago y la calle.

Así ocurrió décadas atrás: Enanitos verdes llegados de otro planeta se reunían después del atardecer en un barrio de la ciudad. Muchas personas, especialmente jóvenes en busca de diversiones, desfilaban por la zona de avistaje que estaba, según se informó, cruzando entre los puestos de comida y la venta de remeras alusivas. Había por lo menos dos móviles de televisión con sus enormes antenas satelitales y periodistas atentos a cualquier movimiento especial. La gente se divierte, sigue las noticias, saluda a las cámaras, se forman parejas, y alguno que otro ha visto un marciano correteando entre la arboleda próxima al camino. Lamentablemente todavía no hay celulares pero la tevé explota de programas con científicos y neófitos que opinan sobre la vida en las lunas de Júpiter, humoristas con antenitas de colores parodian la lengua de nuestros vecinos alienígenas farfullando una mezcla de graznidos guturales y sílabas imposibles, el idioma del gorila de Poe. Los comerciantes de la zona ampliaron el horario de atención al público. El tiempo pasa. En el presente no hay ya extraterrestres pero sigue el entretenimiento: un hombre rana o buzo que a su vez es asesino se ha sumergido en el lago de un metro de profundidad después de dispararle con impresionante puntería a Hugo Barrionuevo, el sindicalista. La bala de fusil atravesó la zona de juegos infantiles y las dos manos de la calle con su rambla en medio, cruzó sobre las cabezas bamboleantes de los asistentes al acto, he impactó entre los ojos del orador, mientras unas trescientas personas lo aclamaban, hacían sonar sus bombos y redoblantes, e intentaban primeros planos o panorámicas veloces. Nadie vio nada pero las sospechas recayeron sobre el empleado del chiringuito y el encargado de los botes a pedal. Ambos fueron fotografiados, analizados, citados y movidos de aquí para allá mientras corrió una semana. Luego se fueron los periodistas hacia otros conflictos y todo se durmió en las estanterías de tribunales. Apenas resistió unos días más la escena de una cronista que se calzó el apretado traje de neoprene y recorrió el lago emergiendo cada diez metros hasta salir triunfal entre el árbol caído y los arbustos que supuestamente habían disimulado al asesino. Crímenes más espantosos no faltarían para atrapar la atención de los televidentes.

Murmura: Mientras tanto la tierra seguía girando en torno a un sol que se desplazaba con todo el sistema a gran velocidad en la Vía Láctea, el grupo local, el Supercúmulo de Virgo y todo el universo dentro de un supuesto multiverso. Acá parezco quieto y en el centro pero ni una cosa ni la otra son ciertas, porque nos estamos moviendo vertiginosamente y habitamos la lejana periferia del mundo. Quisiera recordar las precisiones, a cuántos millones de millones de kilómetros por hora andamos. Un giro en veinticuatro horas a 1200 km. Una vuelta en 365 días a no sé qué ritmo brutal y así el resto. Por qué habría de ser el centro de algo quien nunca fue centro de nada. La explicación está en mi vida personal más que en el cosmos. Debería incriminarme, declararme culpable, contar los detalles, provocar el escándalo. Mejor dosificarlo, hacer alguna declaración a un medio, largarlo como versión. Cometer un crimen para que lean el libro. El arte es un llamado de atención.

Para que las gotas horaden la piedra hace falta tiempo, mejor será partirla de un mazazo. Saltar a la primera plana de inmediato, como el ojo ennegrecido con velocidad por la trompada. Presentarse con el arma y el casquillo ante las cámaras. Podría ser útil una mancha de sangre aunque sin causa porque el disparo fue lejano, en todo caso con traje de neoprene. Eso, sí, con el máuser, la vaina, vestido de hombre rana. Una foto de alto impacto.

¿En esta posición, se pregunta, tiene algún sentido o alguna lógica, pensar en la escritura? En cambio, los planes de huida son más sensatos. Y también más confortables. La vida tiene vencimiento, por qué demorar el consumo de sus frutos, para qué el desperdicio de invertir ese tiempo breve en planes que no verá. Lo mejor será aceptar que esta máquina me horade sin dolor físico, en la soledad de un cuarto aislado de cualquier derrumbe, y me proteja de movimientos enloquecidos. Es mejor este ojo que usa la medicina, que la cámara abierta a millones de espectadores con sus opiniones binarias y el placer de la sangre disimulado en el dedo acusador. Además quién leerá esa posible

novela. Tal vez con el impulso morboso sería un éxito comercial pero pocos andarían más allá de la página trece. El resonador vuelve a dar un salto con su tracatrá. Cómo va todo, habla una voz neutra. La sala no ha perdido sus ángulos ni su blancura. Ninguna planta apareció entre la lisura de las paredes. Nadie entró a colgar un cuadro, una foto plácida. Es el paraíso de la inacción. El orden absoluto sin sorpresas. Los desvíos, atajos, puentes rotos carecen acá de posibilidad. No hay riesgos. El cero no es par, primo, áureo, es el cementerio de los números. Imprescindible para cualquier operación, escalón evolutivo introducido hace más de diez siglos en Europa, factor de crecimiento y simplificación, pilar de las ciencias. No habría sin él revolución ni capitalismo. El cero. La nada redonda. Como los seres y todo el universo, noventa y nueve por ciento de nada. El habitáculo tiene la prolijidad del cerebro durante el sueño. La vigilia con su caos todo aventura está afuera de estos seis planos enlazados. Para qué lanzarse a lo imprevisto, si el orden es un seguro contra todo riesgo. Vivir acá, dormir para siempre, hasta que trasladen el cuerpo a la última horizontalidad.

Ni azul ni rojo, nada de efecto doppler. Una continuidad marrón, átona porque no hay estrella alejándose, no se acerca velozmente un cuerpo extraño. Es la quietud o parálisis que seda. Excepto una bala, que viaje en una porción de segundo, virará hacia el rojo, será rojo sangre en su llegada al objetivo, será el origen de una serie numérica, desatará secuencias imprevisibles. Tal vez sean las únicas opciones: por un lado el aburrimiento del orden, por otro lado la aventura del caos. La razón, esa medida cuadrada que repite sus pasos, o el brote.

El agotamiento llegó por la indefinición del proceso, que consistía en estar y ser observado, con la sola alteración de un sonido rasposo al que le había encontrado ya su ritmo. Volvieron imágenes ridículas de la investigación televisiva sobre el crimen, hecha con un montaje apurado en el que habían usado videos ajenos, partes de documentales, tomas subacuáticas con peces tropicales, mezcladas con el entorno del charco donde

supuestamente se zambulló el asesino. Un metro de agua turbia y una luz de submarino. Si alguien hubiera usado esa forma de huir, no habría necesitado más que aguantar la respiración medio minuto para alcanzar el rincón oculto y salir a la otra calle. Pero los noticieros necesitan cada vez más amarillo con gente airada, madres que lloran por el muerto, vehículos en llamas y palos y humo negro. Sostiene que esa alteración del gusto y la sensibilidad invade la literatura. Todo ha de ser binario, claro y simple. Meloso, moralista. Previsible como el inmediato tracatrac de la máquina. Hizo la cuenta regresiva, diez nueve y acertó con el cero, en perfecta sincronía de cálculo y ruido.

El asesino es más digno que el ladrón porque atenta contra la vida, pensó, no aspira a obtener billeteras y vehículos. Matar es propio de los dioses, y hacerlo a la distancia lo aproxima al héroe que lanza su jabalina y atraviesa al enemigo. Nada hay más elemental que el ratero, robar es una bajeza, está en la horizontal de las cosas. Por eso nunca se había quedado con algo ajeno, tal su filosofía. Ninguna envidia de los bienes de otros. Y como Aquiles, sin empujones ni bravuconadas, ansiaba simplemente el exterminio del otro por la espada o la lanza. Como Apolo, el que hiere de lejos, así el aqueo eliminó a su mayor enemigo, Héctor. También el mismísimo Aquiles recibió la flecha distante, en el talón desprotegido. El de los pies ligeros tenía el rincón delicado. Aquel iracundo guerrero, violento, impiadoso con sus enemigos a los que arrastra con su carro delante de la familia; ese, es el héroe, el más recordado, quien protagoniza la obra memorable de la maravillosa cultura griega. No hay piedad ni fervor por defender a la coalición de reinos, “Yo no vine a luchar porque no me infirieron agravios, no han robado mis vacas y no me robaron corceles ni en la fértil Ptía jamás arrasaron mi cosecha”, únicamente su interés personal. Y el ánimo vengativo que lo saca de la molicie mientras los demás guerreros son despedazados, es causado por la muerte de su amigo Patroclo. Ese es el máximo ídolo de la antigüedad.

La horizontal del paciente es la posición habitual del recién

nacido, del muerto, la que se adopta para el sexo, boca abajo abrazado al fusil está el guerrero. No importa si mirando adelante, arriba o hacia la tierra, siempre es horizontal. Las otras posibilidades son la humillación de las rodillas, la fatiga de estar erguido o el estado más común del individuo sometido: apoyado en sus glúteos para que la hora del trabajo infructuoso discurra, para esperar un instante difícil o placentero, y finalmente para alcanzar el momento de la horizontal del sueño. Y mejor aún si está relativamente inmóvil como un después de amar, dormir o matar a distancia. Ya ejecutado el plan, redonda la tarea, viene la plácida simulación de eternidad, yacer: que no es el cuerpo de Héctor siendo arrastrado sino Hamlet despidiéndose de su amigo Horacio, diciendo sus últimas palabras tras haber cerrado todas las aberturas del padecimiento y la venganza.

Acostado sobre el piso rugoso de la losa, con los codos clavados para sostener el máuser, corre el cerrojo que introduce la larga bala en la recámara. Dos paraísos malos adelante del balcón no le impiden ver la escena donde el sindicalista se prepara para hablar. Los tambores y bombos retumban, los militantes saltan y cantan su nombre, hace el micrófono su clásico chirrido, Barrionuevo mira hacia el costado, saluda, sonríe, mientras un asistente acomoda cierta perilla. Todo en orden, el show va a comenzar. Primero agradece a los presentes, enumera problemas y promesas, se envalentona, gesticula, levanta la voz, señala hacia un lugar vacío mientras dice el nombre de su enemigo, el enemigo del pueblo, crece la gritería y los bombos, los calma y retoma la velocidad y el tono, la cabeza se le va tiñendo de rojo emoción. El asesino inhala profundo, ajusta su ojo a la mira, el dedo no tiembla sobre el gatillo. Dispara. Se desliza hacia adentro del edificio para no ser visto mientras oye la gritería de espanto. Se saca el disfraz de albañil y después de arrojar el arma y un gran balde de escombros al tubo, desciende las escaleras y sale frente al contenedor, apenas unos segundos después de la caída del máuser y los restos. No hay cámaras. Nadie lo ve. Cruza en un trote suave con ropa de ejercicio hacia el parque y ve cómo algunos se desbandan y otros se amontonan hacia el

centro de la escena. Se detiene a mirar, hay otros corredores y caminantes habituales que hacen lo mismo y comentan. Qué barbaridá, y siguen el paso a su ritmo de siempre. La escena es anterior a la resonancia, la escena transcurre en su cabeza durante la resonancia.

En la sala donde yace, un blanco que rebota la mirada impide ver, no deja hacer contacto. Solamente ese ojo capta y trasmite el orden y desorden del conjunto de órganos a otra máquina que simplemente grafica y enumera. Pero tampoco afuera hay vínculo, los individuos son mónadas con sus cuatrillones de átomos en equilibrio, sin sorpresas. Pasan unos junto a otros, no hay impacto ni fisura que los comuniquen. Cada cual en su espacio cerrado por la necesidad y las carencias. Tal vez rasguñados por fuera de manera imperceptible, sin efectos sobre el adentro. Entes únicos, indivisibles. Sin posibilidad de partirse y luego triplicarse. Así no nacerá la pena ni el gozo. Impedidos de crecer, replicándose en el encierro. Herméticos. Por eso surge la religión, como un nexo inalámbrico, mero wifi con dios.

Podría atravesar un muro con una bala de máuser, se dice. Probar si acaso de esa forma habrá de ser posible el intercambio de ideas. Supongamos que por el orificio entre las cejas de Barrionuevo, en el breve instante previo a la muerte, sale un insulto o un recuerdo directo hacia el tirador, ciertamente a una velocidad aún mayor que la del plomo, e impacta sobre las orejas y los ojos muy abiertos del asesino. Otra modalidad de acto sexual. El fusil fálico, la entrada a otra dimensión, un tránsito de ida y vuelta, sonidos explosivos y quejas. La pequeña muerte, la definitiva. Como un agujero de gusano que lleva a lugares de otro modo inalcanzables, sin tiempo ni respeto por las limitaciones de la luz. La tentación del crimen es erótica, alimenta la fantasía de escribir. Tanto que se descalibran la realidad y la mentira ficcional, hasta convertirse en episodios increíbles, inverificables, ¿sucedió lo recordado o solamente fue plan de novela? Sin embargo hay rastros como estelas en la zona y en los medios. Seguramente el reacomodamiento de átomos distorsiona la idea de verdad.

Espera volver a su casa y a su computadora para constatar que ha escrito y si ha buscado ciertos datos en las redes, si ha planeado el crimen, incluso ver las noticias para confirmar que hayan ocurrido los hechos, es decir el crimen, cometido por él o por cualquier otro asesino con un tiro de máuser, de revólver, con un palo, con un cuchillo. Ahora piensa, ¿podrá volver a su casa? O su estado eterno es esa sumisión interminable a la máquina que lo observa como un demonio menor del limbo. Peor, del territorio que describe Dante donde las almas de los tibios piden a gritos entrar a cualquier infierno. Desnudos, agujoneados por moscardones y avispas, perseguidos sin cesar. Existe solamente un ruido molesto, una luz como un ojo, las ataduras. Tiene latidos, puede tocar cuatro dedos con un dedo, ve un techo de metal y plástico, también le vienen imágenes mentales, siente frío en los pies desnudos. Ninguna otra entidad es verificable.

Duda de los fragmentos literarios que recuerda. Sospecha que no pertenecen a ninguna obra, cuyos títulos y autores repite mentalmente, sino a una construcción que anida nada más en él. Son hilos que forman tejidos. No sabe si de la misma madeja.

Dante en la unánime noche desciende al infierno con Virgilio, sub tegmine fagi, boca arriba, lo van llevando boca arriba por un túnel y cuando vea la luz será el fin. Vendrá, y tendrá tus ojos. Tal vez estas borrascas sean señales de que presto ha de cambiar el tiempo. Verde, que te quiero verde. Se le ocurrió lo fácil que sería si alguien viniese en su ayuda. Miré los muros de la patria mía si un tiempo fuertes ya desmoronados, de la carrera de la edad cansados. Y el sueño cayó sobre mí como una parva sobre un chingolo. Un sueño de bronce, hermano carnal de la muerte.

Dentro del quiste, que yace junto a la puerta, se mueve el Gato por su oficina, teléfono en mano. Las columnas están llegando al parque a pesar de la lluvia intensa. Su secretario le informa que todo está en orden. Media hora después observa a los militantes desde la ventana del primer piso. Hay banderas con los colores del sindicato, vivas y muera con dedicatoria; redoblantes y

bombos. Más lejos, hacia el lago, no hay nadie, están cerrados el chiringuito y el puesto de turismo en botes. El sindicalista no lo sabe pero a sesenta metros, en un balcón del cuarto piso, hay un francotirador a la espera. La calle comienza a inundarse y por un momento están a punto de suspender el acto. Decide salir a pesar de todo y se planta frente al micrófono. Hace una previsible alusión a las inclemencias del tiempo, así dice, y a las inclemencias que sufren los trabajadores, se enardece la multitud y también el orador. De repente cae contra una de las columnas, los truenos apagaron el ruido del disparo. Alguien toma el micrófono y dice que el Gato está herido, los militantes corren y chocan entre sí, unos por alejarse del palco con otros que se acercan a ver o ayudar. De inmediato llega una ambulancia. Pasan las horas y nadie sabe nada. Finalmente el vocero del sindicalista dice que Barrionuevo está fuera de peligro. La semana siguiente se convierte en centro de los programas radiales y televisivos. Ya se habla de su candidatura a la gobernación.

Hay sol, corre poco aire. Hace calor para andar uniformado y con casco. Está circulando en moto. Anda lentamente y observa la multitud frente al palco. Vigila la avenida central del Parque y le llama la atención un brillo extraño en el cuarto piso del edificio en construcción, unos segundos después se oye el disparo, gritos, la masa de militantes se tira sobre el pasto o el asfalto. Sin pensarlo, por puro instinto, se lanza a velocidad hacia la esquina y cuando está llegando, son apenas sesenta metros, siente un ruido batiente que desciende por el tubo de descargas. Se arroja de la moto y ve caer el fusil casi tapado de polvo y escombros en el contenedor. Levanta la vista hacia el balcón y en ese momento, increíblemente, sale el francotirador por el punto ciego y no se ven. Pega la vuelta al contenedor y se lanza escaleras arriba mientras el otro ya está fingiendo su trote cotidiano por la vereda del parque.

El investigador se demora más de lo necesario en las escenas de sexo. Le atraen especialmente las que suceden sobre la cama y en cuatro patas. Generalmente están en el rubro “sexo anal” pero

por alguna razón se evita ese procedimiento y es vaginal, eso sí con nalgadas, el pelo de ella jalado como si se montara una yegua, a veces una simulación de ahorcamiento y gemidos exagerados. De todos modos hace un esfuerzo y se enfoca en su objetivo que es descubrir dónde suceden aquellas acciones en las que se ve implicada la mujer de quien lo contrató. La excusa le permite recorrer territorios frente a los que tiene vergüenza a pesar de que nadie lo esté observando. En la soledad de su escritorio, sobre la pantalla de 52 pulgadas que todavía no terminó de pagar, transcurren las historias más básicas. Los guiones son reiterados. Afortunadamente la sospechosa no deambulaba por lugares sórdidos ni tenía prácticas excesivas como esas con las que solía toparse él en sus búsquedas. Violencia física, sadomasoquismo, escatologías, no eran sus predilecciones y lo sobresaltaban hasta el asco. Ella, simplemente, tenía un amante clásico, con el que practicaba dos o tres posturas convencionales y gemía y gritaba sin demasiada teatralidad. El esposo cornudo quería saber dónde estaban los lugares, le interesaba el escenario más que la trama y los actores. Y a él por su parte le intrigaba el porqué, pero no correspondía preguntarle a su cliente. Ni siquiera sabía si era el esposo, porque tampoco lo había dicho. Tal vez fuera una hermana y hubiera algo legal de por medio, ¿una herencia? O alguien a quien extorsionar. Nada sabía. Solamente le habían provisto de un par de fotos, la cara en primer plano, y otra de cuerpo entero. Dónde y cuándo, eran las preguntas. Por lo general se demoraba en caminos secundarios que le resultaban atractivos, aunque disimulaba ante sí mismo y se decía que había que recorrer para hallar. Aquellos videos donde actuaban profesionales tenían la mejor puesta en escena; habitaciones lujosas, sanitarios y muebles que soportaban los increíbles despliegues físicos, camas gigantes. Los filtros eran traicioneros: sexo latino, por ejemplo, estaba plagado de rubias que hablaban en una lengua eslava o inglés. Lo mismo ocurría con la franja de edad, no era la solicitada, y no solo aparecían veinteañeras (la esposa no lo era) sino incluso, para su espanto, menores.

El devenido investigador se había formado profesionalmente con las

películas, la sección policial de los diarios y algunas pocas novelas del género. Llegó a meterse en el caso por azar (un circunstancial compañero de trabajo sacó el tema de machos en la hora del almuerzo y le contó que alguien, no aclaró, estaba buscando en esos videos a una mujer, y que él se había cansado de indagar en los sitios porno sin obtener resultados). Antes de la tarea sólo le había prestado atención a los cuerpos y a los gemidos, ahora abocado a la búsqueda de esa mujer precisa empezó a recorrer los escenarios, algunos clasificados como caseros, otros variados según el nivel de producción. Mansiones, grandes ventanales, espacios enormes con adornos artísticos y buen gusto, jacuzzis, exteriores junto al mar, un bosque, la piscina. Los sórdidos: un camastro pequeño junto a la pared, habitaciones de hotel de una estrella, baños diminutos, duchas con cortinas de plástico y cerámicos manchados por hongos. Fue difícil encontrarla porque los rangos de edad y localización, las categorías, estaban infiltradas por productos orientales, nórdicos, centroamericanos o pretendidamente hollywoodenses. También aparecían las caras veladas o con máscaras, filmadas y cuidadosamente editadas por profesionales (que a veces aparecían reflejados en un espejo para destacar el nivel del video), y en el otro extremo de la gama estaba lo registrado con celular fuera de foco por uno de los participantes o el teléfono quieto en automático. Un muestrario sociocultural. Un desfile de modelos. Relatos variados. Incluso podía intuirse qué marcas de ropa, zapatos, electrodomésticos servían de auspiciantes. Su compañero no sabía siquiera quién era el interesado porque la solicitud había estado circulando por ciertas redes y solamente se podría comunicar por mail. Lo hizo, le contestaron de inmediato, recibió las dos fotos, le dijeron que en cuanto tuviera respuestas le pagarían. Lo estimuló la excusa de poder mirar pornografía sin culpa. Como una autorización para matar, pensó. Bueno, agregó, no es para tanto. Salvo que esa formación severa lo marcó aunque abjurara de su fe. El tatuaje del fanático queda debajo de la manga y uno sabe que lo tiene y uno teme exhibir el brazo en público. Pertenezco a la generación de los reprimidos y en fin, concluyó por el momento, usemos el pase libre para ver un poco de acción. Su conciencia insistía y dijo, es como un cheque en blanco, gracias, pero qué suma le

pongo que no sea excesiva. Vio que ahora el cuerpo de la mujer era sacudido y ella hacía gestos fingidos a la cámara. Era una mala actuación. Cambió de video. La imagen fija pareció más creíble, la puso en marcha y comenzaron los avisos publicitarios. Después de quince segundos se pasó a una filmación de indudable amateurismo, en una habitación de pocos metros cuadrados, una cama antigua haciendo juego con sus mesas de luz de patas curvas, veladores de bronce y un espejo montado sobre marco de ángulos también curvos. Apoyada en la cómoda de tres cajones y mármol rosa estaba ella, en ropa interior sin estridencias, a la espera del hombre que con el torso desnudo y pantalón corto fue a abrazarla por detrás. Lo siguiente fue convencional. En medio hubo un corte porque reubicaron el celular que antes había hecho un paneo del dormitorio, quedó fijo sobre la cómoda hacia la cama. En ningún momento se pudo distinguir la cara de él, alguien de mediana edad. Ella sí estuvo expuesta durante todo el video. Claramente era la mujer buscada, el lugar no era ni un hotel ni un sitio extraño, parecía la casa de cualquiera de los dos. Hizo una captura de pantalla y se lo envió al cliente, sin indicarle el link del video. Quería que el otro le confirmara la identidad de la mujer y le transfiriera algo de dinero. Había sido muy fácil.

Con el empujón monetario comenzó a interesarse más por la investigación que por la pornografía. Los vaivenes económicos causaron una reestructuración en la empresa y quedó afuera. Pasaría más tiempo en su casa. Consiguió algunos trabajos a distancia, envió currículos, y sumó horas a recorrer sitios porno progresivamente ajustados en su marco. Se reiteraba la misma casa y no había mucha variedad ni en las posiciones ni en las habitaciones donde practicarlas. Le llevó no poco tiempo descubrir diferencias. Apenas algún adorno, el color de la puerta del armario, la forma del espejo. No les dio importancia porque se le ocurrían explicaciones: el armario había aparecido algo descascarado, luego lijado y finalmente barnizado, el espejo puede haber sido reemplazado por uno un poco más grande. Le permitió establecer una cronología de los hechos. De todos

modos no fueron estos datos los que lo desconcertaron y en los que hizo finalmente foco, sino los sonidos que corrían por detrás del jadeo y murmullos habituales. Entre despintado y pintado habían transcurrido veintitrés escenas con algunas máscaras comunes (imitaciones baratas de venecianas), la misma clase de ropa, variedad de acolchados y sábanas de la misma calidad estándar, pero los espejos se mostraban en ocasiones empañados, seguramente por alguna estufa, y en otras los protagonistas arrebatados de calor. Concluyó que habían transcurrido varias estaciones e incluso años. Un par de años, no mucho más, porque no se los notaba envejecidos (las mismas arrugas), ni más canosos. Mediando los cuarenta, calculó. Él tenía un principio de calvicie como tonsura y apenas canas dispersas en torno a las orejas; ella se había teñido el pelo tres o cuatro veces de un rubio ceniciento y siempre mantenía el mismo corte al hombro, a veces se dejaba puestas las medias, aunque parecía más un fetiche que frío en los pies. Percibía algo extraño pero no podía precisarlo. Dejó de mirar la pantalla y escuchó. De a poco fue acostumbrándose a los sonidos de fondo, como quien emigra y lentamente va asimilando el nuevo idioma con su entonación, su velocidad que une finales y principios de palabras o elide sílabas. Del silencio a la percepción paulatina, primero voces sueltas, luego versos completos de las canciones que se escondían tras la estridencia de las imágenes. Cuando cerró los ojos, la velocidad del sonido finalmente sobrepasó a la luz. Percibió los matices. Había canciones, también voces masculinas y femeninas hablando con énfasis, interferencias, relatos acelerados. Se convenció, era una radio. Lo descargó en un programa para editar sonido, lo pasó al teléfono y lo escuchó en distintas circunstancias: mientras manejaba, caminaba, dormía. Apenas creía entender alguna voz suelta. El esfuerzo lo agotaba. Recordó un cuento en el que ante un crimen los diversos testigos aseguraban que los gritos habían sido en distintos idiomas; cada testigo, un idioma; finalmente se descubrió que no era un ser humano quien hablaba sino un gorila. Algo así le ocurría con las voces del video: en primer plano las exclamaciones universales, detrás conversaban y cantaban en algo inclasificable. Un pequeño fragmento musical se metía entre una perorata eufórica apenas audible, con

pasajes acelerados. Todos los filtros de limpieza que aplicó con el programa de edición, no le despejaron las dudas. Parecían mensajes alienígenas. Había supuesto alguna palabra donde luego solo oyó vocales no españolas, consonantes guturales, exóticas, como esos nombres imposibles de diferenciar, Pekin, Beigín, Sri Lanka, Ceylán. Seguramente se escriban en cirílico o en caracteres árabes, logogramas, jeroglíficos. Con muchas diéresis, circunflejos, cedillas o multitud de consonantes juntas, en malón. Más medio tonos hacia arriba y hacia abajo. Tal vez los enamorados sean extranjeros o sus fantasías lo sean. Derivó hacia la búsqueda de lenguas exóticas, evidentemente no eran las que había escuchado habitualmente, ni inglés, alemán, italiano, francés. Vio fragmentos de películas rusas, chinas, coreanas, árabes. Parece según google que el húngaro es muy raro. Dio muchas vueltas hasta conseguir algo en magiar, pero se defraudó, era otra cosa. ¿Voynichés? Superó la frustración pensando que en cuanto ubicara el idioma le resultaría muy fácil encontrar a sus hablantes; no podrían ser demasiados. Los rasgos de sus personajes no tenían nada especial, distinto. Ni su altura ni complexión. Dudó, ¿no estaré buscándole la quinta pata al cornudo? Tal vez era un simple caso de engaño sin nada particular, semejante a muchas historias de hoteles y camas ajenas. Y un marido enloquecido de celos y furia que intenta controlar el impulso violento, quizás el femicidio, colocando el foco en la investigación, en saber dónde ocurren esos episodios. Como quien da un puñetazo a la pared para no aplicarlo sobre un ojo. Y en tren de dudas, ¿puede confirmarse que el rubro “video casero latino” sea verdad? Casero parece. Tal vez no sea latino, la pareja no habla, cómo se puede tener la certeza de que fue grabado en la región. Volvió a las imágenes con esa idea, buscar rastros que certifiquen el lugar. Los pocos objetos parecían universales, es decir industria china. Los veladores imitación bronce, el espejo, los almohadones y acolchados podían conseguirse en cualquier negocio de prácticamente cualquier lugar del mundo. También la ropa interior y las medias que en algunas ocasiones ella no se sacaba. Podrían haber sido filmados con un celular (también de extremo oriente) en una habitación europea, africana, americana. Por las dimensiones del cuarto no era en la India ni en Japón. Pero

ese dato no aportaba nada, ese recorte le dejaba un resto gigante. Tomó algunos apuntes: zócalos de madera, puertas placa de pino, mueble viejo de patas curvas y manijas metálicas doradas más un mármol rosado de una pulgada, cielorraso de yeso con adornos en los ángulos y molduras. La cama hacía juego con las mesas de luz y marcando su centro una antigua araña de bronce y cerámicas de seis brazos con solo dos lámparas, a un lado de la cama una alfombrita blanca y negra. Solo esa habitación, nunca el baño ni la cocina ni el living. Había localizado una veintena de videos con la misma pareja, en la mayoría podía verse también la cara del hombre, trigueño, pelo negro ya entrecano, cejas tupidas. Supuso que sumando los datos de ambos el resultado daría una pareja de su misma región. No le resultarían exóticos si los viera por su barrio, seres comunes que circulan en los alrededores. Descendientes de italianos o españoles, o de ambos en esa mezcla que se fue dando en el último siglo. Esta conclusión lo llevó de nuevo a su confusión sobre esa radio que se escuchaba de fondo, esas voces inclasificables. No podían provenir de otra casa, de eso estaba seguro. Se repetían en todos los encuentros. Buscando precisiones notó que no era siempre la misma banda sonora pero sí la mismas voces exóticas, igual el ritmo, esa rara tonada, esos fonemas inidentificables. ¿En qué idioma hablaba el gorila del cuento de Poe? Pensó que tal vez, como los testigos de La calle Morgue, él le estaba adjudicando una lengua humana a un mono. E intentaba meter una torta redonda en un molde cuadrado. Como ver por la mirilla, ese ojo único y redondo, mientras ahí dentro tras las máscaras o sin ellas eran dos pares de ojos los que se comunicaban. Por qué ubicar el defecto en el otro lado, tal vez quien investiga está aplanando los sucesos, matando al gato de Schrödinger para saber algo que no le interesa. Corre el velo y al querer mirar, fulmina a los sujetos. Porque la finalidad de esta búsqueda no está ligada a saber la verdad, se dijo, sino a justificar sus deseos reprimidos, a obtener una justificación para acciones propias que lo hacen sentir culpable. Soy yo quien se pone la máscara y juega a ser otra persona. Y me acerco a las pulsiones con una cara irreconocible.

Y un día cambiaron su libreto. Aparecieron simultáneos dos videos nuevos en los que al principio parecía no haber nada especial, pero en determinado momento salieron de la escena por la puerta semidescascarada y volvieron vestidos completamente de extraterrestres con un disfraz verde, máscara alienígena clásica de película clase b, se sentaron juntos a los pies de la cama mirando directamente a cámara y exhibieron a dúo largas lenguas bífidas mientras no dejaban de sonreír. El otro video tuvo el mismo guion pero con un disfraz más estremecedor, dos cíclopes tomados por la cámara desde el piso, lo que les daba aspecto de gigantes, con taparrabos y algo sobre la piel del torso y las piernas que los convertía en peludos, una mano hinchada tomó el celular y lo acercó hasta sus monstruosas caras juntas y luego se enfocó sucesivamente en el único ojo de ella y el único ojo de él. Dos cíclopes que comenzaron a hablar a los gritos amenazando al espectador en una lengua incomprensible. Lo imprevisto de las escenas lo conmocionó. Era una respuesta directa a sus sospechas. Nunca habían usado disfraz, solamente máscaras. Por unos días no se atrevió a seguir con la investigación.

Los disfraces eran bastante precarios pero ese ojo en primer plano parecía descubrir a un pobre Ulises, él mismo, un don Nadie, escondido bajo la oveja, sorprendido en su intento de fuga. Como si el cíclope hubiera simulado tomarse el vino y en el momento del ataque hubiera evitado la estaca y la ceguera, haciéndolo creer que el griego había tenido éxito en su violencia. El varón de múltiples recursos también disminuido en su caballo de madera, ineficaz y mortal para los guerreros ocultos, sometidos al fuego en ese cajón de muerte colectiva. Así se sentía el aprendiz de investigador, desnudado él más que la pareja porno, parecía esa pesadilla básica en la que nos encontramos sin ropa en medio de la multitud. Volvió una semana después a mirar de nuevo todos los videos, y en todos se sintió observado, sospechó que el escenario era su habitación, y los investigadores, los otros. El cíclope, un virus troyano; él, ningún héroe bélico, apenas un náufago culposo y desarmado.

Lo asaltó el temor, las teorías de complot, Orwell y 1984 con el Gran Hermano vigilándolo detrás de su pantalla. Sería imposible pero no improbable, pensó, que hubieran colocado un dispositivo en su casa. Buscó un pedazo de cinta aisladora y tapó la cámara de la pc, ese otro ojo. Ahora con un parche cuadrado que lo convertía en menos que pirata tuerto. Se sintió fortalecido por la idea de haberse equiparado al pícaro griego que cegó a Polifemo, no con una estaca de olivo ardiendo sino con un centímetro cuadrado de tela pegajosa.

Los miedos duran poco en la superficie (yacen fingiéndose dormidos en un rincón) y son reemplazados por el deseo, la fuerza vital. Volvió a mirar aquellos videos, siguió recorriendo las páginas pornográficas con el acicate de la curiosidad. Quería develar el misterio del escenario. Ajustó la búsqueda, sintonizó en videos caseros online. Todos los planetas giran sincrónicos en sus órbitas, los átomos también y sus extraños componentes. Pero a veces un meteorito, un cometa o los cuasicristales, crean la nueva dirección del azar. No es el desorden, es la disrupción del impensado que cae donde no se lo espera, donde no se puede predecir que aparezca. Así rebotó una transmisión en directo desde el sitio porno hasta su cabeza. Aparecían las dos mismas personas, lo sorprendente era el nuevo escenario. Durante toda la investigación, hasta el momento, la única habitación había sido modesta, muebles antiguos, lámpara de bronce y un espejo con marco curvo, la araña también de bronce sobre el centro de la cama sin somier; este lugar reciente, en cambio, era una ruina con el piso de cemento y restos de maderas, suciedad de tierra o arena. No hubo pasión, ni desnudos, solamente descripción del piso gris y el techo gris y las paredes aún sin ladrillos. La cámara hizo un paneo, abandonó a la pareja y mostró el ámbito, primero a ras del piso. Un rollo de alambre, un caballete precario. Luego una pila de ladrillos y un trompo de albañilería, finalmente el vacío, la falta de paredes, la vista de los árboles y abajo, a unos quince metros, la calle. Ahora alguien caminaba enfocando desde arriba los automóviles, luego el cielorraso y el balcón a medio terminar. Un piso en un edificio en construcción.

El camarógrafo se dirigió hacia el borde y apuntó la lente un nivel más abajo donde había un hombre acostado en posición de tiro, de inmediato se sintió el disparo del fusil como si el tirador hubiera estado esperando ese instante preciso. El hombre se puso de pie portando el arma, su cara fue nítida a pesar de la toma cenital, y se dirigió hacia el interior donde la cámara ya no podía tomarlo. De nuevo hacia afuera, vio, ¿en vivo?, cómo una multitud gritaba y se movía a lo lejos, a una media cuadra, según calculó, donde estaba el Hospital de Niños. Las imágenes no lo mostraban porque hicieron zoom en el amontonamiento sobre una tarima en la que parecía yacer un cuerpo, pero él identificó inmediatamente el Parque Saavedra. Era en su propio barrio, a dos cuadras de su casa. Y supo además que no era en vivo (el cartel del video mentía). Eso lo sobrecogió completamente. Porque recordaba con claridad el episodio, el atentado al sindicalista, y además conocía al hombre del máuser. Todavía hoy, se dijo, podían verse manchas de sangre en el último escalón, allí donde terminaba el escenario desde el que arengaba Barrionuevo a sus simpatizantes, cuando una bala le impactó entre los ojos. Todavía circulan algunos periodistas junto al lago, micrófono en mano.

La nube del crimen se estaba alejando por el horizonte con la velocidad del viento, solamente permanece firme en la memoria y la mano del ejecutor. El último capítulo lo ejecutó una cronista disfrazada de mujer rana que se sumergió cincuenta centímetros y recorrió unos metros para graficar cómo había huido el killer hasta un arbusto y de allí a la otra calle. Alto rating televisivo y luego pasaron a otro tema de actualidad.

Por su parte, el investigador aficionado, sigue buceando en las redes para encontrar otros escenarios y cumplir con un contrato sin papeles ni palabras, apenas certificado antes por un cruce de mensajes de texto y un par de depósitos en su cuenta bancaria. Se convierte en testigo de lo que considera una trama misteriosa porque había consistido primero en una pesquisa libertina y realmente novedosa que saltaba de un decorado rutinario y burgués de dos personas cuyo mayor riesgo consistía en usar

máscaras venecianas, hacia un segundo acto en la incómoda precariedad de un edificio en estado sórdido. Y allí mismo, como un giro isabelino, otro personaje se hace presente con su fusil y su puntería digna de película bélica, y mata a un corrupto delante del Hospital de Niños. Además, pensó con temor, en cierto momento me miraron como cíclopes y rompieron la cuarta pared, los personajes me clavaron sus ojos a mí que me creía el observador indiscreto. Quién vigila a quién, se hace una pregunta antigua. Y habla en voz alta frente a la pantalla: ¿Montaron este espectáculo exclusivamente para mí?, ya no me hacen testigo de sus encuentros sexuales, ahora me convierten en observador privilegiado de un crimen; me encierran y vigilan como el cíclope al griego.

Revisó sus anotaciones. Los detalles del cuarto habitual, la descripción del nuevo escenario. Voces ininteligibles, redobles y bombos, disparo, gritos de los manifestantes. Se detuvo allí, se dio cuenta de que había cumplido con lo solicitado, es decir, había ubicado el lugar donde se encontraba la pareja. Al menos, el último lugar. Y la fecha precisa. El quinto o sexto piso del edificio en construcción de la calle Madre Teresa de Calcuta al 1500, el día en que mataron a Hugo el Gato Barrionuevo. La otra habitación seguramente estaba en la misma ciudad. Pasó en limpio todos los detalles de los lugares, adosó el documento al correo y se lo envió al interesado. Respiró con alivio, un alivio que duró poco tiempo porque tenía datos sobre el crimen, se veía el momento, el arma, la cara del asesino. Una cara que él reconoció. También reconoció el máuser. Con la velocidad de una bala recibió el aviso de depósito en su cuenta bancaria. El cliente había completado el pago convenido. Pero tenía claro que con eso para él no se cerraba la cuestión, no había como suele ocurrirle a los detectives de las novelas policiales la satisfacción y el orgullo de haber descifrado el caso. No. Nada había concluido, empezaba la segunda temporada, mucho más áspera y problemática, en la que él mismo se convertía en protagonista. Atrás quedaba el observador onanista. Se hacía presente el testigo, cómplice o delator (no lo sabía, no lo tenía resuelto). Desde el momento en

que se asomó al balcón del tirador y su máuser, el sitio preciso, las caras de quienes grabaron la escena, desde que oyó el disparo criminal, los gritos a la distancia, desde que reconoció el episodio en que murió el sindicalista y recordó las teorías y explicaciones erróneas de la policía, la prensa, el público, supo que comenzaba para él un recorrido distinto a la placidez de la pantalla, una inmersión en el conocimiento fehaciente de los hechos y sus autores, que lo llevaban a enfrentar las consecuencias de su decisión. Si se implicaba como testigo, entraría en una maraña de declaraciones y explicaciones vergonzosas. En caso contrario, debería luchar con su conciencia y el temor a ser descubierto o extorsionado por la pareja de cíclopes siniestros.

Decidió enfrentar al enemigo de siempre, el interno. No iría a ningún destacamento policial, tampoco a una fiscalía, para presentar pruebas. La pareja parecía estar más interesada en jugar con él que en implicarlo. Seguramente esos últimos videos habían sido causados por la necesidad de saltar del coito vulgar en una habitación pequeño burguesa al sadismo contra ese espectador que no necesariamente era él. Ellos se filmaban, lo subían a las redes y por lo tanto sabían que alguien los vería. Tal vez muchos. No había motivos para que el investigador fuera el destinatario elegido. El único. No. Trató de convencerse, caso cerrado, se dijo, para qué darle más vueltas, ya está, fue entretenido como una buena serie y encima me pagaron. Pero él sabía que el autoengaño le duraba poco, y que era cobarde, lleno de culpas, que todo esto le quitaría el sueño. Nuevamente volvían con el moverse de las horas las imágenes del tirador y el muerto distante, el parque por el que circulaba a diario y sobre todo el hecho de haber reconocido al asesino del máuser. Estaba casi completamente seguro: esa calva, las cejas despobladas, la línea de la nariz. Sí, sabía, pero lo traicionaba el miedo de saber y quería dudar. A la defensiva la cabeza pega sus propios saltos, difícil controlar la sinapsis, y cae en el recuerdo de una imagen: la pareja sentada en la cama, disfraz de alienígenas verdes y la lengua haciendo burla directa al espectador. Y vuelta a torcer el rumbo hacia la identidad del asesino. Como una balsa en un

rápido, esquivando piedras, chocándolas de lado, zigzag de orilla a orilla, así se le venían encima los disfrazados y el del máuser para enturbiar su vigilia forzosa.

Entonces, sintiéndose héroe épico, decidió encarar de nuevo el rumbo frontal hacia los videos porno. Tenía la lista, optó por un orden arbitrario. Eligió el noveno (más o menos por la mitad de su catálogo): La pareja gateaba por la cama, ella en bombacha verde, él con un bóxer gris. Jugaban a ser perritos o gatos que se olfatean. Algo torpes por andar sobre un colchón, se iban de lado, caían y reían. Exhibían sin disimulo sus caras y sus torsos de cuarentones poco atléticos. Ella, con su corte de pelo habitual, él con su tonsura y resto entrecano. No miraron a cámara. Se arrastró, acercó la mano al celular y lo reacomodó en la mesa de luz cercana a la puerta. Ella esperó, de lado. La siguiente toma registró las acciones previsibles y breves de modo horizontal. El investigador notó por lo menos dos rarezas: entre la toma inicial y esta última, habían cambiado el velador de bronce por uno similar de plástico, ¿un error de continuidad, pensó? Y también lo sorprendió, recién ahora, después de tantos análisis y miradas, la puerilidad de las escenas, como en esos primeros chistes escatológicos de niños; en medio de páginas tan jugadas y explícitas, con gritos y despliegues descomunales, aparecía esta pareja casi preadolescente no en la edad sino en sus modos de practicar las relaciones sexuales frente al universo de las redes. Aquella tarde hizo un repaso de todos los videos que transcurrían en la habitación con muebles de patas curvas, bronces y puerta placa. Con su ojo entrenado en otras lides encontró leves diferencias que procedió a anotar. El hombre, en el quinto video, tenía y no tenía una tonsura. En el primero, ella pasó de ojos marrones a verdes. Una herida en la rodilla izquierda de ella, apareció, desapareció y volvió a mostrarse en el lapso de diez minutos. No le resultaba coherente que él tuviera un anillo y no lo tuviera, que ella cambiara de aritos en medio de la acción (unos redondos como perlas con ella boca arriba por azules como gotas con ella de costado). La mayoría de los pasajes de toma, ofrecían algún leve cambio injustificado. Hasta creyó

que el hombre, en cierta escena, no era el mismo sino un doble sin riesgo. La araña de bronce no siempre tiene dos lámparas, la alfombra oscila del blanco y negro al blanco y azul marino. ¿Cómo es que no lo noté?, se grita considerándose estúpido. Y al rato se justifica: cree que se quedó con las primeras imágenes y luego las dio por inmutables a medida que aparecían diversas máscaras y disfraces como distractores.

Busca en internet y encuentra: “Los errores de continuidad son habituales en las películas. Quien está a cargo de los detalles, anota que el protagonista bebe agua. Luego pone el vaso con agua. Corte. Una hora después o una semana después, se graba la continuación con la cámara en otro ángulo. Quien está a cargo de los detalles lee que el protagonista bebe agua. Luego pone el vaso de agua. Lleno. Pero en la escena que va a ser inmediatamente anterior, el vaso solo tiene un cuarto, no hay jarra ni botella sobre la mesa, nadie le sirve, él no se sirve, ¿cómo se completó el contenido del vaso? Por la magia del error de continuidad.” Entonces, piensa, es una puesta en escena, no un encuentro de amantes sino de actores. Se montó el ambiente con su cama y otros muebles, con sus protagonistas y reemplazantes, con dobles para algunas ocasiones. ¿Se pensó en el público o solamente es para él? Tal vez, duda, haya sido un experimento, o menos que eso, simplemente un trabajo práctico de estudiantes, con sus cámaras, luces, micrófonos, escenógrafos, vestuaristas. Cada cual cumpliendo con el protocolo establecido por el profesor de la cátedra. En qué lugar poner el foco, etc. y después todo el proceso de selección (porque seguramente hicieron varias tomas simultáneas) y el montaje final. Faltan los títulos para saber quién dirigió y quién hizo el guion, aunque ningún video porno tiene esos detalles, a lo sumo se destaca y nombra a una estrella del rubro. Acá, o bien hubo intención de ocultar o, algo más ramplón, no eran importantes los créditos. Un simple trabajo escolar del que alguien guardó copia y la usó para..., para qué. El interés de quien contrató al investigador improvisado no fue encontrar el lugar donde su esposa lo engañaba. Eso era una excusa. El verdadero motivo está en otro lado. Cada vez se

inclina más por sospechar de alguna clase de experimento con el espectador. Pero cuál sería. Pensó en el dinero; la suma que le giraron estaba al alcance de cualquier asalariado. Equivalían a comprar un electrodoméstico en tres cuotas. Ninguna inversión todopoderosa. Se rio, había usado la plata para comprarse algo de ropa y un par de zapatillas. El investigador viste ahora mejor, se dijo con sorna. De todos modos, esta explicación no incluye el último video en el que no hay desnudos ni sexo sino crimen político, no hay una pareja mediocre en una habitación pequeño burguesa sino un francotirador con excelente puntería. Un grupo de estudiantes de cine no puede estar implicado en esta última entrega. Los actores son los mismos, muy distinto el escenario y el guion. Piensa ahora que la bisagra está en los videos donde están disfrazados de alienígenas y cíclopes. Allí se produjo un salto. Los actores miraron directamente al observador. Primero con burla, luego como amenaza.

Ya no le importaba cómo había empezado esta investigación (le queda enorme la palabra), este inicio de juego que duró pocas jornadas antes de convertirse en peligroso.

Un circunstancial compañero de trabajo, en conversación casual de mediodía, le preguntó si solía ver porno, ante una sonrisa suya como única respuesta (como reacciona el tímido que no sabe qué decir), le agregó que estaban pagando por hacer investigaciones en esos sitios. Lo demás, no lo recuerda. Comenzó como diversión y excusa para ver acción, para sublimar los deseos que no se animaba a efectuar. Ahora se sentía enmarañado entre la vergüenza, la complicidad con un criminal que no sabía si denunciar, y el miedo, el miedo es eterno. En esas circunstancias recibió un trompazo en la mandíbula: un nuevo video en el que la pareja aparecía vestida con trajes de neoprene, antiparras y snorkel, él con su tonsura y resto entrecano, ella con el corte de pelo habitual pero falto de teñido, con las raíces oscuras. Se quitaron la máscara y las patas de rana, se desnudaron y tuvieron relaciones distintas a las de siempre, con desenfreno, con una violencia que nunca habían empleado, nalgadas fuertes e

intentos de ahorcamiento mutuos, sodomía, ella lo ató, le vendó los ojos y le pegó latigazos en la espalda. No hubo de fondo aquellas voces sin idioma identificable pero sí gritos salvajes. Y miradas directas, ojos cómplices, con el espectador, mientras se exageraban los jadeos. Esta vez estaban sobreactuando. Entró en pánico, se aterrorizó y la paranoia le hizo mover la cabeza para ver hacia los lados, girar hacia atrás, subir y bajar en busca de algo monstruoso que estaba fundamentado en que cada una de sus sospechas recibía como contestación un video. Los disfraces de extraterrestres cuando trató de identificar la extraña lengua, los cíclopes pegados a la cámara, la filmación del crimen y ahora esta versión errónea de cómo fue ejecutado el sindicalista; uno detrás del otro los episodios le habían sido lanzados a la cara en respuesta, le decían te conocemos, le decían somos nosotros quienes observamos, nada se nos escapa.

El miedo trazó una curva y en lugar de paralizarlo lo puso en movimiento. Haría la denuncia. Lo pensó y repensó. Pero no podía seguir sujeto a esas miradas, se lanzó a la calle con dirección a la comisaría novena. El aire libre con su gente y sus árboles, lo empujaban y lo detenían. Se inventaba excusas para no seguir, doblaba una esquina y retomaba el impulso. Así con pasos variables llegó a la puerta del destacamento descolorido, con la calle decorada por una decena de vehículos dañados por choques y abandono. Entró, en el salón no había nadie, la oficina iluminada estaba vacía, se animó a recorrer el pasillo hasta la escalera y escuchó que alguien bajaba, volvió al salón, se sentó en un banco descabado. De las penumbras surgió un uniformado. Todo el trámite duró diez minutos: tres para entrar a la oficina, sentarse y presentarse mutuamente, cuatro de exposición del civil y preguntas del oficial que cerró con tres minutos cortantes para demostrarle que aquel era un caso ya cerrado para la policía. Aunque no se había encontrado aún al asesino, se conocían los detalles. Las pruebas de balística y demás datos técnicos estaban ahora en manos de la fiscalía adonde debería dirigirse en caso de querer ahondar en la causa. Buenas tardes señor, buenas tardes oficial, y empezó a irse, la puerta corrediza no corría y el agente

gentilmente se puso de pie y forcejeó hasta facilitarle solícito el paso. Buenas tardes, buenas tardes. De nuevo en el exterior, circuló con cuidado por la vereda rota y cruzó a mitad de cuadra entre las dos hileras de autos y camionetas oxidadas y sucias con carteles ilegibles en los que apenas podía notarse un sello y algunos garabatos (seguramente los números de identificación del vehículo robado o siniestrado). Recién al doblar por la rambla iluminada recuperó la conciencia. Nada había cambiado, volvió de lleno a su sentimiento de indefensión. Al olvido, al ninguneo más que a la amenaza. Si hubiera leído o recordado el *Proceso* de Kafka, habría pensado que en todos esos años, un siglo transcurrido, algo había cambiado, y es que se convirtió la injusticia en funcionamiento cotidiano, no en algo excepcional o limitado. A nadie sorprendía ya que lo maltrataran a diario sin tener en cuenta los mínimos derechos, que se hubiera caído en la absoluta anomia y en el uso solamente de la autodefensa con sus dos aristas: matar o al menos herir de cualquier modo al supuesto atacante, o darle la espalda y huir a la caverna. Esta última posibilidad era la más conveniente en caso de que el agresor tuviera alguna forma de poder (por uniforme, por posición social, por administración, porque conocía los secretos). Regresó entonces a su soledad y la pantalla.

En las siguientes semanas solo recibió avisos de publicidades y una cita en respuesta a sus solicitudes de empleo. Volver al ruedo le ocuparía en parte la cabeza, aunque fuera mínima significaría un alivio frente a tantas oscuridades. Fue, se presentó, lo tomaron. Aunque tan rápido significaba no tan bueno. Un trabajo en negro (ya estaba acostumbrado a esa inestabilidad) como encargado de logística. Recibir y organizar las entregas de pedidos de una pequeña empresa local sin productos propios pero con una bien aceiteada mecánica. Por ahora no podía trabajar desde su casa, aunque en otro momento eso le hubiera molestado en su circunstancia actual necesitaba el cambio de escenario para distraerse. Afortunadamente no le llegaron más videos de la pareja desquiciada. Reforzó su tratamiento dejando de ir al Parque como quien deja de fumar, esquivó las cuadras del

Hospital, el Lago y el edificio en construcción. La oficina quedaba cerca del centro, a unas diez cuadras de su casa, hacía el recorrido a pie en paz y sin premuras. De regreso se demoraba con algún mandado, unas frutas, algo de fiambre, a veces una palta y milanesas. Desde que se separó llevaba vida de monje con escapadas. Para vicios, el hipódromo dominguero. Sabía de caballos por su padre que había crecido en el barrio del turf y lo había llevado alguna que otra vez a recorrer studs y en los feriados a ver una carrera. Había muerto joven y a él solamente le quedaba ese recuerdo feliz: al lado del papá escuchando la conversación con sabedores en los momentos previos a cada carrera, a cuál jugarle, cuánto pagaría, a este lo están frenando y lo sueltan en la próxima, va a pagar veinte. Los nombres y pedigree de los caballos conformaban su mitología. Así que casi todos los domingos, apostaba unos boletos según los consejos de algún viejo amigo de su padre, propietario de un par de ganadores. Era como hacer un picnic en el bosque, con sol y una hamburguesa o en días afortunados en la pelús cerveza con ingredientes, y en los muy afortunados era almuerzo tardío con un buen vino. Lo más cercano a la gloria. Había aprendido a llevar una suma de dinero razonable y ninguna tarjeta. Nada de casino, bingo, quiniela, loterías, solo la droga de los caballos. Cuando incursionó en las apuestas online había tenido una breve recaída en la ludopatía porque las tarjetas de crédito estaban al alcance de la mano. Pero le duró poco y se repuso. Retomó las visitas al hipódromo que se convirtieron en una dosis homeopática de veneno para evitar la enfermedad. El placer riesgoso del juego y el contacto con viejos conocidos del ambiente, las discusiones a veces acaloradas pero con final feliz cuando sonaba la campana de largada, eran una fiesta. Le daba una enorme satisfacción distinguir, entre cientos de personas que alentaban o puteaban, la chaquetilla del jockey ganador (a veces por el hocico), algo que también había aprendido de su padre. Y cuando se adelantaba a los demás, sentía un orgullo al reconocimiento que no obtenía en ningún otro ambiente. Todo eso, rodeado por personas que durante tres minutos gritaban, insultaban, aplaudían y saltaban o rompían los boletos perdedores, para pasar luego los cuarenta minutos de espera entre consultas, observación de los próximos

corredores, análisis de su performance y sobre todo datos de posibles tapados que pagarían un dineral. Una cofradía de desesperados que aspiraban a la resurrección. Estaba en la frontera generacional y los comentarios machistas habituales apenas lo molestaban como moscardones que no pican. Le sonaban mal pero no había comenzado a deconstruirse. Su exesposa, en cambio, estaba un paso más adelante; esos sesenta centímetros eran una grieta insalvable; especialmente por esa razón ninguno de los dos pegó el salto. Su abuelo era obligado a hacer penitencia con sus rodillas sobre el maíz, y en la misma escuela décadas después su padre era castigado con un coscorrón. Él había ido a la escuela pública mixta desde primer grado y los tiempos algo habían cambiado (aunque todavía se estigmatizaba como mariquita, nenita, mujercita o directamente puto a quien no aguantara un dolor, se quejara o llorara). Con ese arrastre llegó a la adultez ya en medio de un panorama renovado. Algunos no notaron que desde hacía un tiempo el mamut venía en latas fáciles de abrir. Las historias paternas sobre el colegio de curas le sonaban tan lejanas como la guerra civil española o la edad media. De todos modos le habían resultado entretenidas. Eran unos bárbaros que pasaban el día entre empujones, patadas y escupitajos. Las bromas a los profesores: colgar una paloma muerta de la lámpara, llenar de orín los cajones del escritorio donde se apoyaría la teacher, hacer explotar poderosos petardos sobre el techo de chapas (con el retardo de una espiral para mosquitos), eran increíbles para cualquiera de su generación, y las escuchaba como quien lee poemas épicos sangrientos. Su violencia en cambio era la pasividad, la aceptación de cualquier injusticia, mirar hacia otro lado para preservarse; pero la rumia es constante y endurece su voluntad. No está acostumbrado a replicar, devolver los golpes, se encierra y aguanta. La pobre escapatoria es llenar la cabeza de absurdos como la investigación porno o el juego de dinero sin pretensión de ganar. Una inversión para tapar los agujeros de la bronca. Y su otro procedimiento es recordar los momentos felices, hasta el punto de corregir involuntariamente el pasado y mejorarlo. No todo había sido tan naif en la relación con su padre. Ciertamente es que su madre los abandonó a ambos y nunca supo nada más de ella. La muerte del

padre cortó toda posibilidad de que insistiera en las preguntas que le contestaba con vaguedades o contradicciones. Cuando él empezó la escuela le dijo que ella había muerto, antes que estaba de viaje, luego que trabajaba en un país de oriente y no la dejaban regresar. Pasada la adolescencia comenzó a creer que todo eso era mentira y que si ella se había ido el padre era el culpable. Lo innegable es que el hombre se había ocupado del niño, estaba a su lado casi todo el tiempo, a menudo de mal humor pero estaba, lo llevaba a la escuela, le hacía la comida, de vez en cuando salían a pasear. Cumplía. Era hosco la mayor parte del tiempo, salvo cuando le contaba viejas historias de su abuelo y de su juventud divertida. A menudo lo hacía reír con esas extravagancias. Lo que más le llamaba la atención y recordaba era las travesuras terribles durante la escuela secundaria. La ola represiva de los colegios de curas fue tapar la olla a presión durante toda la niñez hasta que explotó la tapa, la violencia inundó los actos cotidianos durante la adolescencia de varones solos y devino en acciones virulentas. Las bromas rozaban el crimen. Quien perdía una apuesta (por un partido de fútbol, por ejemplo) era condenado según la voluntad del ganador y la aprobación del jurado (los otros compañeros) a cumplir una pena que alguna vez consistió en permanecer semidesnudo e imitando a un mono en el espacio entre la reja y la ventana de vidrio que daba a la calle, durante la clase de francés, mientras madame explicaba la leçon. Afuera, los pocos transeúntes se sorprendían frente al mono rubio. En otra ocasión, uno robó una sotana y confesó a las alumnas del colegio de monjas. Y así se prepararon para la militancia política y las luchas callejeras. Había un notable contraste entre las fotografías del grupo escolar de la primaria y de los últimos años de secundaria. Antes, quietos, uniformados y serios; luego en poses ridículas haciendo cuernitos sacando la lengua, mal entrazados, la camisa fuera del pantalón, la corbata como vincha. Evidentemente los curas jóvenes se habían entregado y desistían por voluntad o resignación de imponer la vieja mano de hierro de aquellos sacerdotes que habían pasado a retiro. El grupo de amigos se había aventurado a una excursión en carpa después de los últimos exámenes de diciembre, antes de las fiestas, el verano y el curso de ingreso a la universidad. Dos fotos en papel y varias

anécdotas así lo constataban. Se los veía adultos y pueriles a la vez, amontonados ante un pino enorme, desmarañados y sonrientes. Su padre le contó cómo estuvo a punto de ahogarse en el mar, por hacerse el bravo, fue arrastrado por la corriente, y cómo lo salvó un guardavidas. Esa misma noche, después de un asado, su compañero el Perro había cagado dentro de una media, no sabe cómo, y la había revoleado con gran puntería sobre una carpa lejana donde pasaba su luna de miel una pareja. Él recordaba que la anécdota paterna estaba llena de otros episodios y descripciones pero solamente retenía esta pieza escatológica. Al parecer no hubo mujeres, faltaban semanas para empezar la temporada de playa, se emborracharon, jugaron a la pelota en la arena, contaron proezas sexuales seguramente inventadas, se quemaron al sol hasta las ampollas, y volvieron con tanto cansancio e historia como si hubieran atravesado un continente y descubierto el tesoro del pirata. Después casi no se vieron más porque alguno emigró, otro se mudó al interior y los demás se perdieron en sus carreras, trabajos, en sus vidas. El exinvestigador improvisado se sintió bien con la memoria de su padre. Estaba solo. No quería volver a los meses de videos y temores. Pero nada termina tan fácilmente como si encendiéramos una lámpara. La oscuridad regresa aunque nadie lo desee. Y aquello que quería ocultarse no tardaría a asomar de nuevo la cabeza. Sin que él dijera “piedra libre”, apareció bruscamente y comenzaron a correr. Uno a la par del otro, como en el juego infantil. Él se tapaba los ojos para tapar el mundo pero a su lado alguien tenía un máuser, un viejo máuser de principios del siglo veinte. Era su padre.

El análisis completo de orina y sangre había salido perfecto: eritrocitos y leucocitos, glucemia, colesterol, tsh y bilirrubina. Ahora, metido en esa lata, sospechaba que todo iría bien a pesar de la blancura insana de las paredes y el techo y el piso, y el tracatrac de la bandeja en la que yace. Qué hará después, se pregunta. ¿Hay alguna máquina que le estudie los imprevistos? ¿Cómo se mide el azar? ¿Existe un calculador de rayos sobre humanos, puede ser preciso y hablar sólo de él? Tal vez un téster

de riesgo callejero que mida exactamente una variable (> diez <veinte) y compare con índice de robos violentos + descontrol imprevisto de vehículo, caída de maceta por viento, voladura de techo, bala perdida. Para qué, se dice, si es probable que muera acá en la helada soledad de este monstruo que me desacomoda y acomoda los átomos bajo un ojo cíclope que me perfora y la indolencia del mundo circundante. Todas las vacunas necesarias, control periódico anual, visitas al otorrinolaringólogo, cardiólogo con su ergometría, oculista y técnico y el fondo de ojos y el campo visual, por las dudas homeópata, acupuntura, flores de Bach; pero no hay medidor de casualidades nefastas. Un infarto masivo como consecuencia del pánico que va y viene de nuevo y cuento hacia atrás los números impares y calculo los lados del triángulo desde el lago al hospital, desde el cuarto piso a la cabeza del muerto. La bala del máuser le atravesó la cabeza, entró por el medio de las cejas como un tercer ojo, algo ahí adentro la desvió levemente, salió, pegó en la segunda columna dórica y cayó ridícula bajo el cuerpo de Hugo el Gato Barrionuevo para confirmarle a los estúpidos peritos su suposición errónea, que el disparo había sido hecho desde el borde del lago del Parque como todos querían creer. Nadie miró el edificio en construcción ni el arma arrojada a los escombros. La noticia perfecta vestida de neoprene y snorkel. Boca arriba, atado, calado hasta lo mínimo por la raya de luz, inhala, exhala casi sin retener el aire, así no sirve, piensa, inhala intentando que dure diez segundos, ocho al menos, conserva el aire más tiempo, exhala lo más lentamente posible, aguanta y recomienza. La cabeza deja el terror en un rincón mientras puede mantener ese ritmo con un gran esfuerzo de concentración. Dura tres minutos y vuelve la taquicardia. La bandeja se mueve con su ruido y lo distrae del pánico. Lo asalta la palabra Fibonacci y se dice uno coma sesenta y ocho. Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece, veintiuno, se demora en la cuenta, treinta y cuatro. La muerte infame de Agamenón, asesinado en el baño por su hijo. Agamenón, el guerrero, cae entre sus mierdas. En su final seguramente habrá deseado el filo de la espada enemiga, la flecha sibilante contra el pecho después de atravesar su escudo, pero la muerte es de cualquier manera, y luego todos los cuerpos quedan iguales, fríos, calcinados en la

pira o sometidos al gusano. No es lo mismo, piensa en el silencio de la máquina, pero sí es lo mismo, la misma humillación, final repetido. Morir en una cama rodeado de amores o morir en guerra, son situaciones que él no tendrá. Su única batalla, supone, sería a distancia prudencial, 60 metros, y nadie lo descubrirá ni para el castigo ni el elogio. Si fuera a la cárcel tendría dedos acusadores y aplausos de fanáticos, al menos. Y el círculo de amores ya no existe.

Agamenón, el atrida señor de los hombres, el rey hijo de Atreo, asesinado en la bañera, Clitemnestra lo ata con una red y lo acuchilla.

¿Para qué la presión en 11/7 y 65 pulsaciones, la perfección del porcentaje o tamaño de hematocritos y volumen globular medio, el color de la orina, la cantidad de hierro y sodio y potasio y cloro, bajo el antígeno, colesterol sin riesgo? ¿la correcta velocidad de las válvulas aórticas, las dimensiones de los ventrículos y ahora esta penetración hasta los átomos y su muy probable verificación de que no hay ningún riesgo? Supongamos, se dice, que no haya un rayo ni una piedra perdida que caiga azarosa en mi cabeza, ni un tren que descarrile o avión que se estrelle conmigo adentro, de todos modos, aun así de perfecto, la vejez y la curva de la espalda más la flojera de los músculos irán haciendo su trabajo de demolición y yo estaré consciente. Esta bandeja de plástico y metal, con su ojo cíclope, será testigo y escribano del buen funcionamiento de protones y neutrones, pero no sabe, no le interesa saber, que todos esos átomos seguirán girando después de mis cenizas. Entonces, solamente, miran cómo funciona el mundo físico desde el big bang, no cómo funciona yo en mis años. Suena el tracatrà y en lugar de darme pánico de claustrofobia, me vuelve al mayor pánico que es la condición inmutable de perecedero. Pensaba hace unos instantes, aquí mismo en esta bandeja horrible, boca arriba y atado, que la escritura continuaría; pienso ahora qué me importará si no estoy presente cuando eso suceda. La muerte es siempre una humillación, siempre se muere en la bañera como Agamenón,

sin importar que haya sucedido antes. Aquiles heroico muere por la flecha en el talón; también el de los pies ligeros tenía los pies delicados.

Dicen que el origen fue una gran explosión, hace unos catorce mil millones de años; la vida en la tierra, las bacterias, aparecieron hace cuatro mil millones de años y el hombre primitivo sólo lleva tres millones sobre el planeta. Números monstruosos que no entran en ninguna agenda fueron necesarios para llegar hasta aquí y que, dice allí acostado, yo naciera para vivir una milésima de suspiro. Tantos átomos recorriendo la infinitud para formarme y abandonarme así. No es justo, estremece la tarea inmensa para generar uno de tantos seres perdidos, ignorados y posibles asesinos. Matar a alguien es anticipar el curso del tiempo, o mejor todavía, significa que el otro ha chocado contra una circunstancia no deseada pero posible en el amplio prospecto de probabilidades (terremoto, desprendimiento de un cable electrificado, bala de máuser). La muerte por un disparo es simplemente una de las tantas peripecias finales de la efímera vida humana. Tanto infinito antes, tanto infinito después, y en medio solo un imperceptible chispazo. Terminar violentamente con la vida de otro es nada más que ser partícipe del trato que nos proporciona el paso vertiginoso de los días. Nada quedará del otro (ni de mí) en la memoria tras el inmenso número de siglos. Debería por lo tanto borrarle la culpa. Y eliminar las cargas por los daños sufridos a manos de quienes me rodearon desde la niñez. ¿Exculpar también al amplio círculo de la región con sus maltratos a diestra y siniestra, con su corrupción disfrazada de relatos benéficos y revolucionarios, perdonar a los poderosos de la tierra que la dinamitan por avaricia y a los tontos que los siguen, balando? Tal vez sí porque todo dura nada. Aunque sería aleccionadora la trompada en el estómago (el tiro en la cabeza) de uno que los represente. Un llamado de atención, un grito entre los mudos. ¿Un pequeño quiste extirpado amedrenta al cáncer? No estoy seguro de lo contrario, pero en la película de nuestra civilización contemporánea podría alterar al menos las emociones del instante y condicionar las expectativas de su desarrollo.

Se dice y se desdice al ritmo quebrado y sordo del resonador magnético. Empezó a contar hacia atrás para desenfocarse del pánico y el pensamiento lo llevó por arrabales de la filosofía. La justificación de su crimen y el perdón hacia todos, amparado por la voracidad del tiempo, la infinitud de la materia, la fragilidad de la vida humana que es apenas un pequeño instante de la nada. Idas y vueltas contradictorias, otra forma de cuenta regresiva. Pero el tiempo es interminable bajo ese ojo cíclope y esos imanes que desubican los átomos de su cuerpo. Ahora abomina de su formación religiosa, odia a aquellos inquisidores ensotanados del colegio infantil, pero sin embargo ama las lecturas que fueron su consecuencia adolescente, Chesterton, Marechal, Dante. No puede, lo dice en un murmullo que resuena en el silencio de la sala blanca, desprenderse del ateísmo furioso ni de la admiración de ciertos autores católicos militantes. Vaga por ese terreno que le trastorna el placer de sus libros y a la vez le cuestiona su postura anticlerical. No hay contradicción, se convence, porque por un lado está la pira y la tortura, y por el otro el arte. Encontró en los ensayos de divulgación científica una síntesis gratificante, entre la negación de dioses con sus acólitos tenebrosos y la existencia de energías que dan explicación a la vida y su continuidad. Pero la culpa es un perro que no suelta a su presa y le vuelve a remover los dolores de sus acciones. ¿Finalmente, maté o no maté a ese corrupto miserable? Sí, de cualquier modo, debo reconocer que en intención o hecho concreto lo asesiné.

Cuando analiza su pasado asegura que el problema con sus padres no fue ni el maltrato ni el desamor, nada de eso hubo, sino la indiferencia; trabajaron su relación familiar como empleados públicos pensando en el fin de mes, un desgano que se les fue acentuando con la desaparición de su infancia. El hijo, es decir él mismo, era una carga que sobrellevar. Sin reproches declarados, sin golpes ni gritos, simplemente un sentimiento de fatiga. Lo colocaron, como un plazo fijo, en un colegio de doble escolaridad. Desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, incluido el almuerzo, quedó bajo la mirada de sacerdotes preconciatares (aún después del concilio vaticano segundo) y de

maestras señoronas. Mientras sus vecinos recorrían los pasillos secretos del barrio jugando a las escondidas, él escuchaba sermones en las aulas gigantes que lo hacían sentirse todavía más vulnerable. Las clases de dibujo consistían en copiar un objeto exhibido sobre el escritorio del docente. Una botella con una flor, un pequeño busto, el retrato de un prócer. La repetición de memoria era el modo de estudiar. En la hora de Lengua se castigaban las faltas ortográficas, se leían fábulas clásicas con su moraleja, fragmentos de los libros sagrados. No estaba permitido correr en los breves recreos porque, le habían explicado, podrían lastimarse en el piso de cemento. Tenía compañeros a los que no los afectaba mayormente el sistema, algunos lo siguieron valorando aún de adultos, pero a él le gustaba leer, dibujar, correr libremente como podía hacerlo los sábados en las veredas del barrio y la soledad de su cuarto. El contraste lo violentaba. Se fue acentuando su desprecio por aquella escuela y por las personas que tenía adentro. Nada de eso cambió con la edad, se fue calcificando el odio hacia el entorno, se fue encerrando en sus gustos. En su paso por la universidad solamente recogió libros, no encontró seres humanos, apenas compartió unos apuntes o una conversación inevitable. Hubo un paréntesis durante la vida en pareja. Cuatro años como cuatro siglos que ahora no logra entender cómo se iniciaron. Sin hijos, sin enojos, simplemente su indiferencia lo dejó solo. La excusa para terminar no la recuerda, cree, está convencido de que ella tenía razón. Un amigo tuvo y ya murió, otra historia de isla desierta, de naufragio compartido y desaparición prematura del compañero de soledad. Lo conoció en un vuelo, iba sentado a su lado y a ambos les llamó la atención el otro como un amor a primera vista. Su futuro amigo, un hombre con algo de sobrepeso, tirando a colorado, vestía un ambo, sin corbata, evidentemente oficinista tecleaba desenfrenado en su notebook. Jamás podría simpatizar con semejante personaje, él que había abandonado toda locura laboral burguesa; cualquier monotonía y rutina le irritaba. Observaba como escritor su entorno y casi siempre veía la misma llanura chata entre los seres opacos que cruzaba. Una vez que el avión escaló a altura de crucero, dejó de mirar a su alrededor, buscó en su bolso y extrajo la edición bilingüe de Las Églogas

de Virgilio, el colorado se puso de pie y le pidió permiso para ir al baño. Un molesto meón, pensó, que irá cada media hora, es decir, calculó, quince veces por lo menos. Cuando volvió le pidió disculpas, se sentó tras colocar la computadora en el buche del asiento, y extrajo un libro roto. Extraño, el libro parecía nuevo, una de esas novelitas best seller de seiscientas páginas, pero algo raro percibió aunque no quiso fijar la vista en su vecino no fuera cosa de que el otro, el colorado, lo interpretara como un inicio de conversación. Dos horas después, algo sucedió. Leía rápidamente. No era necesario que lo observara, oía el pasar de las hojas. Era un devorador. Quiso calcularle la velocidad, no podía concentrarse en el reloj, de modo que recurrió a una aproximación. Una medición indirecta: coordinó el inicio de una página de Virgilio con el momento en que comenzaba el otro con su librote. Impresionante, cambiaban de hoja al mismo tiempo: él, con su libro bilingüe, es decir medio libro, el otro con el mamotreto de cuadro grande y letra pequeña. Al cabo de dos o tres horas cerró el bestseller. Pero antes, arrancó prolijamente cada una de las páginas leídas. Entonces comprendió por qué le había resultado raro el libro nuevo: le sobraba lomo, era el traje de un obeso adelgazado. El hombre era una especie de conducto que tragaba y eliminaba. Depositó los restos en el buche del asiento delantero, sin dejar de mirar hacia adelante le dijo: es una novela malísima, para distraerse durante un viaje pero ni el papel sirve de tan satinado. Giró y señaló Las Églogas, Al lado de su libro... Lo que pasa es que viajo todo el tiempo, compro lo que hay en el free shop y lo termino en un par de viajes, con la cuestión del peso... y como no me animo a pasarle este bodoque a nadie... Las pausas eran acompañadas por una leve sonrisa cínica. El colorado lo congració con la especie, hacía bastante que no toleraba conversar con extraños (la reiteración del clima, el fútbol, las fotos familiares). Hablaron de Virgilio y de Dante. Sus comentarios tenían un enfoque muy particular porque su formación no era humanística sino científica. Apasionado consumidor de cultura, lector voraz en tres idiomas, lo sorprendió con su interpretación de la Divina Comedia, la ley de gravedad, la posición de las estrellas, los conocimientos de Dante, le dijo, que venían seguramente del mundo árabe. Nada de eso había

estudiado él en la licenciatura en letras, en cambio el colorado lo aderezó con su formación científica. Él había visto la estructura en tercetos encadenados con rima consonante, en cambio el colorado notó que Dante y Virgilio bajaban hasta el sitio del maligno y luego trepaban, es decir, subían por sus pelos. Eso es la gravedad, claro. Y afuera las cuatro estrellas que no se veían en el hemisferio norte, la cruz del sur, conocida por tradición oral tal vez por antiguos marinos que se aventuraron hacia el sur del continente africano, o saltando de isla en isla hasta el norte de Australia. Nuestros contemporáneos creen que porque construyeron estos socotrocos (se refería al avión) son superiores a todos sus antepasados. Y seguimos dependiendo del petróleo... (carcajada), gracias a eso tengo trabajo y puedo comprarme un buen auto eléctrico. Era charlatán, desinhibido, vendedor. Daba la vuelta al planeta una vez por año y conocía los lugares más exóticos y París, Roma, Londres, etc. como la palma de su mano. Si hubiera estudiado una carrera humanística sería un fracasado como él pero estudió química y la necesidad lo hizo vendedor en su juventud. Desde hacía veinte años trabajaba para una empresa que vendía insumos, aditivos y derivados en todo el mundo. Un viaje a China, tres días de negocios, y volver a la sede. A menudo, al hacer escala en un aeropuerto, le avisaban que tomara otro avión a Estocolmo o a Johannesburgo. Las reuniones duraban un par de horas, el resto del tiempo, recorría paisajes, museos, librerías, restaurantes típicos. Y leía, leía de todo, lo bueno, lo excelente, lo pésimo, según la ocasión. Bestsellers para los vuelos y olvidar las horas, y clásicos, recomendaciones de las páginas de cultura de los periódicos, curiosidades que encontraba por allí para el tiempo personal. No podía cargar con papeles sus maletas, salvo en contadas ocasiones y con hallazgos o regalos. Pasó la azafata, dos whiskies, le dijo el Colorado y miró a su acompañante. No tomo alcohol, gracias, para mí agua con gas. Para Don Segundo Sombra no toman alcohol los que tienen algo que ocultar, sonrió. Bueno, un whisky, entonces. Y volvió a beber después de muchos años de estupidez. No brindaron, de golpe casi gritó “Sriviyyaya” como quien dice jamón crudo y sin esperar que al literato se le fuera la cara de sorpresa, repitió “Sriviyyaya”.

Sí. Un imperio de hace como quince siglos. En Indonesia. Estuve en marzo por la región, algo bueno tiene este trabajo que me borra la raya del culo. Un imperio talasocrático que se extendió por todo el sudeste asiático. Tuvieron comercio con los chinos, navegaron por el Índico hasta Madagascar y la costa africana. Entraron en contacto con los árabes. Todo eso llegó a Europa desde distintos caminos, incluso por Marco Polo que fue casi contemporáneo de Dante.

De todas formas, ya sin sorpresa entre trac y trac del resonador (esos ruidos como signos de puntuación), se dice que no recuerda haber volado nunca en avión, tampoco recuerda más episodios de su amistad profunda con el Colorado, solamente una conversación durante horas en dos butacas vecinas y un amigo pelirrojo que murió en la infancia. Sus experiencias con el vendedor, con un máuser, más sus recuerdos de adolescencia tan detallados no caben en el tiempo del resonador. Una imagen de hombre rana saliendo del lago con el arma, un hombre que habla y gesticula y es atravesado por la bala, le rondan la cabeza, lo confunden, vuelve el máuser a asomarse por un balcón en obra donde él mismo yace y apunta. Un monje y una emperatriz se revuelcan en la cama. Hay una mujer de ojos rasgados que le sonríe. Todas fotografías que se mezclan. Mientras la máquina lo retiene, piensa que tal vez se le haya afectado la memoria, y que ese reacomodamiento de átomos lo configuraron de otro modo, casi igual pero con leves detalles. También cree, ahí metido, atado, que sería otro lugar común de la literatura el de un escritor que entra y sale del sueño, que confunde lo onírico y la vigilia. Ese estar despierto así ahora no es ninguna garantía de verdad. No es verosímil esa habitación con su blancura hiriente, la soledad, el tiempo desparejo como si circulara por una calle de minutos empedrados. ¿Qué son esas imágenes que le vienen con la torre Eiffel detrás, en medio de turistas sobre el Old Bridge, o al lado de gladiadores romanos ante el Coliseo? ¿Una invención, un deseo o una realidad que se le borra mientras el ojo cíclope

lo escanea? Tal vez suceda el delirio quijotesco de tantas lecturas secándole el seso. No podía evitar las enumeraciones vinculadas al encierro: la isla de un naufrago, el cuarto de Samsa, el indio que sueña y el hijo soñado que instala una bandera en la cima del monte. Con un terror sofocado por el hábito concluye que seguramente nadie abrirá esa puerta para desatarlo, ayudarlo a ponerse de pie, decirle ya está, todo resultó bien, que tenga un buen día señor, y retirarse él a la calle florecida.

Es atractivo el ruido limpio del metal cuando tira hacia afuera el retén del cerrojo. Luego lo saca con el seguro puesto, aprieta el empujador y gira el pabellón, quedan dos partes, el sistema de disparo y el cuerpo del cerrojo, gira la nuez y desarma mientras el cuerpo del rifle espera su turno. Le saca las bridas y punteras. Sigue todo el procedimiento hasta que lo reduce al mínimo posible, algo de nogal y acero que cabe en una mochila común. Ha practicado varias veces en los últimos días hasta que lo hace con la luz apagada y sin herramientas. Ya está limpio, lubricado. Listo. Después del disparo, que no esperaba fuera tan preciso, le llevaría menos de un minuto desarmar y guardar, pero cambió de plan y arrojó el máuser por el tubo de desechos, bajó rápido con el ritmo de la madera y el metal que se precipitaba golpeando contra la chapa hasta llegar al contenedor. Le faltaba el último tramo de escalera cuando terminó ese ruido, pasó por detrás del contenedor y cruzó hacia el parque.

No supo que había sido tan eficaz hasta que llegó a su casa. Después del disparo, se sumergió apenas en las aguas verdosas, su cuerpo nadaba a diez o quince centímetros de la superficie turbia. No necesitó snorkel, la islita de flores acuáticas estaba a ocho metros, sacó entre esas flores amarillas la cabeza inclinada hacia atrás lo suficiente para respirar, y en dos brazadas más, siempre por debajo de la línea del agua, llegó a la orilla, donde en un matorral de brotes de un ciprés viejo escondió el máuser, y salió al camino de adoquines por donde siguió trotando como cualquier otro día. A sus espaldas, unos cien metros, la gente seguía mirando hacia el cadáver mientras sacaba fotos o hacía

llamadas. Cuando llegó a la esquina más alejada del parque, empezaron a sonar distantes las sirenas policiales y quizás una ambulancia. Tenía toda la ropa y las zapatillas mojadas pero nadie reparó en eso porque comenzó a garuar. Suspendió el ejercicio matutino con la excusa de la lluvia. Al día siguiente, se sentó junto al ciprés carcomido, con el termo y la caña de pescar. Estuvo una media hora observando, cuando se le acabó el café metió el brazo entre las plantas, recogió la tanza, plegó la caña y la guardó en la funda junto al máuser.

Hay una glorieta, como un Partenón, que se destaca con su blancura junto al agua. Tiene dos escalinatas laterales, al fin y al principio, y una detrás que da a un sendero de tierra, casi escondido entre los juncos y la palmera y el paredón alto hasta el piso de cemento cercado por pilares de cuatro metros en cuyo acápite se montan las vigas donde alguna vez hubo enredaderas. Salvo en días feriados de primavera, no circula nadie por esa construcción excesiva. Hay grafitis precarios, un corazón con dos letras, dibujos apurados, todo con negro. Salir por ese camino invisible habría sido otra posibilidad de escape. Disparar desde el frente curvo, apoyando el fusil en la balastrada, darse vuelta, caminar tres zancadas y descender por la escalera hacia atrás, esconder el arma en el camalote y seguir caminando por el parque. El riesgo de ser visto desde el otro lado del lago, desde la calle, era mínimo, pero existía un porcentaje; en cambio salir junto al viejo ciprés carcomido y brotado en su base, pegado a los juntos, después de sumergirse y nadar quince metros era mucho más seguro. Había considerado para ambos planes, dejar el arma escondida e ir a buscarla unos días después simulando ser un pescador.

Son cinco viejos asqueados, sociópatas por acumulación, y los reunió el azar o la atracción centrípeta de la furia en torno a la necesidad de castigar a los motores de la decadencia, según decían, o de tomar revancha contra la postergación y la edad y los achaques a la vuelta de la esquina. Las conversaciones sostenidas por semanas culminaron en una lista bíblica de formas de castigo

para quienes eran considerados los mayores pecadores del país: aquellos poderosos que reunían en sí la avaricia, la vulgaridad, el desprecio por los demás, la exhibición impúdica de sus bajezas, todo tras la máscara de un relato visiblemente mentiroso y aprovechado de las necesidades ajenas. Después de descartadas las propuestas más delirantes, eligieron el crimen directo, en público, sin más vueltas. Se requería un plan preciso, porque, opinaban, era justo que no fueran descubiertos. En primer lugar acordaron no anotar nada, no hacer llamados ni enviar correos o mensajes, solamente comunicarse de forma oral mientras realizaban sus habituales caminatas por el parque.

Hay jóvenes, viejos, mujeres con niños, embarazadas, panzones, altas, rubios y morochos, vestidos con atuendos comunes de albañiles, desocupados, oficinistas, a lo sumo clase media. Es una formación extraña, teatral, con desplazamientos grupales como en un antiguo drama griego. Entra una columna de trece personas por la izquierda al ritmo de un bombo y tambores, segundos después llegan desde la derecha veintiún personas que hacen su música al unísono con el resto, se sincronizan los estrIBILLOS, insultos al enemigo y frases de apoyo con los treinta y cuatro militantes que ya están ubicados desde primera hora. Es un conjunto de hombres y mujeres que saltan, cantan, llenos de entusiasmo y algo de furia. Una catarsis dionisiaca. Las banderas aportan sus consignas unificadas. Pasan unos cuantos minutos. Más grupos se acercan y ubican en el fondo. Suenan cantos y redobles, se mueven las banderas. Pausa. Hay un silencio de anticlímax, tenso, hasta que un hombrón alto, musculoso y algo ventrudo, el mensajero, anuncia la llegada del orador. Detrás del escenario, ante la antiguo portón de madera, se estaciona un automóvil del que desciende sonriendo y saludando con ambos brazos en alto. Se produce un efecto de oleaje en los saltos y los bombos, arranca en el fondo de la masa y va acercándose fila a fila hasta la línea más próxima al escenario, como una sucesión de espuma y ruido. El líder impone las manos al aire y detiene bailes y cantos. Hace una pausa, inspira profundo y comienza a hablar con inmediata vehemencia. Sube el tono y en los paréntesis truena

la multitud con pedidos, reclamos y advertencias a los enemigos que menciona el Gato Barrionuevo. Pero de repente, como si alguien hubiera tocado una perilla, la multitud se inmoviliza y se hace un silencio notable. Todas las personas de las dos primeras filas se sientan en el piso, los de la tercera fila despliegan fusiles y disparan contra el orador. Como los cinco muñecos del metegol, hacen sus movimientos: preparan, apuntan y matan. De inmediato se produce un retroceso dramático y todos vuelven aparentemente al estado previo, comienza la gritería, el espanto, las personas se entrechocan, graban con sus celulares el escenario con el cuerpo que yace, las armas desaparecen entre las ropas. Todos los manifestantes son cómplices del crimen. Cuando llega la policía y la prensa, señalan hacia el lago, entre llantos y miedo fingidos. Allá adelante, entre las columnas del Hospital de Niños, el cadáver del sindicalista ha recibido un disparo en medio de la frente, las demás balas eran de fogueo como suele hacerse en cualquier fusilamiento. Las ciento cuarenta y cuatro personas se dispersan. Nadie notó que el éxodo se producía en perfecto orden: primero la cuarta fila, mitad hacia la derecha, mitad hacia la izquierda, salieron cobijando en medio a quienes dispararon sus máusers, luego la segunda y la cuarta, mientras tanto las demás proferían gritos y agitaban sus brazos y corrían de ida y de vuelta en cualquier dirección aparentemente caótica pero útil para llamar la atención mientras los asesinos se retiraban y escondían las armas entre las banderas enrolladas. Los agentes ineptos en su desconcierto aceptaron las indicaciones de los manifestantes y dirigieron la investigación hacia el borde del lago, hacia el kiosco de hamburguesas donde crepitaba el carbón y hacia la caseta donde se venden los boletos para los botes de paseo. La prensa enfocó el cadáver desde antes de ser tapado con una sábana hasta que partió en la ambulancia rumbo a alguna dependencia judicial. Unos pocos cronistas acompañaron con sus cámaras a los policías hacia el lago e hicieron primeros planos del cocinero y del joven encargado de los barquitos a pedal. Mucho más tarde, cuando los manifestantes habían sido reemplazados por curiosos, comenzaron a hacer preguntas a quienes no sabían nada y simplemente querían poner su voz en el micrófono y la cara para la tv. Hubo un cierre de espectáculo, un día final

para el show de los medios, cuando una cronista con traje de neoprene, snorkel y un rifle de aire comprimido se sumergió en los ochenta centímetros del lago y salió media cuadra más allá, detrás de unos juncos, por donde suponía –afirmaba– que había emergido el asesino, y allí había cambiado su traje negro por ropa seca, huyendo como si paseara por la calle próxima.

Se puso un jean porque estaría más cómoda, las zapatillas de siempre y una blusa de manga larga; en la mochila un termo liviano, más un abrigo. Se ató el pelo enrollado con una hebilla para que no le cayera sobre la cara. Él estaba en cama con una gripe fuerte pero los hijos se quedaban para ayudarlo si necesitaba algo. Igual, no había nada que hacer más que recalentar un poco de comida que había sobrado del mediodía. Seguramente volvería antes de la hora de cenar, quizás con algo de fruta. No podía faltar, ese era su templo. Se encontró con los otros del barrio y luego con el resto en el ómnibus. Debían estar a horario, así que salieron con tiempo. Desde hacía un mes que no andaba por el centro, el trabajo la ocupaba a pocas cuadras de la casa. Recorrieron la avenida por la rambla y al llegar donde los árboles cambiaban de tamaño y cantidad doblaron y se acomodaron en el sitio asignado para la ceremonia. Los cantos eran estimulantes. Se ubicó cerca del frente, en la tercera fila. Ya conocía el ritual, lo había aprendido, no era tan difícil para ella. En un momento del acto se hizo el silencio previsto, ella al igual que quienes estaban a sus lados, recibió el fusil, los cinco hicieron fuego, alguien enrolló las armas dentro de una bandera y se retiraron entre la muchedumbre. Al llegar a la casa, una hora después, él se había levantado de la cama, había puesto a calentar el guiso y se estaba sirviendo un vaso de vino tinto, todavía tenía tos y los ojos llorosos. En cambio, los ojos rasgados de ella no habían vertido una sola lágrima.

Sus conocidos lo llamaban Mecha Corta por explotar rápido, o Fosforito, pelirrojo y encendido. Ser furioso e irascible lo relegó a un lastimoso papel secundario (lo de lastimoso era su opinión, no la de los demás). Se la pasó con la rumia durante todo el tiempo

que llevó la organización. Sentía el corazón caliente, la garganta inflamada, los músculos en tensión cercana al calambre, y la cara más enrojecida. Seguramente habrá estado esos largos días con episodios de alta presión. Nada grave, tenía buena salud pero el carácter no lo acompañaba, ya le había confirmado el médico de la empresa lo que desde adolescente le decían sus padres, te va a hacer mal, te paraliza, los demás tienen miedo de vincularse con alguien que está siempre a punto de ebullición. El día crucial tomó un sedante y le bajaron un poco las revoluciones, de modo que anduvo mejor, se sintió cómodo en su tarea, cumplió las indicaciones a pie juntillas y hasta se sintió reconfortado, le pareció que recibía un premio cuando entregó a su jefe en el sitio acordado la bandera enrollada con los cinco fusiles adentro, y el Flaco le dijo muy bien, perfecto, gracias, qué buen trabajo el tuyo.

Las luces se apagaron y la máquina se detuvo. Las paredes de un blanco agresivo quedaron en penumbra, apenas un leve destello detrás del vidrio donde quizás estuviera el técnico. No se sobresaltó, fue extraño porque le produjo algo de paz esa modificación a la rutina de estar boca arriba atado en la bandeja del resonador, esa interrupción del tracrac rítmico, la ceguera de ese ojo cíclope que lo estudiaba hasta desmenuzarlo. Ahora era la nada, la falta de color, la pausa temporal. Pero duró unos instantes porque en algún lugar de la clínica, tal vez en el patio cerrado o en la terraza, arrancó un motor (un generador seguramente) y volvió todo lo blanco, la máquina hizo su ruido y la bandeja se movió centímetros para seguir desacomodándole y acomodándole sus átomos. Pensó que era un nuevo Génesis, con los mismos materiales y una historia distinta. Le parecía que estaba tomando un desvío de la misma ruta; el paisaje no había cambiado, tampoco su música de fondo, pero quería creer en su duermevela que algo diferente sucedería a partir del apagón. Mientras tanto el ojo lo observaba a fondo en la soledad absoluta del cubo sin color. Pocas certezas: él estaba allí en la misma postura, el monstruo de metal y plástico seguía poseyéndolo, y todo el ambiente permanecía inalterable. Pero temía que los

relojes hubieran vuelto a cero y recomenzara el cronómetro para que el cíclope le clavara su mirada perturbadora. Algo en el ritmo del ruido se había alterado, le llevó un par de minutos aprenderse la nueva frecuencia. También el pánico había regresado y debió repetir sus aprendidas técnicas para controlarlo. Contar hacia atrás saltando los números impares, por ejemplo, mientras intentaba una sincronía entre la inhalación, contención, expiración y otra contención.

Barriónuevo tenía pocos recuerdos de aquellos siete días. Una luz seguida de gritos, voces apagadas bajo un cielorraso amarillento, otra luz más suave que se fundía y volvía, dolor de espaldas, ardor en los talones. Y casi nada más, el resto seguramente era enmienda y agregado a las escenas que había vivido pero otros le habían contado. Luego vinieron las cámaras, reportajes, declaraciones. Recuperó la voz y fue pasando el tiempo hasta que se vio llegando al poder. Una culminación. O un paso, mejor dicho (eso creía y sostenía con mucha voluntad), porque ya no lo detendrían hasta la cima. Era cierto que había empezado de abajo, como le gustaba manifestar con sobreactuada humildad; lo que no contaba al público era su reconocida habilidad para negociar y trepar a cualquier costo. Ningún obstáculo lo frenaba. Daba una vuelta para esquivar o atropellaba con violencia, y llegaba al otro lado. No sólo le temían sus pares y subordinados, también los poderosos, porque tenía una capacidad hipnótica y le faltaban todos los escrúpulos. Se decía que había dejado varios cadáveres en el camino, los primeros por mano propia, luego se hicieron cargo sus secuaces. La bala que le entró por la frente y salió por el parietal derecho lo dejó postrado en terapia intensiva más de una semana y luego un largo mes de recuperación, a la mayoría de las personas lo hubiera llamado a retiro, a una posición lejana desde donde seguir en contacto con el poder sin estar en el centro peligroso del escenario, a él en cambio lo catapultó, él fue su propio resorte y aprovechó el atentado del que habló todo el país largo tiempo para subirse directamente al podio, ubicarse bajo las luces, dejar el sindicalismo para saltar de una buena vez a la arena política y presentarse como candidato a

gobernador. La bala de máuser no lo asesinó, le dio un impulso, el efecto honda que lo disparó hacia la popularidad. Los quince minutos de fama se mantuvieron lo suficiente como para que su marca se instalara y los medios, más la voz de la gente, lo replicara. Atraía las miradas y las cámaras, tenía el don de ser fotogénico, de generar un deseo inconsciente de admiración. Haberse puesto de pie tras un disparo en la cabeza lo convirtió en ser mitológico. Hugo, el Gato, Barrionuevo tenía por lo menos otras seis vidas. Mentía de manera tan convincente que no le hacía mella la verdad; esos casos evidentes de corrupción que lo salpicaban, esos testaferros que eran sorprendidos en actos aberrantes económicos o sexuales, generalmente ambos a la par, eran digeridos ante su sonrisa por la población, tan apaleada por el hambre y la desesperanza. Él se erguía como una estatua ecuestre del patriota nacional aunque la mierda le llegara a las rodillas y el resto estuviera manchado por las palomas. Los ojos de sus admiradores eran bizcos, habían sido torcidos por la necesidad extrema y la seducción que ejercía el candidato. Además lo ayudó ser otro emergente, renovado, de la estructura político social que ahogaba a su país, y que lo proveía de una cadena de salvavidas para usar discrecionalmente, caprichosa e interesadamente, a su antojo. El atentado, la internación, la exposición mediática y su recuperación heroica, lo destacaban de la chatura y rutina en la que transcurrían su vida los demás candidatos. Era el deseado. La pulsión reprimida. La oscuridad que se disimula ante los demás pero a su vez rige las acciones secretas. Aunque no lo reconocieran, querían ser como él.

No podrían aceptar que un brujo les dijera quién sería el máximo hijo de puta y enfocarse entonces en la planificación del ajusticiamiento (que así lo llamaban, y no, crimen). La mayoría no creía en adivinos ni homeopatía ni signos astrológicos, tampoco en la terapia psicológica. Tuvieron en cuenta que sería muy difícil realizar el atentado con los pocos medios de los que disponían si el objetivo era un gran personaje ya conocido porque claramente esa gentuza iba rodeada de custodia hasta al baño. Optaron entonces por analizar a maleantes de segunda

o tercera línea (del ámbito político y alrededores) que tuvieran probabilidades de llegar a la cima, señalar al más potable, y fusilarlo cuando todavía circulaba sin tanto aparato defensivo. Ningún profeta les indicó quién sería más perjudicial para todos en el futuro. Lo libraron a sus prejuicios, discusión y voto a mano alzada. Ellos acertaron, tuvieron buen ojo en la elección, pero el asesino no. El Gato escaló con rapidez por la resbalosa pirámide del poder, y el intento de homicidio, esa bala que no lo mató, le sirvió de empujón hacia la cumbre. Hugo el Gato Barrionuevo pasó de ser un sindicalista local a personalidad de la política nacional, candidato a gobernador, elegido y mimado por quienes tenían el poder económico y el respaldo partidario. Nuevo prócer del statu quo. Sangre joven, hombre de gran empuje y popularidad, según la prensa influyente.

El grupo de los cinco lo había elegido por varias razones: era el único que había tenido, según investigaron, una infancia feliz; el padre de Barrionuevo era jubilado de comercio, la madre docente, ambos buenas personas que vivían desde que se casaron en el mismo barrio. Sus vecinos no hablaron mal de ellos. No tenían deudas con los comerciantes de la zona, barrían su vereda, el tipo se subía periódicamente al techo a destapar las canaletas, sacaban la basura a horario, saludaban, no habían entrado en discusiones con nadie. Por su parte, Hugo, desde joven, les caía bien a las chicas y se le atribuían un par de romances de adolescencia hasta que conoció en el último año de la secundaria a Graciela, su actual esposa. No tenía hijos. Hizo carrera en el Hospital, entró como empleado de maestranza, estudió, se recibió de técnico patólogo, siguió trabajando allí, fue ascendido, siempre defendió a sus compañeros de trabajo, hizo carrera en el sindicato de salud. El grupo sospechaba, como todo el mundo, que además de conseguir beneficios para los asociados al gremio, sacaba sus tajadas pero siempre mantenía las apariencias, un auto más o menos nuevo, un departamento no excesivamente lujoso y probablemente cuentas en el extranjero o a nombre de testaferros. Simpático, sonriente, inalterable ante cualquier pregunta complicada, capaz de justificar que tres por

dos es mandarina. Algo raro había detrás de esa máscara feliz, se dijeron.

Los demás candidatos a ser ajusticiados eran demasiado obvios en su ruindad. Por eso el Gato Barrionuevo resultó elegido por mayoría absoluta de votos, cinco de cinco; tenía un plus de misterio, algo que seguramente lo impulsaba hacia la cumbre del poder a cualquier precio, un objetivo que disimulaba hasta que fuera su hora. Por alguna razón, temor o dinero, era protegido y edulcorado por algunos medios. Tenía un gran manejo de la oratoria, precisión, tono, matices, sabía cuándo meter un toque de humor, cómo conmover. Era el ser perfecto para ser asesinado en público, se dijeron. Y creyeron además que el crimen serviría como advertencia al resto de la mafia. Era todo lo que podían hacer, sus posibilidades llegaban hasta ese escenario ritual. Creían que como el meteorito que mató a los dinosaurios, la bala del máuser espantaría a los corruptos. Llegados a cierto punto, los cinco habían decidido acelerar el trámite. Habría un acto en la explanada del Hospital de Niños, frente al parque, y esa sería la oportunidad.

Él, ahí metido en ese mamotreto demoníaco que no le saca el ojo de encima y es una presencia palpable, una roca de metal y plástico que no puede desconocer ni siquiera borrar cerrando los ojos, allí atado y con las orejas libres para que el tractac le diga acá estoy te tengo te veo hasta lo imposible. Él, rodeado por una cosa sin piel, munida de un brillo cíclope, con sonido de no música, claramente está necesitado de algún dios. Si tuviera fe, si creyera como cuando fue niño en seres superiores y en todas las jerarquías celestiales, podría recurrir a la protección de su ángel guardián. Pero no es algo que se consiga con mera voluntad sino por una gracia, un don que no le ha sido dado. Solo le queda, piensa, ese otro mundo superior, el arte. Y vuelve entonces a ejercitar su homilía solitaria de escritura, la creación aérea desprovista por el momento de papel, grabada nada más que en su memoria frágil. Despliega sus mundos y enfrenta la brutalidad de la máquina. Primero cruzó una estrella fugaz,

luego un sector de la pared blanca se hizo profundamente azul y empezó un latido de luces con su música de sístole y diástole, que fue girando y formó una pequeña galaxia de palabras, como una puerta se abrió ese universo y conformó frases, oraciones, versos y páginas que lo abdujeron por momentos del mundo incoloro y sordo en el que estaba maniatado. De a poco, sin detenerse, surgieron las historias que luego escribiría. Una nueva forma de quietud lo poseyó, la paz de quien se pone en movimiento. Y entonces desaparecía el pánico, la taquicardia, la respiración ahogada. Una tensión distinta le comenzó. Pero qué ocurría con el tiempo, se dijo y recordó sin precisión un cuento de Borges: un condenado piensa largamente en su historia y solo transcurren segundos. No le importaba haber olvidado momentáneamente el título. Tuvo un instante de curiosidad. Si habían pasado treinta minutos o treinta días, le daba lo mismo. Sentía, eso sí, un malestar en los talones y otros puntos de apoyo sobre la superficie dura del resonador, especialmente sobre los talones. Una especie de ardor. Comenzó a hablar, a murmurar, y como nadie aparecía ni respondía, llevó la voz al nivel de un discurso, sus ideas fueron hilvanando las historias, o fragmentos de historias, que se le ocurrían. La habitación cúbica y blanca, tan carente de sensación, se fue llenando de personajes que luchaban, amaban, asesinaban, uno que era espiado desde la pantalla, otros implicados en un crimen, familias que paseaban por el parque mientras del lago salía una mujer con un traje de neoprene y hablaba ante las cámaras. El tractrac de la máquina seguía su ritmo; como no volvió el pánico dejó de hacer sus extraños cálculos o contar solo números impares, simplemente desarrolló argumentos, la mayoría inconclusos, versiones, pruebas de posibilidades, cambios, mezclas. Un hombre de pelo dorado y piel blanca fue su amigo en el avión, monje en la antigua china, mujer disfrazada en un video pornográfico. Ulises no fue a la guerra, fue pero no regresó a Ítaca. Él no estaba en un resonador haciéndose un estudio, había emprendido un largo viaje rumbo a alguna luna de Júpiter. Dentro de la nave flotaba simpática una manzana, estira su mano y la lleva a la boca, le da un mordisco, afuera lejos está la tierra.

Cuando se cortaba la luz en su barrio, solía quejarse contra los malos gobiernos con sus sucesivas gestiones de inútiles, mientras buscaba velas y comprobaba que el farol de emergencia estuviera cargado, pensaba en el cambio climático y la sucesión de sequía e inundación, la alteración de los vientos, del clima, la contaminación y el agujero de ozono, maldecía a los abusadores del carbón y el petróleo, a los que arrasaban con los bosques, envenenaban los ríos. Ahora, este momentáneo apagón, lo llevó a pensar en el fin de un universo y el comienzo de otro, un nuevo big bang con su también nuevo relato. Algo similar a lo anterior pero con detalles que al desplegarse el tiempo moverían sus ruedas en distinta dirección hasta encontrar un obstáculo azaroso, impactarlo o fusionarlo, para generar la novedad. Como si a la historia vieja le creciera una cilia que la pusiera a caminar por sí misma. Estaba en esos pensamientos cuando al bostezar le hizo un ruido la oreja izquierda, un fuerte piic que compitió con el tracterac de la máquina. Lo interpretó como otro indicador del reinicio de las horas. Constató que conservaba memorias del pasado pero sospechó que podrían ser simplemente pensamientos nuevos, surgidos como todo lo demás, con este ciclo que incluiría, además de su cuerpo en la posición boca arriba bajo el hierro y el plástico, otras sinapsis neuronales, otra química cerebral con sus ingredientes propios, y consecuentemente habría otros relatos.

Las manos están atadas, pero los dedos libres pueden jugar al piano, hacer acordes en la guitarra, re sol do, y los oídos perciben sístole diástole, la música anula el inarmónico tracterac de ese instrumento helado que lo observa, y él comienza así a ponerle letra a los compases.

Los ojos hacia arriba se topan con un ojo cíclope que le impide observar, lo domina con su posición y ese titilar penetrante; hacia los costados ve la pared blanca sin manchas ni objetos que corten su esplendor pero puede entrecerrar los párpados, desenfocarse y producir de ese modo un movimiento, tal vez como película en la nieve donde desde lejos apenas se percibe el desplazamiento de

un pequeño animal, una persona sumida en el hielo, y así salirse de ese plano agobiante de máquina férrea y cubo helado. Ya que no puede caminar ni estar en otro lado, es esa mirada en bisel la que le mueve la temperatura del cuerpo y aviva el paisaje.

Acostado ahí, con su bata ridícula como un fantasma en reposo, ya no recuerda cómo le llegó al investigador su primer caso: buscar en sitios porno adónde iba esa mujer. ¿Quién le dijo que alguien estaba interesado en encontrar una especie de espía para conseguir tales datos en sitios medio prostibularios de la red? Tampoco recordaba si el interesado era el esposo, un heredero, una amiga o incluso un empleador. La cuestión fue que el vecino vuelto Sherlock solamente por azar y con la formación sesgada que da la lectura de novelas policiales, se vio progresivamente inmiscuido en una trama que lo atormentaba. Primero fue diversión (que le permitan mirar escenas de esa índole con la autorización moral de que era un trabajo), pero poco a poco lo colorido se hizo blanco y negro y finalmente turbio. Pasó de una habitación medio pelo con mesita de luz y velador a piso alto de un edificio en construcción, apenas estructura de cemento con bolsas aquí y allá, sin paredes. De observador solitario a objeto de observación por los ojos cíclopes de la pareja extraña. ¿Alguien le había instalado una cámara en su casa, alguien lo miraba mientras él creía que investigaba? El punto culminante, el borde de la angustia, sobrevino cuando los amantes se filmaron en ese piso en construcción y le mostraron lo que ocurría tres metros más abajo, en un balcón, donde un asesino disparaba con un máuser, cuerpo a tierra, hacia la explanada del Hospital de Niños, y hacía blanco en la cabeza del sindicalista. Y él, como testigo, se convertiría en cómplice por su silencio. Mientras tanto la investigación policial y las crónicas periodísticas deambulaban por la orilla y el fondo del lago, interrogaban al vendedor de tickets para botes a pedal y al de hamburguesas. La muerte como show circense. Un espectáculo que sucedía a otro, casi a diario pero con hitos históricos memorables, como el de los enanitos verdes, esos extraterrestres que habían motivado veladas de diversión en los alrededores de la ciudad. Seguramente un incendio, una

fuga, otro escándalo político, borrarían con su inmediatez la muerte violenta de Hugo el Gato Barrionuevo. Ya no quedaban gladiadores ni leones comiéndose a cristianos; la quema de brujas y el ahorcamiento público habían sido cancelados. Era necesario conformarse con las imágenes televisivas.

También le sobrevino, en ese duermevela de la habitación con máquina, la duda sobre las circunstancias del atentado. No podía precisar si había sido un disparo desde el balcón del cuarto piso o desde la orilla del lago. No estaba seguro de haber descendido por las escaleras después de arrojar el arma al tubo de desechos, o nadado bajo los camalotes para asomar en la margen alejada después de esconder el arma entre los juncos. El máuser entre los escombros, el máuser entre los juncos, seguramente hubieran sido encontrados si no por la policía por la cantidad de curiosos y paseantes. No tiene lógica. Algo distinto pasó, seguramente. Pero el tracrac del resonador magnético lo vuelve a su presente de ataduras y soledad. Además siente frío en los pies, tengo los pies delicados como las musas helicónides que bailan en torno a una fuente de reflejos violetas y al altar de Cronos. Pero, se ríe, no puedo bailar, precisamente, ni tampoco batir palmas para hacer un ritmo musical; la única danza es la de los dedos. Podría hablar o cantar pero le teme al eco, esa confirmación de soledad y caverna. Un marino sentiría los silbidos del viento, el batir de olas, vería nubes que pasan, pájaros como presagio de la costa, y atado, como él, al mástil, escucharía la tentación en la boca de las sirenas. Pero aunque maniatado y solo, nada cambia en su naufragio; el orden absoluto es destructivo, desea algo de caos, un poco de azar, una sorpresa que le dé argumentos para llegar a algún sitio. La máquina insiste psicótica en estar fija y simular movimiento. Arriba un sol falso lo penetra hasta develar el misterio de su organización molecular. No siente los latidos, que son -si es que los tiene- amortiguados por la leve vibración de la plataforma donde yace, ¿tendré sangre?, duda y piensa cómo puede constatarlo. No tener sangre sería un innegable certificado de no vida. Clava la uña del índice derecho en el pulgar, la mueve como serrucho, con el máximo de violencia

que le permite la posición y la voluntad, mientras se da cuenta de que no puede mirar si da resultado su esfuerzo, si alguna gota roja desentona con el blanco general. Finalmente, cuando las esperanzas comenzaban a esfumarse, ya casi diluidas, nota que la yema de su dedo gordo está húmeda, húmeda y pastosa. Y sonríe con algo de paz. Pareciera que la máquina es inteligente o perceptiva, y de inmediato, sin darle una tregua de más de tres segundos, emite su ronquera de tractrac, lo vuelve a la realidad del cuarto blanco, simétrico, sin una planta ni un cuadro ni una luz cálida, sólo metal y plástico fundidos en una aleación malvada que no lo acuna sino más bien lo prepara para la inminencia de la disolución. Contra todo, la sangre sobrevive; ese estado que no tiene rigidez ni es casi imperceptible como el humo, esa consistencia oleosa lo sostiene. Se concentra en el leve roce de las yemas, el pulgar y el índice se esconden de la vigilancia ciclópea, son su conexión con otra circunstancia donde hay más colores, donde los colores minimizan la vacuidad del blanco helado y dan comienzo desde un pequeño punto a una expansión por toda la piel. El toque invisible se desliza por el resto del cuerpo y penetra por sus poros para darle una progresión de energía. Las ideas se aceitan y funcionan a su propio ritmo. Espera que la máquina que le desordena y reordena a su antojo los átomos, se resbale en la humedad que lo inunda de a poco. El fluido se esparce, brota en distintos rincones; los ojos se emocionan con la posibilidad de luchar contra la luz agresiva que sobrevuela el cuerpo, en las axilas se exuda un principio de transpiración que no se doblega frente al frío secante de las paredes, los labios empiezan a librarse del resquebrajamiento y vuelcan su humedad hacia la lengua y el paladar, el sexo recuerda contactos placenteros. Como una guerra de guerrillas hay rebeliones pequeñas en sitios inesperados. La memoria se empapa de sinapsis. Hay taquicardia de emoción. Y las rocas aisladas se convierten gracias al mar en archipiélago. Siente que está nadando, esa caricia primaria del agua que tiene la potencia y ubicuidad para besar todo el cuerpo a la vez; diferencia trágica con el metal, que es palazo bruto por la espalda.

El investigador vuelve a sus videos pornográficos. Allí lo espera una pareja que pasó de ser divertida (porque él espiaba con fruición) a conmocionarlo. Ya no funcionaba como espectador contratado vaya a saber por quién, se convirtió abruptamente en objeto de observación. Esos seres triviales mutaron en un tris. Eran cíclopes que acercaban su único ojo a la cámara como si fueran a salir por la pantalla. Luego, testigos de un crimen. Su cámara pasa de erótica a tanática sin dejar lo erótico. Allí en el piso de abajo hay un hombre en posición de tiro que asesina al sindicalista distante. Él pasa a ser cómplice. Pero al poco tiempo descubrirá que todo puede ser peor: un nuevo video muestra nuevamente a la pareja de amantes. Están en la vieja habitación con muebles de patas curvas, ella con su corte de pelo habitual, él con su tonsura y resto entrecano. Sentados en el borde de la cama, a un metro de la cámara, recorren un nuevo velo: sus caras no son ya sus caras cuando se quitan al unísono sus máscaras sorprendentes (apenas una pátina, una lámina desconocida), y asoman otras caras. Pero todavía hay algo más para su desconcierto y pasmo, no son dos rostros sino el mismo, como si fueran gemelos. Dos personas de género indefinible, ambos taheños. Como pierden la piel los reptiles y se descaman los veraneantes, así se desenrollaron sus disfraces de una pieza completa, desde la nuca hasta el mentón, ambos a la vez, coordinados, para aparecer dobles. El mismo color de ojos, la piel rosada, orejas pequeñas, labios, nariz y cejas, exactos en el peinado y su tono pelirrojo. Después, apenas un instante después del impacto provocado por la extraña aparición, recordó esas caras (esa cara). Fue en una fiesta, cumplía años la amiga de su pareja. El Colorado, así se lo presentaron, copó el centro de la reunión con su histrionismo. Todavía se acordaba de la anécdota ocurrida en alguna isla del extremo oriente. Sumatra, pensó. Sí, un chino en Sumatra. Pero el recuerdo de esa noche divertida no lo sustrajo de su pavor. Un golpe de oscuridad le borró las risas.

La modificación la producen los átomos externos, aquellos que son atravesados por los sentidos y el desplazamiento. Moverse, saltar escalones, vincular otros circuitos neuronales sacan a la

persona de su orden cerrado. Hay una sola manera de crecer y vivir, y es mutando. ¿Pero cómo se logra al estar atado, rodeado de ceros absolutos, en una plancha de metal? El único camino es la mentira. Inventar historias a partir de lo poco, alterarlas, combinarlas para que el conjunto de millones de átomos y sus partículas cada vez más íntimas sufran y gocen y se conmuevan. Así el asesino disparará desde el balcón o desde el borde del lago, huirá trotando por el parque o se sumergirá bajo camalotes de irupé. El máuser caerá por un tubo o se esconderá entre las plantas de la ribera. Vestirá de albañil o de buzo. Y todas sus circunstancias mutarán, se mezclarán aleatorias con los recuerdos, las lecturas y experiencias. Salvo que quede para siempre allí estaqueado a la bandeja de metal y plástico, expuesto al ojo cíclope y a los imanes que en lugar de producir baten para que todo vuelva al mismo sitio. Una caja hermética, blanca y muda; o una boca que origina mundos.

Por eso, explica en voz alta, la costumbre de abrazar al moribundo hasta el final, provee de aquello que nos quiera transmitir. Esos segundos intensos, concentración de emociones, son los más propensos a legado y herencia. En esta soledad, en cambio, todo iría al cemento, el vidrio, las aleaciones, no hay siquiera una orificio o una planta por donde huir. Tampoco el muerto podrá llevarse algo de quien no lo acaricia, de quien no está allí. Y todas las partículas subatómicas quedarán en ese cubo trágico, harán intentos contranaturales y rebotarán hasta que se agoten en las paredes insonorizadas, completamente insensibles. Fijas como la manía.

En un buque persa, con mar plana, el monje YiChing repasa sus oraciones. Mira subir el sol de la media mañana. Lee nuevamente los textos en sánscrito que está traduciendo al chino. El viaje dura veintidós días. Más al sur lo espera una civilización sorprendente. Un imperio que se expande. Hay riquezas y poderes mágicos. Hay marinos, guerreros y piratas recorriendo esas aguas. Intenso es el comercio y circulan embarcaciones de diversos tamaños. Algunas llevan guerreros, otras mercancías. Andarán desde

Manila hasta las costas africanas en busca de marfil, conchas de tortuga, pieles de pantera, ámbar gris y esclavos negros. Zhang Wen Ming nació en Shandong. A los siete años entró al monasterio. Fue a la India para estudiar con más profundidad el budismo y unos meses después de regresar, se embarcó hacia Sumatra donde permaneció hasta culminar con su trabajo (un par de veces tuvo que regresar a Cantón en busca de papel y tinta). Ahora, en el buque persa, mientras se hace la tarde a sus espaldas, recuerda cuando cayó enfermo en medio del camino y el grupo con el que iba lo dejó atrás. Fue saqueado por los bandidos, que le robaron hasta la ropa. Quedó desnudo y sabía que los nativos mataban a los blancos porque la piel era ofrecida en sacrificio a sus dioses. Se untó con barro y hojas. Se salvó. Después de este viaje y larga permanencia, volverá a China con centenares de traducciones. Será bienvenido por la emperatriz después de veinticinco años. Ahora, en el buque persa, se acuesta a descubierto, apenas ha anochecido, va hacia el sur y ve estrellas nuevas. Otros dibujos, como signos que también debe traducir. Innumerables fueron las noches pero más las constelaciones de las que le habían hablado los marinos de tantos barcos y con tantas historias. Armó figuras, las desarmó para formar otras, hasta que las descripciones orales se convirtieron en experiencias propias. Pudo convertir los textos budistas sánscritos en chinos, pero las luces de las islas diferían de aquellas de su continente del norte. Los hombres eran iguales; sus dibujos del cielo, no. Solamente los que recorrían a menudo los mares hacia Madagascar, Java, las costas de China, Ormuz, Ceilán, con los oros y las sedas, eran bilingües, sabían leer en ambos mapas celestes. El monje recogió de la boca de marinos aventureros que cruzaron el mar en direcciones diversas, como quien junta y compara hojas arbóreas con formas y vientres distintos (unas son manos otras tres líneas con muchas ramificaciones). Así le llegaron de la boca de marinos mercaderes las descripciones de constelaciones guías. Para aquellos que habían navegado las costas de la inmensa isla del sur, era El Emú del Cielo, el emú malvado con su bolso oscuro. Otros hablaban de un Centauro. Los tswana veían dos jirafas, una hembra y un macho, allí donde Dante vería una Cruz (las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, coraje

y templanza) y a otros que frecuentaban a los maoríes escuchó YiChing decir Te Punga, el ancla de la Vía Láctea. Y a todos los nombres él los traducía, los concebía sinónimos de los ojos luminosos de la noche. Porque a cada navegante perdido le señalaba qué rumbo tomar, sin necesidad de diccionarios.

No hay Rabinal Achi en los cuatro rincones. Ni colorido ni bailes. El tractrac del resonador se parece tanto a la música como una guitarra estallada contra el piso, un borceguí quebrando el alma de un chello, el saxofón tapado de harina. En sus cuatro rincones blancos luchan por mantener su deformidad las bolsas marrones de las pesadillas y los globos bermejos de los sueños, pero las paredes heladas ofrecen su resistencia feroz y esos cuatro vientres oscilan hacia los noventa grados o se fugan hacia la negación de toda rectitud. La habitación desconoce cualquier posibilidad de curva. Y él ahí, acostado boca arriba, atado a la máquina que lo observa cíclope, sabe de a ratos que solamente puede escapar con el investigador y la pareja pornográfica, con un máuser y un traje de neoprene, con el monje chino que traduce en las islas del sur, con un amigo de pelo rojizo. Cada víscera flotante se vuelve marrón, muta al bermejo, se carga de pesadez o alivio, según los minutos, según el ataque de pánico o el control de la respiración. Así, el Colorado es amable y culto, siniestro, manipulador, buen amigo; el fusil dispara desde un balcón o desde la ribera del lago; el antiguo budista va a Sumatra, es pelirrojo, usa un arma para ejecutar a la pareja de inmorales. Los colores se mezclan, destiñen, se vuelven excesivos o leves en su friso imaginario. Con el rabillo del ojo ve en el ángulo del norte a alguien arrancándole hojas a un libro a medida que lee un capítulo; está en la bolsa de los sueños más tersos; bruscamente no deshoja por economía sino que hace una pira por fanatismo y la bolsa deja de ser tersa, amarillea, parece un bofe adosado a la pared como medusa. La lucha de él no es entre el bien y el mal, es entre las líneas paralelas y el paisaje. Su circunstancia lo fuerza a endurecerse mientras él desea lo imprevisto. Lo atan, lo miran, le acomodan los átomos, pero lucha y desordena los números pares, la planicie interminable, el tic tac perfecto.

Mientras en los rincones de abajo palpitan las bolsas oníricas en una guerra que parece condenarlas a la derrota inevitable, a someterlas y aplastarlas como una raya ante la parafernalia de su lógica cerrada, que es un armamento sin piedad, por un rincón de arriba se mueve algo gris. La sombra inesperada, absolutamente fuera de lugar, reanima a las casi vencidas. Vuelven a latir, se inflan, deforman, se imponen sobre los ángulos rectos. Basta esa araña que no debe estar ahí para romper la simetría. Es el negativo de una mira telescópica, el eclipse de esas paredes blancas y muertas. Nadie puede predecir que entre tanta pulcritud de cementos lisos y máquina imponente, se entremeta un insecto a tejer. Aquello que elabora la araña doblega al mundo cerrado, convierte al monstruo artificial en naturaleza viva. Los sueños rosáceos y las pesadillas grises se expanden, se estiran como globos aerostáticos o magia de payaso, y los colores se intensifican hacia el rojo o el negro, porque la araña es el azar que alarma. Es la entrada de redobles y cornetas en la batalla. Y él, por primera vez en todo este tiempo allí atado y solo, sonríe. Por debajo de esa momentánea alegría, circula el temor a ser descubierto por el ojo azul que lo recorre hasta las simas de su cuerpo. Planea entonces disimular y hay una lucha, otra lucha más, en su ánimo. Por un lado reconoce el poder supremo de la máquina, por el otro prepara su voluntad como el pequeño David hiciera con la honda. No es una piedra su arma secreta sino la magia que le hace construir mundos. Goliat, con su ojo cíclope, es temible, no tiene puntos flacos en su estructura acorazada, pero más gigante era Polifemo (piensa él allí acostado) y fue doblegado por la astucia de Nadie. Impenetrable fue por años la ciudad amurallada de Troya hasta que aceptó ese juguete de madera. Algo habrá, sospecha, que sea un punto flaco en toda esa estructura acerada y blanca. Los pies delicados de esa torre tal vez no puedan soportar un truco mentiroso. Decide entonces hablar, y en voz alta despliega las historias que contienen las bolsas grises de las pesadillas y las bolsas rosáceas de los sueños. Esas vísceras repletas de argumentos y peripecias se van expandiendo como el universo, se dilatan y ocupan el vacío de la habitación antes impecable. Tanto los muros como la superficie del resonador se van manchando de gotas de sangre,

babas pornográficas, sal de los mares y olores de aire libre. Quizás nadie detecte esa transformación, salvo él mismo.

Desea una maravilla: que esas vísceras oníricas revienten contra las paredes puras, dibujen sobre el blanco los monstruos, las tumbas abiertas y la naturaleza amable, los amores de recuerdos; que broten desde el piso como estatuas no figurativas y caminen alrededor de la máquina sin dirección, sin formar fila, en pleno choque caótico y multitudinario; que llenen de aullidos y carcajadas el aire constante a 24 grados hasta derretirlo de calor, llenarlo de humedad; que mojen cada cerámico pulido y lo hagan resbaloso de aceite, rugoso, sin nivel, sorprendente de púas y cráteres. Que la habitación bendecida por su pulcritud y cuadratura se convierta en selva y lago, imprevisible inundación, manada de bestias, insectos, pájaros extraños, también desea que asomen varias lunas, un sol más, otras constelaciones. Y que el coro de relatos cruce el espacio para conmover a las personas, las ovejas y los pastos. Así caerá este cubo y los imanes del ojo cíclope, para que penetre incontenible todo el afuera con su azar.

Un estómago cargado de restos del día se trepará al techo de la máquina, orejas brotarán como hongos y esparcirán su espora, no van a amilanarse los pólipos llenos de sueños y extenderán sus hilos por toda la habitación. Trágica o amablemente sucederán los hechos que viajan en los globos grises y los rosáceos. La aleación es tonta y no sabrá defenderse de lo imprevisto. Sigue él y piensa que entonces se soltarán las ataduras y podrá escapar de la bandeja donde yace. Dice que hará un atado de hilos con todas esas esferas viscerales y las llevará en el aire o por el suelo, como un vendedor de globos y pelotas en el parque.

Los sueños cuando son contados se despojan de la sangre que los penetra, pierden en el relato todo ese jugo pastoso que se adhiere a los zapatos o a los pies desnudos y persigue como engrudo al caminante de la noche. Los relatos, salvo en ocasiones de ser narrados por bocas especiales, aplanan lo visto por los ojos cerrados. Un abrazo tierno con un muerto lejano, extrañado,

amado, se transforma al decirlo a otro en apenas una sensación empática, que no es poco pero carece de la fundición de pieles que únicamente se concede al traspasar la vigilia. Una lágrima es un jarrón de líquidos ardientes que no tiene cerámica ni vidrio, que sólo es la concentración fluida de la tristeza por la pérdida o la emoción del reencuentro. Luego, quien ha soñado, cuenta su sueño, dice soñé con nuestra madre o con aquella excursión a la isla cuando trepamos a la higuera y comimos hasta hartarnos, estaba también la abuela, estaban los hijos que aún no habías tenido. Era raro el sueño, dice alguien, como si algún sueño no lo fuera. Y la otra persona, la que escucha, construye una emoción en base a su propio recuerdo, si lo tiene. Pero la carne jugosa del sueño no se revive en la referencia cotidiana. Sí puede volver en el arte. Alguien está llorando en este momento frente al Guernica, alguien siente las manos ardidas al sostener cierta página de Rilke y entonces surgió un árbol, oh puro sobreelevarse, o alto árbol en el oído. Muchos tiemblan con los sueños del artista, mientras los tienen delante o mientras los recuerdan. Ay Gregorio Samsa y el desamor. Él, ahora allí atado bajo la máquina idiota, ve las ubres henchidas de imágenes, lenguas como delfines deslizándose por el aire de ese cubo blanco, vientres sonoros como gaitas que gritan su pesadilla, todo inunda y ataca la perfección del resonador siniestro y el salón vacío y pulcro. Mientras estén presentes sus extensiones como filamentos que lo unen a sus vísceras, él sobrevivirá. Mantiene los ojos abiertos y ve esos universos suyos que laten por los rincones, que luchan contra la estridencia muerta de las paredes y escribe las palabras del crimen con fusil, balcón, lago, de los videos pornográficos donde investiga un improvisado, del amigo en el avión y el monje chino. Como contrataque el monstruo deja el tractrac y hace un sonido distinto, más risa de hiena, filos que se raspan. Dura un instante y es acompañado por el brillo del ojo cíclope que emite un flash y luego retorna a su ritmo habitual. Primero piensa que la máquina está reaccionando. Luego se resigna a que nada ha cambiado, y teme sentirse confortable ahí atado a la dureza fría del aparato. Probablemente, se dice, el chillido y el fogonazo indiquen un tiempo mayor, como la aguja de las horas, y el tractrac con el leve movimiento sean minutos.

Decide aferrarse a sus órganos llenos de vidas. La máquina no ha modificado la temperatura ni el color ni los ángulos rectos, sigue en su normalidad obcecada, sigue con su cristal que lo observa y sus imanes que desarman y arman el orden cerrado de los átomos. Mientras él no intente desatarse, nada cambiará en el proceso de la máquina. Él confía en que su triunfo radica en desplegar esos globos invisibles donde pululan vigorosas las verdaderas vidas y no llega el ojo del cíclope. Y la razón cuadrada del resonador no las comprende; esa mirada seca no penetra las vísceras portadoras de sus sueños. El aparato es apenas una roca, un trozo de mármol donde no hubo escultor y cincel. Adentro de la roca de mármol hay más roca. Es la absoluta negación del árbol, se basa en la inexistencia de la sangre y el agua; una concentración de rigidez prolija, la perfección de las aristas, sin grietas ni grumos, opaca, un altar sin dioses ni sacrificios, un escalón enorme hacia nada.

En cualquier sistema físico aislado de su entorno la cantidad total de energía será siempre la misma; el cubo blanco. La cantidad de entropía en el universo tiende a incrementarse en el tiempo; la araña aumenta el desorden. Los globos vísceras aumentan su tamaño, se deforman, se dividen como amebas, se unen de a dos tres cinco en historias complejas. Nacen los colores, los matices tienden al infinito, el universo narrativo se expande. Él, aunque atado al frío, goza del azar que inauguró la araña con su mancha gris en el rincón prolijo donde tres aristas se unían a la perfección. Se abrió la boca del caos. Y a este ritmo, piensa, los globos de sus sueños rosáceos y pesadillas marrones se fundirán en un gran universo sin líneas rectas, crecerá hasta hacer estallar toda la maldita habitación cúbica y blanca.

Un chisporroteo eléctrico recorre el nervio que arranca en su lóbulo frontal, llega hasta una burbuja donde a los saltos navega la carabela. Él yace quieto en la plancha de aleación, el ojo del cíclope desmenuza sus espacios en busca de irregularidades y malformaciones pero no detecta el flujo que une hipocampo y globo visceral de la idea. Allí adentro, invisible para la máquina

recta, se mueve como el mar abierto la imagen del viejo barco, una carraca, donde el Almirante enloquecido impone sus manos para calmar la tormenta. En la sentina, los marineros aterrados, planifican un motín que no sucederá. Entre ellos un joven grumete observa, es Cervantes, tiene 14 años. Aún no ha soñado con el Quijote pero encontrará sus retazos en esta nave. Verá las raras constelaciones del hemisferio sur, un indio filósofo, animales exóticos y hombres emasculados por las brujas. Hablarán de seres con semblantes de bestias.

El monje YiChing está en Palembang. Le dicen que un siglo antes comenzó a desarrollarse el imperio de Srivijaya en esa ciudad; hubo un viaje sagrado con veinte mil soldados en embarcaciones de 1300 pies. Aunque sigue concentrado en los textos budistas que habrá de traducir, retiene estos datos también y se interesa como turista observador, como aprendiz de sabio que escucha a los nativos y extranjeros venidos de otras islas, conocedores de las estrellas, comerciantes de lejanía con sus marfiles y pieles de animales desconocidos. Yi Ching, de la dinastía Tang, está solo en Sumatra; su compañero de viaje ha muerto poco después de su llegada tras veintidós días de viaje en un barco persa que partiera de Cantón. Estuvo allí dos años traduciendo y aprovechando para aprender en las reuniones de expertos extranjeros en esa ciudad que era un centro del budismo. Todos sus viajes lo mantuvieron fuera por veinticinco años y cuando regresó a China, con sus cuatrocientos textos traducidos, fue bienvenido por la emperatriz Wu Zetian. Ambos disimularon conocerse desde la juventud.

De la emperatriz china dicen y dirán que es malvada, asesinó a su esposo a su hijo a sus secretarios a las otras concubinas del rey. Dicen y dirán. No soportan que una mujer sea poderosa, querida por el pueblo, libre en sus pasiones. Se resisten a reconocerlo, entonces inventan, amplifican, traicionan anécdotas y las convierten en tragedias, mitología fanática que llevará una antorcha hasta las piras de las brujas, cadenas, velos, encierros y mutilaciones. Pueden soportar y festejar que el rey tenga

cincuenta amantes. ¿Cómo tolerar que una de ellas se convierta en emperatriz?

En una pompa de jabón está el Colorado cortando las hojas ya leídas de su libro. El asiento del avión es cómodo. A su lado un hombre lee a Virgilio. Con el disimulo propio de un buen vendedor, lo espía. Son las *Églogas* en una edición bilingüe. Para que el otro no desprecie su gusto literario y sus conocimientos, él (que está con un largo bestseller de los que se escriben tras estudio de mercado, con el porcentaje correspondiente de sexo, drogas, mafia, persecuciones e intriga en dosis homeopáticas) arranca las hojas ya leídas y las deposita teatralmente en el bolsillo del asiento delantero. Es un hábito que ha contraído en los largos viajes, antes de descender, cuando ya sobrevuelan el aeropuerto de llegada, arranca lo leído para no andar con una carga excesiva en su valija de mano. Pero esta vez lo ha hecho en medio del viaje, cinco horas antes de llegar, para exhibirse frente al vecino, para entablar una conversación y demostrar que no solamente lee esos mamotretos industrializados. Depositó los restos y sin dejar de mirar hacia adelante le dijo: es una novela malísima, de las que distraen las horas del vuelo pero ni el papel sirve de tan satinado. Giró y señaló *Las Églogas*, en cambio su libro...

La burbuja se pega a otra burbuja donde una joven hermosa es recibida por el rey. Las vísceras nadan por el cubo blanco ante la mirada del hombre que yace en el resonador. Se funden en una pompa más amorfa. El lector, el Colorado, ha dejado su libro en el asiento, recuerda a la abuela china de la que no heredó ni los ojos ni la paciencia, pero sí tal vez el amor por el viaje y la absoluta falta de temor a recorrer lugares remotos y extraños. Se llamaba Zhu, como su antepasada, pero a diferencia de aquella no fue quinta concubina de ningún poderoso.

Está acostado boca arriba en la plancha de aleación y plástico, el resonador mete su luz hasta las últimas partículas del cuerpo, lo analiza, mueve sus átomos con la mirada, desordena y ordena según un patrón helado y absolutamente racional. Él, mientras

tanto, allí atado y quieto, observa sus propios sueños y pesadillas que flotan como globos, como vísceras de sangre oscura, rojo intenso seco, deambulan por la habitación cuadrada sin perder sus curvas; cada sueño es una historia sepia, gris o arcoíris. Un pólipo con futuro desconocido. Un hijo que fue parido por él, en todos los lugares adonde naufraga la máquina. En la nada del cuarto había aparecido una pequeña araña, una intrusa que lo terminó de salvar cuando ya estaba a punto de entregarse. Como un barco brumoso visto en el horizonte desde la isla solitaria, le renovó la esperanza, le revivió sus burbujas con historias y seres vivos, recuerdos, reconstrucciones.

Él es como otra araña. Aunque quieto extiende sus patas largas y tenues. Y las puntas molestan las paredes, hacen cosquillas, provocan alergias. Nadie más que él y los muros blancos oyen las voces de todos los habitantes que se movilizan, van y vienen, se entrechocan, discuten, se abrazan o se ignoran sucesivamente, pasando de un globo a otro como turistas oníricos. Y la máquina ignorante sigue su protocolo de manual. El Colorado está en Sumatra y vende insumos para la industria. El monje está en Sumatra, traduce textos budistas. Marco Polo circunnavega por Sumatra y ve las estrellas del sur. El ojo del cíclope no ve nada de esto. Sigue taladrando el cuerpo en busca de desperfectos. Luego hará un informe con porcentajes y cuadros estadísticos.

Los globos más lejanos, que rozaban el techo, parecen desinflarse, se oye apenas un silbido como si un gaitero estuviera oprimiendo el fuelle hasta el fin. Y las burbujas pobladas se deforman sin aire ni contenido, caen al piso impecable. Luego siguen los más cercanos, hasta que todo se ha convertido en un fin de fiesta con las alegrías aplastadas contra el suelo. No hay otras imágenes ni historias, solo la máquina con su tractrac y una voz de demonio metálico que desde atrás del vidrio asegura que ya falta poco, unos minutos nada más. El ojo del cíclope le parece ahora más perspicaz y gigante, un ojo que abarca toda la extensión, el ancho y el volumen completo de su cuerpo. Se siente atado más férreamente. Aparece el pánico y él retoma sus mediocres ejercicios

de respiración rítmica. Inhalar, aguantar, exhalar, esperar unos segundos y recomenzar el ciclo. Busca la araña en el rincón y ya no está. También fue eliminada por el chillido del técnico. Entra en un duermevela defensivo y así, con los ojos cerrados, logra de a poco enfocarse en esas vísceras cargadas de episodios, de recuerdos y lecturas. Los filamentos vuelven a extenderse con esfuerzo y hacen brotar en sus extremos unos brotes a punto de estallar. Se asoma allí el investigador frente a videos extraños, aparece levemente un libro al que le arrancan hojas ya leídas, barcos a vela rumbo al sur del mundo. Todo fuera de foco y sepia. Inhala, aguanta, exhala, espera y huyen del gris los colores y los bordes, hasta colmar las escenas. Los órganos se reproducen como panes; algunos livianos, pompas de jabón, suben con sus situaciones tranquilizadoras; otros, cargados de furia o miedo, reptan por el piso, intentan treparse al mamotreto o por las paredes, son babosas traslúcidas y adentro van las tragedias. Ocupan el espacio vacío, fuerzan las seis caras internas, recorren la máquina imantada que no los detecta. El ojo solamente mira en una línea, adentro de los huesos no hay burbujas. El cíclope, como aquel de Homero, indaga en el aspecto de las bestias, pero en sus panzas se esconden las historias. Además (recordó a Novalis), cuando veas un gigante observa dónde está el sol, puede ser la sombra de un pigmeo. En cambio, se dijo, sí son cientos y cientos los globos con sus episodios, que se contagian de proximidad, y así el Colorado es mujer, tiene blancas colinas muslos blancos pero no se entrega, avanza cuando ella lo dispone, se ha fundido con la china emperatriz, inteligente y guerrera. El monje budista investiga un caso doméstico de engaños y pornografía entre los sabios de Sumatra. Un viejo fusil vuelve del recuerdo y cae en las manos de un escritor que decide llamar la atención sobre su obra cometiendo un magnicidio. Luego se hunde en un lago disfrazado de pescador. Un grupo de septuagenarios decide asesinar a corruptos; saben que a lo sumo, si son descubiertos, tendrán prisión domiciliaria. Un escritor decide matar a un corrupto con un viejo máuser que robó cuando joven; se parapeta en el cuarto piso de un edificio en construcción y dispara al sindicalista en pleno acto entre el hospital y el parque. El monje no es monje, el Colorado no es

su amigo, la pareja de los videos pornográficos lo filman desde el balcón del quinto piso cuando asesina a Barrionuevo, alias el Gato. En la burbuja más sangrante se ve a sí mismo atrapado bajo tierra como el personaje de Poe. Deja de mirar esa burbuja. Tiene palpitaciones. Está Cristóbal Colón leyendo a Dante, Dante conoce a Marco Polo en Génova, Marco Polo oyó hablar de las estrellas australes. Observa allá arriba, casi en el ángulo del sur, un globo en el que hay una vieja carraca y en su bodega un joven Cervantes anota ideas para sus libros del futuro. La nave movida por las olas lo acuna y el grumete sueña con libros de caballería. Oye las conversaciones entre un indio prisionero y un científico testarudo, mientras en la cubierta el Almirante calma las olas. El trac-trac del resonador lo distrae, pestañea, abre los ojos y lo inunda la brutalidad que corroee esa otra burbuja donde todo parece desmoronarse, un grupo de violentos persigue a un padre y su hijo por los techos de la ciudad derruida, llueve, cae granizo gigante, vuelan murciélagos diurnos, hay muchos seres deformes, el aire es irrespirable, el agua es ácida, nadie sabe hacer nada, nadie tiene memoria, es un futuro desolador. Una pesadilla, un íncubo que aplasta y ahoga con su sobrepeso; el aire es expelido como un globo que chifla, y el portador del sueño yace rígido de espaldas mientras el pecho se hunde hasta solidarizarse con su revés. El monstruo de la noche lo vuelve plano pero engendra globos en el otro extremo de sus filamentos. La masa de metal no lo registra, sigue con su monótono trac-trac periódico, con su intento de penetración infructuoso, y el tiempo no tiene ningún sentido, es nada más el lapso de medición. En cambio para él, todo es suceso, decurso y fluir de las imágenes llenas de desvíos narrativos. Un poeta envidioso difama a la emperatriz. ¿Por verdadera envidia o por haber sido impotente cuando ella lo arrastró a su habitación privada? No estaban los sirvientes (aunque supieran todo), ni los ministros (varios, los más jóvenes, habían recorrido esos pasillos entre obligados y llenos del deseo). La mujer no era una niña, ni tenía esposo, sino una viuda de mediana edad, apetecible tanto por su cuerpo, su belleza, como por su inteligencia y habilidad amoratoria (eso decían), y sobre todo por el gran anzuelo para el sexo que es el miedo al poder, el acicate, que se abra la gran puerta y aparezca

la ley o el fantasma del viejo emperador. La emperatriz había sido quinta concubina, casi un accesorio elegido por su belleza, y había ido ascendiendo hasta tener la suma del poder en el gran imperio de oriente. Luo Bingwang, destacado poeta, recitó de pie, mientras ella lo desnudaba ya desnuda, al borde del enorme lecho, “ganso, ganso, ganso, ella está cantando hacia el cielo, con su cuello doblado en una curva hermosa. Su pluma blanca pura flota en el agua verde de Jade, sus pies rojos revuelven ondas en la superficie del lago como el cristal”, y ella lo mira, él la deja hacer, ella lo toma de las manos y lo arrastra hacia sí, sobre la cama, lo empuja suavemente hasta dejarlo de espaldas y se acurruca encima pero después de unos minutos interminables para el poeta de la dinastía Tang, para una de las eminencias de la poesía de la dinastía Tang, el miembro apenas responde en un levísimo estiramiento y cae en curva bajo el cuerpo de la emperatriz Wu, que entre risas sale de la cama y aún desnuda, sin intención aparente de vestirse, le señala la puerta y dice “ganso, ganso, ganso”. Por supuesto que todos se enteraron. A partir de allí, Luo Bingwang, la odió meticulosamente y en un manifiesto político aseguró “Mató a su hermana, masacró a sus hermanos, asesinó a su emperador y envenenó a su madre. Wu Zetian tiene un corazón como el de una serpiente y una naturaleza como la de un lobo, por eso tanto los dioses como los hombres la odian, y el cielo y la tierra no pueden permitirle existir”.

El monje en cambio no le recitó poemas, habló de las exóticas constelaciones del sur, que le habían descripto marinos y piratas. Ella ya sabía todo eso, también había hablado con marinos y piratas, pero simuló desconocer el Ancla (que en el futuro sería La Cruz del Sur) así el traductor creería que la estaba seduciendo con sus conocimientos y anécdotas de viajero a Sumatra. Otra estrategia de la Emperatriz para no amedrentar a sus amantes. A veces daba resultado infundirles un poco de temor, pero no en este caso porque el monje budista YiChing, cuyo nombre original era Zhang Wen Ming, que había traducido los viejos textos del sánscrito al chino y había viajado por muchos mares, necesitaba fortalecer su ego en las artes amatorias que evidentemente (notó

ella) desconocía. No fue un único encuentro que tuvieron (la estrategia de Wu fue acertada, entonces) y como resultado quedó embarazada (luego vacilaría entre aceptar y rechazar a la niña). Wu sabía que su hija correría peligro, urdió un plan y simuló la muerte. El poeta impotente aprovecharía luego ese hecho para afirmar que ella misma la había asesinado como siniestra estrategia para llegar al poder. Pero la niña, su único hijo, estaba protegida en un convento. Ni su padre, el monje, sabía dónde.

En algunos aspectos fundamentales, no en cuestiones perecederas como el poder, la hija heredó a su madre. Cuando llegó a los catorce años, abandonó el encierro en el que había orado y aprendido, cambió su nombre por Zhu. Esta costumbre, como marca y norte, la sostendrían por siglos las descendientes de la remota emperatriz. Zhu se llamaría también la última, muerta en pleno siglo xxi en Bélgica. La fortaleza de la antigua concubina real impondría una línea matriarcal por encima de la modalidad machista del apellido paterno. Todas sabían quiénes eran sus milenarias abuelas, no sus abuelos. La emperatriz creó la dinastía Zhu.

Los retazos de historia china conformaban un tejido en el globo ameno que pendía como una lámpara en plena diagonal de su mirada sin esfuerzo. Acostado, boca arriba, los ojos esquivaban el techo bajo de la máquina y veían la víscera creciente donde se mezclaban los relatos del Colorado con los templos y las mujeres en huidas llevando el estigma y bendición del mismo nombre, Zhu. Naves a vela por el mar entre islas, papiros, estrellas nuevas, sabios y caníbales, mujeres poderosas frente a la masa de hombres, y el hilo del telar corriendo a través de los años y las regiones. Madres de mujeres. Todas habían creado pero habían sido postergadas por los artistas y científicos, condenadas al rincón o a la pira. Las osadas exhibían su arte, las otras callaban en público y transmitían los secretos de hembra a hembra para cuando fuera la hora. Ambas penaban por la tortura o por el desprecio. Legar el apellido materno era el envase en el que se transmitían los saberes y los deseos. Aquí y allá, en cualquier tiempo, surgían

las acciones y ellas desenmascaraban a los supuestos reyes de la creación, los doblegaban, los dejaban desnudos de desconcierto y vergüenza. Generalmente otros salían en defensa de los caídos pero poco a poco las Zhu ganaban territorio. Dar la batalla ya era un triunfo. Aunque las acusaran de viejas enviadas por Satanás, malvadas, agoreras, prostitutas, siniestras desdentadas que robaban hostias para producir pócimas y dejar eunucos a los más bravos caballeros. Como ocurriera en Ratisbona, que está llena de brujas que coleccionan miembros, “y yo, hermanito, dice el joven marino, quiero mucho al mío, a mi adorado ariete que me ha abierto portales de toda índole. No me resigno a que una maga me hurte el perico durante el sueño y lo guarde junto a otros egresados en un nido de pájaros inalcanzable o dentro de una caja; tantos casos hubo de brujerías relacionadas con el bajovientre, que muchos se espantaron y huyeron de las ciudades malditas. En París, una mujer no parió humanos sino palos, espinas, piedras, espadas sin herrumbre; en el distrito de Lombardía, en los dominios del duque de Austria, el Inquisidor de Como hizo quemar a más de cien brujas en un año, y a pesar de ello seguían los maleficios y de tal envergadura que expulsaban al más heroico. Por tal razón se han ido los varones en la carraca hacia las Indias, donde no van hembras y nos esperan tierras magníficas, oros, medicinas para el mal de eunucos; allí no hay embrujos ni conjuros malignos”.

Recuerda haber leído que sin tiempo no hay universo. Y que lejos del equilibrio la materia adquiere nuevas propiedades, la posibilidad de estados múltiples. El cubo blanco y el resonador de plástico y metal, resisten, pretenden estar fijos, pero la aparición de nuevos globos, como odres de buen vino, producen un cambio de fase.

“Desde Cantón la nave se dirigió al este en busca de los vientos, dijeron los marinos, y así casi acostado veía el mismo cielo sin notar el movimiento porque el agua corría hacia atrás mientras la embarcación se esforzaba en dirección contraria; se generó un efecto de quietud apenas acunada. Mirar arriba me distrajo de

las fuerzas que se enfrentaban en la superficie. La paz del espíritu inundó mi mente. Había un susurro también armónico entre los golpes del agua y el batir de las telas. Hasta que viramos al sur como quien se precipita y el mar se puso áspero, en resistencia, mientras los vientos amenguaban. Seguía yo mirando el cielo, que comenzó a cambiar en el horizonte, y transcurrieron dos semanas. Los dibujos de arriba se volvieron escorzos, animales torcidos, otros aplanados, otros engordando. Con el trascurso de las noches, cuando miraba al norte de donde veníamos, noté que mis islas de estrellas habituales se iban sumergiendo poco a poco en la tierra lejana hasta que solamente hubo mar en todas las direcciones. Había estado en mi vida anterior recorriendo la horizontal hacia la India y ahora el viaje se cruzaba en vertical rumbo al imperio Siddhayatra donde moraban sabios budistas, los maestros que necesitaba para culminar mi traducción. La ciudad de Palembang, centro de templos, era mi destino. Allí vi el Ancla como guía de piratas y mercaderes. Mucho después cuando me recibió la Emperatriz, le referí sus otros nombres, El emú del cielo, según dicen que dicen muy al sur en la gran isla, y finalmente el acercamiento más arriesgado, como una palma extendida o un recorrido de ojos desde los pies a la boca, le dije, y fue una estocada: “dos jirafas, una hembra y un macho”, así la llaman más allá de la India y más allá del sur, jirafas cruzadas. La Emperatriz toma mi mano y me lleva a su recámara. Me trata con dulzura y firmeza, intento decir algo pero cruza su dedo índice sobre mis labios, acerca los suyos y me besa durante unos segundos, desliza luego su dedo como quien abre una puerta y ambos entramos en el otro habitáculo caliente para recorrer sus paredes con curiosidad en aumento. El resto del cuerpo acompaña las lenguas invasoras. La yema húmeda del índice candado recorre las curvas de mi oreja derecha y es como si me cantara una melodía de fuego. Estoy fijo en sus pezones. Sigo su ritmo, ella dirige. Vamos juntos hasta el final en armonía desenfrenada. Y no se apura en rodar, permanece acostada arriba mío como una piel de oso que impide al cuerpo cambiar de temperatura, así continúa la plácida sensación de la piel tibia, húmeda, absolutamente alegre”.

Transcurre la tarde hasta que el cielo de las ventanas es luz de bóveda, ese gris inmediato a la llegada de la noche. Llegan entonces bandejas de tartas y arroz. Primero el trago de jiu caliente, al que el monje no estaba habituado, lo recuperó, y luego la carne y las frutas para volverle tono al cuerpo. La emperatriz no era voraz pero comió abundante con paciencia de ajedrez. Lo miraba. Se puso de pie y él también respetuosamente. Salieron del palacio y ya había dos caballos enjaezados para ellos. Trotaron hasta el templo a través de senderos, dos colinas bajas, las colinas de los pezones, donde estaba la tumba del emperador y estaría la de ella misma en unos años. Tanta era la misoginia, que no tendrá ningún elogio su lápida, única sin tallar en más de dos milenios de historia imperial. Ella, que redujo el gasto militar y a la vez expandió los territorios mediante la diplomacia, que benefició a los campesinos pobres e hizo florecer la economía, que se preocupó por la educación y exigió maestros destacados, que eligió el budismo porque daba más lugar a las mujeres que podían viajar libremente, que se animó a desafiar hasta a Confucio.

Colinas de los pezones, el nombre que le había dado Gaozong a las dos colinas bajas cercanas a las tumbas, porque le recordaban los pechos de su esposa Wu.

Comenzó a gobernar tras bambalinas, su esposo era débil, poco astuto, tenía mala salud y confiaba plenamente en ella. Wu eliminó a sus opositores varones de la élite imperial: en una década fueron ejecutados treinta y seis altos burócratas, algunos obligados a suicidarse, y los miembros de sus familias fueron esclavizados; las mujeres, que habían sido sometidas por la sociedad confuciana, fueron elevadas en su condición, se publicaron biografías de mujeres notables, hasta encabezó la primera procesión femenina de la ceremonia sagrada hasta el monte Tai y consiguió así acercarse al cielo y conseguir la bendición divina. Ante los conspiradores no le temblaba el pulso a la hora del rigor, les cortó las manos, los pies, fueron arrojados en tinas de vino por borrachos. La vida y la muerte

pendían de su palabra, la degradación o la promoción también, y el emperador permanecía sentado con los brazos cruzados ante sus decisiones. Pero no siempre era brutal, usó distintos métodos para lograr mejoras y transformaciones, introdujo el sistema meritocrático de exámenes de ingreso para la burocracia imperial y de ese modo fue desplazando a la clase que obtenía los cargos sin nivel de educación ni capacidad, solamente por el hecho de ser hombres y pertenecer a las familias acomodadas.

El monje no volvió a verla. Después de su muerte recorrió nuevamente el sendero entre las colinas pezones y fue hasta la lápida vacía, escribió mentalmente “Wu, de la dinastía Zhu, la emperatriz que desafió hasta a Confucio y se sentó en el trono del Dragón”. Recordó aquellos pocos encuentros sexuales, su firmeza y paradójica ternura, la atención gentil con que escuchaba los textos budistas que él había traducido y su inteligencia práctica. Volvió arrastrando una oscuridad: ¿sería cierto, en medio de tantas difamaciones, que habían tenido una hija? Nunca ella le dijo nada. Tal vez estuviera en algún templo, escondida, sin saber quién era su padre. Tal vez podría consultar a la poeta Shangguan wa’er, gran amiga y confidente de Wu.

El Colorado había llegado a los libros por otro camino. A su hábito de cortar las hojas ya leídas de los bestsellers, había que sumarle su lectura científica de la Divina Comedia (la ley de gravedad, la Cruz del Sur), y, para describirle su trabajo, le dijo “en mi caso es improbable que la lana no mienta falsos colores porque me quedaría desocupado.” Después le aclaró que recorría el planeta vendiendo productos químicos para teñir plásticos y que si llegara la edad de oro, de la que hablaba Virgilio en la Égloga IV, terminaría en la calle. Más adelante, cuando ya eran amigos y se frecuentaban en los paréntesis de sus viajes, le llamó la atención que además de hablar varios idiomas pudiera manejar dos registros y tonos: uno el de la vida ordinaria, otro el de las ventas. Modulaba, gesticulaba distinto, incluso su voz parecía modificarse. Lo escuchó hablando por teléfono en inglés, español, francés con clientes, y era otra persona. Más

convinciente y seductora, otro campo lingüístico, diferente la postura corporal, como un buen actor que hace Ricardo Tercero en una película y en otra es cómico de stand up. Pasaba de la crítica al último libro de Houellebeck a la ventaja de los nuevos aditivos y masterbatches como quien prende y apaga las luces. Se ponía una máscara, se ponía otra máscara. Una película coreana traducida. Era culto con agujeros. Había leído a Dante y Virgilio pero ni una gota de Shakespeare. Poesías de Blake y Borges, ni una de Lorca. Se formó por contacto. Libro que le llegaba a las manos era devorado. Lo mismo con el arte visual. Había visitado los grandes museos y los más recónditos, vio los soldados de terracota chinos y las piedras de Stonehenge, los moais de Pascua y las cuevas del sur de Francia, pero nunca entró en el Coliseo romano ni en la casa de Ana Frank porque cuando esperaba su turno lo llamaron por teléfono y le avisaron que tenía un vuelo en media hora rumbo a cualquier lado para cerrar un negocio. Su facilidad para la conversación más toda la información que había capturado lo convirtió en un soberbio que disimulaba su condición si estaba con alguien a quien respetaba, en caso contrario la ironía, la sorna o directamente el silencio inundaban la relación. Colaboraba sin exhibicionismo con amigos necesitados. Valoraba la inteligencia, la honestidad, el sentido del humor, pero despreciaba sin disimulo a los mediocres. Podía ser brutal en sus afirmaciones. Había visto el mundo y admiraba el capitalismo. Vivía mitad por mitad en el sur de América y en EEUU donde estaba la empresa, y cada vez que volvía a su país abominaba del desorden, la burocracia, el atraso tecnológico. Todas cuestiones a las que sus compatriotas están acostumbrados y relegan a segundo orden en sus preocupaciones, más acuciados por el trabajo en negro, la inseguridad, la falta de vivienda y la precariedad de los servicios básicos. Allí el interruptor no le funcionaba con la misma versatilidad que para los idiomas y necesitaba temporadas largas, que casi nunca tenía, para adecuarse. En el exterior sus citas de negocio duraban uno o dos días pero todo era igual, no entraba en contacto más que con empresarios de traje y conserjes de la misma cadena de hoteles internacionales, y así es como desconocía la vida cotidiana de los otros. Si tenía tiempo para visitas, no veía más que el interior de

un museo, un shopping, el recorrido en bus turístico por ciertos lugares de la ciudad (que, según decía, “son todos iguales con su Big Eye y su puente antiguo sobre un río impecable, y algún templo que puede ser catedral o pagoda”).

Cuando lo conoció en el avión, no supo que volvía de extremo oriente. Había hecho en Madrid el último trasbordo de un larguísimo viaje. China, Indonesia, Vietnam son los mayores exportadores de envases perecederos, textiles sintéticos y otro productos por el estilo, con los que invaden de restos invisibles de plástico hasta el estómago de los peces y las mismísimas nubes, El Colorado está entre los mayores intermediarios de producción de aditivos para teñir y caracterizar toda esa masa interminable de botellas y frascos vacíos, tapas, jeringas, bolsas, ropa, partes de calzados o automóviles, juguetes, adminículos de vida corta (para bien de la industria) . No hay rincón del planeta, sea gran urbe, selva, cielo, ser vivo o iceberg o fondo del mar, donde no se encuentre en uso o como detritos, esa gigantesca manufactura que miente los colores. Pero así como el carpintero que hace féretros no disfruta de la muerte ni se plantea más que cualquier otra persona qué pasará después, si habrá un más allá, si puede despertarse uno en el cajón bajo tierra; tampoco el Colorado se sentía peor que cualquier otro ciudadano informado de la contaminación de nuestro mundo. Lo sabía y no estaba todo el tiempo cuestionándose por lo que sabía y hacía. Su médico, por ejemplo, fumaba, y el cura era pedófilo. Todos, decía Cervantes, tan vírgenes como sus madres. A pesar de estas contradicciones, entre otros pecados visibles, podía considerárselo una buena persona. En términos costo/beneficio lo era. Si bien se quejaba ante sus parientes del maltrato que había recibido desde la infancia por sus padres y los describía como sádicos por haberlo abandonado en manos de abuelos y escuelas de todo el día, se encargó de ellos cuando envejecieron, los llevó al médico cada vez que lo necesitaban, les dio conversación, los visitó a diario, los mimó con sus regalos. Tal vez fueran otras manifestaciones de su facilidad para hablar en tonos distintos, tal vez la condición de vendedor internacional y multicultural lo haya ayudado

a usar la voz que se requería en cada circunstancia. Fuera un empresario japonés con sus reverencias secas o un italiano con su gesticulación desbordante. Sin falsedad, más bien como un buen actor que es absorbido por el personaje hasta que se apaga la cámara.

Lector de narrativa, divulgación científica, biografías, libros de historia centrados en curiosidades, jamás poesía ni teatro ni ensayos críticos. Tampoco le interesaba actualizarse en su profesión, que se había volcado completamente a la promoción y venta de determinados productos desde hacía unos quince años cuando consiguió después de muchas idas y venidas trabajo bien remunerado en una empresa que casi había nacido con su incorporación. Los largos viajes le ocupaban la mayor parte de sus días y no podía desconectarse al regresar a su casa. Llamados a cualquier hora según los husos de países lejanos, no le molestaban y hacía ostentación de ello a través de una valija repleta de anécdotas, descripciones minuciosas, a veces hilarantes, de estatuas, calles y situaciones exóticas. Sostenía sus opiniones con firmeza y sorna si no respetaba al interlocutor, pero en otros casos era proteico y escuchaba educado. En síntesis una persona compleja, porque su propensión a la soberbia había sido mitigada y pulida por el contacto con realidades muy diversas, tener que enfrentarse por obligación a costumbres y personajes de toda índole. Sólo me falta, decía, venderle a los extraterrestres, aunque no sé si no lo hice ya sin darme cuenta. ¿Cuánto había de verdad y qué cantidad de mentiras, exageraciones o decoración tenían sus relatos? ¿Cómo comprobar si era cierto que había tomado sopa de murciélago o recorrido una ciudad desnudo? Tal vez el increíble condimento traído del Tibet fuera comprado en el supermercado de la esquina. Y la receta de verduras endulzadas con miel, un invento propio más que plato de los jibaros. En el mismo plano de improbabilidad estaba la historia de su familia materna, más precisamente de la línea de mujeres. Abuela, bisabuela, tatarabuela, de acá a la China pasando por África, España y finalmente Bélgica. Se lo contó la tarde en que lo acompañó al campo, unos trescientos kilómetros entre ida y

vuelta, a buscar un costillar de ternero especial (vaya a saber) y huevos de ñandú. Desde que lo recogió en la puerta de su casa hasta que lo dejó en la esquina, cuatro horas, solamente le dio espacio para responder con una frase o asentir o mostrar asombro. Después de su muerte recordaría con alegría ese paseo y el tono de voz, que era predominantemente normal, sin esos momentos asertivos y edulcorados de vendedor ambulante que usara a la hora de negociar los precios.

Los relatos de su viaje a Bélgica le habían quedado grabados como un cuento exótico. En la capilla de Kortrijk, había sido uno de los cuatro hombres de negro que trasladaron el pequeño cajón de la última monja beguina, Marcella Pattyn. Pero el principio de su historia en realidad era el final. Comenzaba en una gran oficina de hotel cinco estrellas en Tokio donde alguien por casualidad le habló de su propio pasado. Tampoco, a decir verdad, era el principio de la historia. Al Colorado le encantaba saltar los tiempos según cómo iba asociando mentalmente y también por cómo iba reaccionando el interlocutor. Tal como los actores callejeros y los juglares, tal como el hilo y sus ramales en las Mil y una noches, podía tomar un desvío a un pequeño pueblo para retomar luego el camino principal y volver a otro atajo que llevara a una anécdota, regresar al tronco principal del que el oyente ya se había olvidado, continuarlo por un tramo y otra vez una diagonal, una tangente, la curva sorpresiva. No le atraía tanto adónde llegar, ya estaba harto de recorridos transoceánicos obligatorios y monótonos, sino qué imprevisto lo asaltaba a lo largo del viaje. Parecía no importarle el final, gozaba de las paradas circunstanciales. Así pues se demoró en la descripción de la ciudad de Kortrijk, la belleza del río Leie, Lys para los franceses, que alimenta las fábricas de tejidos de lino que hacen famosos a los paños de Flandes, con sus Torres de Broel, el puente, y a trescientos metros la Sint Maartenskerk van Kortrijk, donde se celebró la misa fúnebre para la monja de noventa y dos años que dejaba sin beguinas a esa rara congregación. Había hablado con ella dos veces, la primera fue por sospecha, la segunda premeditada. En medio de sus transacciones y hoteles

todos iguales, salió con el auto desde Lille, donde había cerrado un negocio promedio, y recorrió a pie la ribera del río en busca de un restaurante típico, dobló una esquina, se sorprendió (él, que había visto de todo) con cierto aire de la pequeña ciudad medieval. Las tejas, el empedrado, el sol de abril y las viejas paredes de una especie de pequeña ciudad dentro de la ciudad, la beguina. Su madre le había dicho algo con respecto a la abuela y su encierro en ese monasterio. Encierro relativo porque tuvo una hija, la madre de su madre. El aire primaveral, el sol, las viejas paredes, tejas y empedrado, poco significarían para él, que ya había conocido ciudades parecidas, salvo por el impacto vincular de los recuerdos familiares. La voz materna contándole a desgano el árbol genealógico para una tarea escolar.

Sabía bastante sobre la historia de estas mujeres. Ya había visitado sus conventos en otras ciudades. Tanto el de La viña en Brujas como el de Gante, no tenían ninguna relación con él; los sintió ajenos, de paso, una parada más en su interminable recorrido sin emociones. En cambio Kortrijk, según había escuchado en conversaciones de sus parientes, se conectaba con un pasado del que quería saber más. Dialogaba todo el tiempo con individuos similares solamente por interés económico de ambas partes. Terminaba la reunión y borraba el recuerdo o lo corría a un rincón remoto. Como si enviara trastos a la baulera. Pero no cualquiera era biznieto de una monja. Esa información sí que tenía presencia y le volvía a menudo en las horas muertas de hoteles lejanos. Se valió de su simpatía para obtener los permisos y accedió al silencioso patio central en torno al que se ubican casitas de viejos tiempos. Marcella podría completar el noventa por ciento de lo previsible, viejita, sonriente, ciega de nacimiento; el diez restante, su voz aún firme y la memoria visual. Extrañamente podía describir la cara y expresión de quienes la habían rodeado, a partir de la información reunida por los otros sentidos: La forma de hablar, el ruido de los pasos, los perfumes del cuerpo, la respiración, también las reacciones de terceros la ayudaban, y ese conjunto parecía haber sido sus ojos. El Colorado lo percibió de inmediato ya que ella sonrió ante uno

de sus gestos. Un buen vendedor está atento a cómo es mirado por el otro, no solo por sus ojos sino toda la actitud corporal. De modo que ambos hablaban el mismo idioma. Cuando él, más tarde, al retirarse, extendió la mano mientras se ponía de pie, ella se la tomó entre las suyas y le dijo que elevaría una oración en su favor. El resto de la tarde siguió rumiando lo que le contó la beguina. Había conocido a su bisabuela. Esta congregación estuvo conformada desde su lejano origen, muchos siglos atrás, por mujeres que no querían estar atadas a un matrimonio ni a un mandato.

El momento más emotivo, aunque el Colorado lo disimulara contando con cierta sonrisa, ocurrió cuando Marcella, acompañándose con una melodía monótona de mandolina (uno de los tres instrumentos que sabía tocar) le cantó con su voz ya agridulce una stanza que, según dijo, le gustaba mucho a la bisabuela del Colorado. En su relato él deslizó que era la única poesía que toleraba, probable mentira.

Comenzó a tocar, “no está prohibido distraerse y festejar, incluso bailar pero ya no me dan las piernas”, estaba en silla de ruedas. “Eléctrica la silla” agregó el Colorado como para no convertir a la viejita en la madre Teresa de Calcuta que dormía en el suelo. La voz era algo grave y apenas audible:

Ay, a pesar de este invierno frío
de breves días y de noches largas
viene un verano decidido
que muy pronto nos va a liberar
de este dominio. Ya se adivina
en este nuevo año.
El avellano trae flores finas.
Es un claro presagio.
*Si lo dijera mil veces
no sería suficiente*
a ustedes que en la nueva estación
quieren regocijarse por amor.

Dejó el instrumento sobre su falda, vestía según la antigua norma siguiendo la manera común de las mujeres del pueblo. Volvió a extender su mano para que él la tomara. “Es una poesía de Hadewijch de Amberes, una trovadora de hace ochocientos años. A su bisabuela le gustaba mucho.” Poco más que eso pudo obtener de esa primera visita, la anciana estaba un poco cansada y llegaba la hora de sus oraciones, y él con criterio optó por no presionarla inútilmente en ese momento. Quedó en que la visitaría en breve y de aquí y allá, hablando con vecinos (en los últimos años alquilaban algunas de las casitas a gente que no pertenecía a la orden y quería un poco de tranquilidad) se llevó más información sobre Marcella Pattyn. Había nacido en el Congo belga en 1920, estudió en Bruselas, entró al convento de las beguinas de Gante y luego se mudó a Kortrijk con otras ocho mujeres. También le contaron que tocaba además el piano y el acordeón, era alegre, sutilmente curiosa y muy charlatana.

El destino de miles de mujeres había sido convertirse en esposa o retirarse a un convento; por el contrario, hacerse beguinas fue una manera de esquivar esas opciones y gozar de libertad e independencia, especialmente en la antigüedad. El movimiento surgió a fines del siglo xii en los Países Bajos, donde ellas se dedicaban a rezar, coser, cuidar a los enfermos de lepra, leer, cantar, tocar instrumentos musicales, escribir.

Llegó a haber decenas de comunidades. La de Kortrijk, en pleno centro de la ciudad, estaba organizada alrededor de un patio. Tenían enfermería, capilla, casas, talleres. El de Brujas estaba rodeado por un foso. Tras los muros del beguinato, podían vivir sin la protección del hombre. Su único contacto con la autoridad eclesiástica se producía en las misas y las confesiones. Se gobernaban por su cuenta, algo inédito para la época. Para muchas mujeres fue la manera de poder desempeñar un oficio o de acceder al conocimiento, reservado entonces a los varones; mantenían su independencia, no eran monjas de clausura, podían salir a la ciudad e interactuar con la población. Podían ser solteras, viudas o casadas, no renunciaban a sus propiedades.

Tampoco pedían limosna como en otras congregaciones y sus ingresos provenían del trabajo manual y la huerta. El movimiento atrajo a muchas intelectuales. Comenzaron a ser vistas como una amenaza comercial a fines del siglo xiii por los gremios y además condenadas por Iglesia porque no respondían a sus mandatos. Consecuentemente fueron perseguidas, quemadas en la hoguera. Luego leyó que Hadewijch de Amberes era considerada la primera autora en lengua vulgar neerlandesa, medio siglo antes de que Dante hiciera lo mismo con la propia en la Comedia. También su actividad literaria motivó sospechas de las autoridades y se vio obligada a huir de su región. Murió en 1260, Alighieri nació en 1265. Interesante, pensó.

El sol destacaba los muros blancos del beguinaje de Kortrijk, era casi el mediodía del domingo 19 de abril. Sonaban las campanas de la iglesia de San Martín. El Colorado participó de la misa, meditó como solicitó el deán. Quizás le volvieran imágenes de su niñez en colegio de curas. Él y tres personas más, todos de negro, sacaron de la capilla el pequeño cajón. Dos veces había hablado con Marcella Pattyn. Recordaba en ese momento con emoción, más que nada, su mano apenas tibia, firme y leve. Ella le había hecho prometer que participaría de su funeral. Probablemente hayan charlado en total cien minutos pero fueron suficientes para que vislumbrara historias imprescindibles de su pasado familiar. Le pesaba esa muerte, y también haber descubierto que ser varón, único hijo de su madre, único nieto de su abuela, era un golpe fatal para la continuidad histórica del apellido materno. Porque las mujeres de su familia habían adoptado por siglos el apellido materno, ese que habitualmente se pierde en una generación al adoptarse el del padre del padre del padre de alguna esposa de. Marcella fue la encargada de despabilarlo, sin saber el impacto que le provocaría, ya que su propia madre le escondió esa costumbre ancestral para no cargarlo de culpa. Tal vez por eso fue tan esquiva en apariencia, tan distante en lo afectivo. Había heredado ella un bien que solamente podría transmitirle a una hija. Y el hilo se cortó irreparablemente. El Colorado se escondía en su tono y gestos de vendedor cada

vez que lo arrinconaba la carga pero no siempre soportaba su propia impostación. Mantenía el exterior inescrutable, aunque de la piel hacia atrás latían en otra frecuencia los sentimientos. Como un buen actor con problemas personales. La máscara era impecable, había sido forjada durante años y perfeccionada en cada entrevista laboral. Sabía cuándo y cuánto sonreír, si mirar a los ojos o bajar la vista o entrecerrarlos o hacer un guiño, también cómo gesticular y pararse o sentarse. Un combo perfecto. Pero tras el plástico que vendía y que le había formado una capa aceptable por cualquier interlocutor, navegaba la sangre problemática en busca de respuestas y solución para las culpas. La comprensión solo tenía escape cuando cambiaba, muy ocasionalmente, de uno de sus lenguajes al otro. Entonces podía ser irónico, mostrar cierta ternura, insultar con acritud.

Así circula su imagen y alguna historia del Colorado por una burbuja en buena medida amable, de perfumes apacibles, donde intempestivamente, en el lapso de un segundo, brota un quiste oscuro, como de sangre ennegrecida. La burbuja del sueño se convierte en excrescencia infectada, que crece asimétrica y estrangula fragmentos de los hechos. La ciudad medieval, de paredes limpias se mancha de una pasta grasosa, maloliente, que contagia su peste a los seres de la región, seca sus árboles, enturbia el río ante la mirada de las dos torres flamencas. Las acciones y los protagonistas se comprimen, se esfuman los tonos hacia grises y colores imperceptibles unos, intolerables al ojo los más. Toda la escena de los diálogos con Marcella mutan hacia voces aguardentosas y llenas de babas, las manos enlazadas son zarpas. La monja leve y generosa ya no es tal sino harpía que maltrata a sus servidoras, que conserva las peores maneras de los nobles, que esconde joyas y distribuye migajas a la vista de todos. Pero se revienta el grano y mana su pus. El quiste se vacía, hay otra víscera de sueños portando a la pobre ciega desde el Congo belga hasta Europa. Va de la mano de su padre. No la admiten en ningún convento. Finalmente la reciben las beguinas. Alegra con su música a los enfermos, cose, reza. Nunca es visitada por el Colorado, que solamente paseó por el centro de la ciudad una

tarde, cruzó el puente sobre el río limpio, comió platos caros con vista a las dos torres y durmió el resto del día. A la mañana siguiente supo que allí había muerto un año antes la hermana Marcella Pattyn, a los 92 años, un domingo a las once. La última de la congregación. En los globos de los sueños aparece la ofensa del inquisidor y del amante despedido, también a menudo mete su cuchara fanática el pariente, el cura del pueblo y los vecinos, porque ninguno tolera que una mujer esquivе la vida en familia para leer, orar, ganarse la comida con su trabajo y pasear sola por la ciudad con la misma vestimenta que las mujeres de la región. Las beguinas hilaron por siglos su propio texto en pequeños caseríos dispersos, sin tutelajes, libradas a sus decisiones. Allí, acostado boca arriba bajo la mirada del cíclope, en la planchuela del resonador, con el solo acompañamiento de un tractrac de la máquina, entre paredes blancas hasta el dolor de ojos, sin una sola planta, cuadro, adorno, sigue mirando los globos que inundan la habitación cúbica, especies de órganos o vísceras o quistes que cargan historias conectadas por cordones no umbilicales a todo su cuerpo, la memoria y los centros del deseo, la imaginación, los rincones sombríos y tortuosos, las alegrías remotas. Los tiñе, según de qué recoveco surjan, de colores vivos y atrayentes o turbios, secos, opacos. Los globos de los sueños se entrechocan y se hacen uno, se funden varios o son absorbidos y eliminados por otro sin importar el tamaño sino por una fuerza interior y también el azar. El Colorado del avión ya no habla varios idiomas, apenas balbucea su jerga de mercader. El Colorado no existe, es solo un desarrollo de la vida probable de su amigo muerto en la infancia, que deseaba aprender idiomas y viajar a la luna. Los cuatro viejos septuagenarios que planifican un crimen, son ahora jóvenes revolucionarios bajando de una colina. La cronología histórica se mezcla con episodios literarios, Napoleón es protagonista de Cien años de soledad, mientras los padres de Samsa asumen el poder como reyes del Imperio Austro Húngaro y conquistan Europa, eliminan a judíos, gitanos y armenios, y el pueblo los aclama. Luego el resonador vuelve a hacer su tractrac que lo distrae, es absorbido por el ojo hipnótico de la máquina por un minuto eterno, parpadea, retoma el control de su mirada y los globos ya no están rellenos de odio, hay paisajes

de publicidad turística, personas caminando por la arena, una pareja se esconde entre los médanos, y en otra viscera alguien observa azorado un video pornográfico que transcurre en un piso vacío de un edificio en construcción, la pareja se pone de pie mira a cámara pide al espectador que los siga y señalan el balcón del piso de abajo donde hay un hombre acostado en posición de tiro con un fusil hacia la multitud. Él reconoce el fusil, es un máuser, también reconoce al sicario, es su padre. No se demora mucho en ese episodio, como solamente puede mover los ojos, ahí atado a la máquina, mira de soslayo al rincón donde estuvo tejiendo la araña intrusa, pero ya se ha ido y en ese lugar arriba, en la encrucijada del techo y las paredes, late un globo expansivo donde Wu, la emperatriz de la dinastía Tang que inauguró su dinastía Zhu, la odiada por los varones de la nobleza y amada por su pueblo, está desnuda junto al monje recién llegado de las islas del sur con su traducción al mandarín de los textos budistas sánscritos. Le enseña, ella ya lo sabe pero no le dice nada, que allá abajo hay una constelación con forma de ancla o pezuña o una pareja de jirafas cruzadas sobre el lecho azul. Gozan, por momentos ella es dominante, luego él. Transcurre la primera tarde y salen a caballo hasta donde levantarán el templo, ella espera que allí construyan su tumba pero no sabe que la lápida carecerá de leyenda porque los patriarcas la despreciarán hasta después de su muerte. Cruzan las Colinas de los Pezones, recorren el sendero y regresan con el sol a punto de ser devorado por el horizonte. Había sido elegida como concubina a los catorce años por su belleza, también por ser inteligente y educada. Cuando muere el Emperador Taizong fueron enviadas todas sus mujeres, como indicaba la tradición, a un convento budista, confinadas, con la cabeza afeitada, nunca más serían de otro hombre. Pero el sucesor era débil y Wu volvió al trono. Esta vez se hizo cargo, sofocó revueltas, protegió a los campesinos, hizo florecer la economía, la educación mejoró porque reemplazó a los profesores deficientes, y con la importación del budismo que daba espacio a la mujer superó la influencia patriarcal del confucionismo para el que era antinatural que una hembra tuviera el poder en China, o que anduviera a caballo o que estudiara. De todos modos ni en su época ni en los siglos venideros le perdonarían

haber desplazado a los burócratas varones de sus cargos, menos aún haber mantenido encuentros eróticos con distintos amantes. Tuvo una hija y la protegió diciendo que había muerto a poco de nacer. Contribuyeron con la mentira sus enemigos nobles porque la acusaron de haberla asesinado ella misma. En un templo budista, lejos del centro neurálgico del poder, se hicieron cargo de su educación mujeres de confianza. Nunca se supo quién era el padre. Llevó la joven un nombre que luego cambiaría por Zhu, y las hijas de sus hijas lo portarían como línea de sucesión femenina. Soportaron los tiempos, las invasiones y acosos, superaron los mandatos masculinos, se dirigieron a sí mismas. Marco Polo recorrerá varios siglos después esas tierras, llevará de regreso mapas y conocimientos cruciales a Europa, y otra Zhu, hija de hijas de aquella, será la amiga que lo acompañará a Venecia y luego a Génova, donde el autor de *Il milione* se verá con el de la *Commedia*.

Los globos más grandes chocan y se fusionan. El Colorado asegura que su madre proviene mujer a mujer de la antigua Emperatriz, quien inició la cadena. Él, en el otro extremo, es el hijo del último eslabón, donde se interrumpe la transmisión por ausencia de hijas mujeres. Descendemos del mono, le dijo una vez, y especialmente de la mona, sin la que nada hubiera sido posible. Y para manifestarlo no usaron el apellido patriarcal sino el nombre de la dinastía, Zhu, disimulado a veces dentro de una grafía distinta o con el agregado de un topónimo, o un sufijo, para no llamar la atención de la inquisición, de poderosos con odio, que por menos encendieron piras y untaron de brea o despellejaron o enviaron al destierro. Durante buena parte de la dinastía Tang no necesitaron esconderse. Fueron períodos signados por el crecimiento cultural, el desarrollo tecnológico, la mejora económica y especialmente la aceptación de la participación femenina en tareas antes exclusivas de los varones. Pero el bienestar cumple sus ciclos y paulatinamente vuelven los tiempos turbios, las persecuciones y la opresión. Es entonces cuando muchas mujeres se refugian en templos aislados, lejos de las grandes ciudades, o directamente emigran.

La línea de sus antepasadas Zhu, huyó a Europa de la mano de Marco Polo, de Venecia a Génova, de Génova a Flandes, a las primeras asociaciones beguinas. No las amedrentó la amenaza de excomunión ni la pobreza, comían lo que producían, vertían a las lenguas vulgares los textos latinos, sin votos de castidad deambulaban con los juglares que también sufrían persecución, algunas tuvieron hijos e hijas con ellos y las llamaron Zhu. Alguna fue su ancestro. Una de ellas fue la beguina madre de su madre, a quien conocía Marcella Pattyn y de quien supo algo por su relato en esas pocas horas de conversación en Kortrijk. Tu abuela no sabía tocar ningún instrumento, le dijo la vieja, pero tenía una bella voz y los ojos rasgados. De dónde había sacado él, se decía, esa cara de gringo y ese color de pelo que le ocasionó el seudónimo. Evidentemente no de su madre, que era muy blanca. Ni de sus antecesoras de la rama femenina, que parecían orientales. ¿Si hay una carga genética, también se transmitirán los mecanismos moleculares de expresión, y la química interviene la sonrisa y el tono de voz? ¿Por qué no se sostenía en los rasgos? Eran preguntas condicionadas por su oficio, los años de estudio, las vías recorridas por el trabajo como vendedor de aditivos plásticos. Tal vez solamente funcione de mujer a mujer, como esa fuerza de personalidad, de carácter e independencia. Él, en cambio, único hijo varón, era el asesino de esa larga historia y llevaba, como Caín, el signo sobre la piel. Se sentía partícipe de la violencia patriarcal, que había logrado finalmente su objetivo. Después, se bajaba del ego, y reconocía que la sucesión no era una sola, que había habido muchas otras Zhu y beguinas esparcidas por la vastedad de la tierra. La soberbia se minimizaba por un rato y con ella el ridículo sentimiento de ser el poseedor absoluto de la culpa.

Sale del hotel Messeyne cerca del mediodía. Como la tarde anterior, después de cerrar un contrato en la isla de Buda, había cruzado el puente de piedra y visto las torres con el aburrimiento de quien estuvo en decenas de viejos barrios medievales de toda Europa, hoy decide ir a almorzar al centro de Kortrijk. Su cliente le recomendó que visitara el Vlasmuseum, el museo nacional

del lino, y contuvo la risa al darle las gracias. Era lo mismo que llevarse trabajo a la cama. Pasó por el Begijnhof, un convento patrimonio de la Unesco o algo así, y a unos cien metros encontró el restaurante. Comió solo, bebió solo, estaba acostumbrado a eso. Vol au vent relleno de pollo, vino chileno. En la mesa vecina unos turistas ingleses comentaron que la semana anterior había muerto la última beguina. Pidió un postre excesivo. Luego en el hotel durmió una larga siesta, el avión de regreso saldría a medianoche. Miró un poco de televisión para hacer tiempo, los canales locales hablaban de Marcella Pattyn, su vida en el Congo, la ceguera, la asociación de mujeres a la que perteneció y murió con ella.

Está cansado. Se ve a él mismo dentro de una burbuja que nada a centímetros del resonador. Se oye hablar, reconoce su propia voz pero no su biografía:

“Estaba acostado en la camilla del kinesiólogo con el magneto y los cables haciéndome cosquillas en la pierna izquierda, el brazo cruzado sobre la cara para taparme la luz del tubo fluorescente. Llovió todo el día y por lo tanto había pocos pacientes. Cuando el dolor empieza a suavizarse es más fácil faltar a las sesiones. A ambos costados, no había nadie. Apenas se oían a lo lejos el runrún de las bicicletas fijas y el relato monótono de un partido de fútbol por televisión en la sala de espera. Javier seguramente estaría tomando un café con la recepcionista. Eran las seis en punto, según anunció la radio. Son las 18 hs, la temperatura es de 17 grados y llueve torrencialmente en toda la ciudad, buen momento para escuchar música. Entré en un estado de relajación, había tenido un largo día de trabajo y mucho manejar para volver a casa con el limpiaparabrisas al máximo, tenso y atento por las imprudencias ajenas. Es la hora de la curva descendente, sobre todo en esa posición y en silencio. En la radio comenzó a sonar un tema de Soda Stéreo. Empecé a imaginarme que estaba en

otro lugar, pero nada había cambiado. Javier pasó a mis espaldas e hizo un comentario, se llevó algunos papeles, seguramente unas fichas para la obra social. La voz de Gustavo Ceratti me conmovió. En ese preciso momento él estaría en esa misma posición en el instituto donde lo mantenían aún con vida o con signos vitales, a la espera de que despertara. Sentí con claridad, quiero decir sin ninguna violencia emocional o psicológica para mí, que entraba en su cerebro, o más precisamente en su sueño. Gustavo estaba soñando y yo participaba como espectador de su sueño. Había colores suaves y paisajes tersos, imprecisos, algo así como una extensión de campo con modulaciones y manchas leves celestes, ocre, verdes amables. Tal vez un campo de golf en un planeta extraño. No había más movimiento que el de los pastos por la brisa. Los sonidos y los olores eran de la misma especie. Y percibí claramente que Gustavo sonreía. Él no estaba, era su sueño o su pensamiento en coma profundo, pero sonreía. Volví abruptamente a mí mismo, Javier me hizo un chiste sobre la siesta que me había echado, me desconectó los aparatos y me saludó hasta la próxima.

Escribir sobre los sueños me parece tautológico. Pero qué más puedo hacer si han ido ganando tanto territorio que ocupan mis distintos estados como una posesión. Pensé inicialmente que tenía algún problema de salud, ay ese macho hipocondríaco; ¿una alteración de la tiroides, tal vez efecto colateral de aquel shock postraumático infantil? También podría ser un hígado en retirada o senilidad precoz o acaso el resto de la lista de causas que enumera google al buscar “¿por qué se duerme uno parado?”. Hay algo muy placentero en ese pasaje extemporáneo. Un despegue. Una maravilla de agua que baña también por adentro. Estoy en un lago plano, sin la más leve estribación, y la humedad de ese otro universo recorre cada milímetro de piel y también cada milímetro de vísceras, bucean mágicos el corazón y el cerebro, las dendritas, el hipotálamo, las meninges, vasos sanguíneos y nervio óptico. Es convertirse en pez y ser gota de agua, pájaro y aire todo uno. El agua es azul y soy azul, y cuando se vuelve de un verde sauce soy hoja y cuando se vuelve gris mineral soy piedra. Mientras dura

este sueño, todos los sentidos perciben unidad, es inseparable el mundo en que braceo, todo es el mismo olor y soy el olor, soy y estoy un beso inmenso con soles que emiten calor y yo mismo soy el calor y los soles. La inmensidad es el alcance de mis dedos, de mi voz que es el canto de fondo del universo. Llego a la playa de la vigilia y recupero mi pobre condición humana.

Salto de sueño a sueño; en el otro alguien está soñando, y sueño con eso. Salto a mi propio sueño de niño.

En el sueño de ella, ella estaba llorando por mí. Entonces supe que yo había muerto y que podría vivir en un sueño. Pensé permanecer en el suyo, pero la haría sufrir por el resto de sus noches. Decidí alejarme hacia cualquier otra nube.”

Está en el resonador mirando el globo. Se reconoce allí a medias. Es su cara, su voz, es él en otros años pero no reconoce esa historia, nunca fue al kinesiólogo. Piensa que, por los datos, quizás sea un tiempo tan lejano que lo ha olvidado o borrado. La abundancia de globos tal vez limite su memoria. Pero quién es ella, esa que llora por él. No puede desaparecer completamente la marca del amor intenso. Suena el tractrac y lo devuelve a su situación presente. Ya no tiene ataques de pánico, como si hubiera aceptado que el tiempo se estira y nada cambia salvo esas vísceras que flotan en torno cargadas de narraciones, que se funden y derivan, que ocupan todo su pequeño universo. Ha observado un Little Bang, su creación que se expande, y la multiplicación de burbujas donde se mueve el Colorado, Wu, el investigador, todos los seres que deambulan por la habitación blanca sin plantas ni cuadros, apenas un ojo de cíclope que lo desmenuza a él y le retuerce los átomos de su cuerpo, los desordena, los vuelve a ordenar, los mide y certifica proporciones de los líquidos y sólidos que forman su organismo, mientras tanto los cordones no sólo umbilicales lo completan con extensiones como otros órganos, vísceras de los sueños y las pesadillas, de los recuerdos y las penas, que engrosan su esfericidad. En cualquier sistema físico aislado de su entorno, la cantidad total de energía será siempre la misma,

según la termodinámica. Quizás no rige esa ley para el producto de la mente y por esa razón en la habitación extrema, apretada y ciega, como un blanco de cero absoluto, sus procesos no se detienen. Una arañita en el rincón fue la entropía para que se produjera una pequeña explosión de mundos que tienden a incrementarse en el tiempo. No es desorden, es vida. Segunda ley de la termodinámica.

Sus padres están copulando y en el verbo que usa ya hay demostración de problemas. Él siente murmullos, voces apagadas, por eso se desliza como vio hacer a los soldados en las series, boca abajo, reptando con la tracción de sus codos, hasta la puerta mal cerrada de la habitación. Y espía. La posición aunque convencional le sugiere violencia. Sigue vinculando esas imágenes con las películas de guerra, las peleas cuerpo a cuerpo. ¿En algún momento uno de ellos sacará un cuchillo y lo clavará en el cuello o habrá un forcejeo por un fusil y sonará el disparo? Nada de eso sucede, la relación culmina y ambos reposan, pero él guardará la escena hasta que empiece la escuela, y hasta que llegue a su edad actual. Supuestamente lo ha superado pero está ahí, agazapada en algún sitio. Recuerda haberse escondido en muchas ocasiones para ver. No hubo demasiadas variaciones. La misma cama, las mesas de luz con extrañas patas torcidas, puntas y manija de bronce, y mármol rosa. Una vez, gracias a la imagen repetida en el espejo del placard, notó que habían puesto un trípode y una cámara. Cierta día, ya tenía diez años, estando solo en la casa, revolviendo por juego cajones y estantes, encontró videos. Eran ellos, sobre la cama, divertidos. Ellos, asquerosamente desnudos. Ellos mirando en primer plano hacia el foco, mirándolo a través de la pantalla, cada vez más cerca hasta que los ojos de ambos eran solo dos ojos cíclopes que lo investigaban a él, los actores analizaban al espectador. ¿Lo habrían descubierto? Repuso las cajas en el escondite y nunca más volvió a buscarlas. De todos modos siguieron ocupando un lugar importante en el fondo de su memoria, listas para saltar al centro de la escena.

Tenía casi diez años y su amigo enfermó. No le contaron detalles, faltó unos días a la escuela, luego lo internaron. Era su mejor, quizás único, amigo. Averiguó como pudo. El Peli, como le decía, tenía un primo más grande, en sexto grado. Él le dijo que estaba en el Hospital de Niños. No pidió permiso en su casa, sabía que no lo llevarían y seguramente tenían razón, temerían que se contagiara de cualquier cosa en medio de tantos enfermos. Esa tarde faltó al colegio y fue a visitarlo. Había muchas madres con sus hijos entrando, saliendo, haciendo colas, sentados en la escalera. Pasó desapercibido. En un lugar público es fácil caminar entre la multitud. Le llevó un buen rato abrir puertas y pedir disculpas, finalmente lo encontró en el tercer piso. No había nadie con él. Se acercó sin saber qué hacer. Se quedó parado a los pies de la cama de metal. El Peli abrió apenas los ojos, se notaba que estaba mal, sin su color rosado tan particular. Entonces se acercó y se sentó en la silla y lo tomó de la mano pálida. Cerró los ojos, los dedos se ablandaron, murió. Unos meses después escuchó el comentario de dos maestras, padecía leucemia. No le interesó el diagnóstico. Ya de grande aprendió que estamos hechos de miles de millones de átomos que heredamos de otros seres, personas, animales, vegetales, y que al morir los legamos al universo. Se convenció de que en aquel momento de la muerte, algo, algunos cientos o miles de átomos, tal vez más, que habían escapado del cuerpo de su amigo, se reubicaron en vaya a saber qué espacios vacíos de su organismo. No solo en la memoria. No recordaba que aquel día, cuando regresó a su casa, el padre lo castigó duramente por haber escapado de la escuela vaya a saber para hacer qué barbaridad. Dicen también que los átomos del cuerpo se reemplazan constantemente, algunos siguen por horas y otros por años, pero la mayoría es sustituida al cabo de una década. Así ocurrió con el episodio de la paliza; sin embargo sobrevivieron la mano blanda y su pasaje al frío en la cama del hospital. Varias veces se acordó de él allí acostado en el resonador.

El monje reunía ciertas condiciones favorables, según creía Wu: él no necesitaba otra madre, era joven pero no un infante, culto, budista (el confucionismo despreciaba a las mujeres), había

recorrido desde la India hasta las islas del sur en embarcaciones donde los marineros (y quizás algunas prostitutas) le aportaron aquellos conocimientos mundanos que complementaban su formación intelectual y podía susurrarle al oído e intercambiar durante las comidas no solo la descripción de otros cielos y otras lenguas, también las caricias y palabras secretas. Por otra parte, y especialmente, no era impotente, tenía un aceptable apetito sexual, que dejaba a ambos satisfechos. Lo contrario del poeta Luo Bingwang (ganso, ganso, ganso) que convirtió su blandura en ferocidad para la mentira, la rigidez que le faltaba a su miembro la volcaba en intrigas palaciegas, infamias para desacreditarla, acusaciones de crímenes que ella no había cometido. Wu no quería tener hijos. Había aprendido qué hierbas consumir para cumplir su voluntad. Había recogido de los muros de la gruta Yaofangdong las prescripciones médicas para todo tipo de males, enfermedades comunes o diversas formas de locura. Devoción y sanación.

Pero quedó embarazada del monje. Tomó una decisión, tendría su hijo. Por algo habían fallado esta vez los brebajes que la blindaron durante varios años de muchos amantes. Aceptó. Pero no le diría nada a él, que ya estaba lejos nuevamente, inmerso en sus traducciones del sánscrito. Así fue que fingió la muerte de su hija y la envió a un convento donde la protegerían de las cada vez más feroces amenazas de los varones imperiales. La visitó en secreto. Oró a Buddha Vairocana en la Puerta del Dragón, el gran santuario Fengxian, y constató cómo crecía, bella y firme. Esperaba que la sucediera en el trono pero nunca llegó la oportunidad. No supo que a su muerte la joven adoptaría el nombre de la dinastía Zhu. Fue la iniciadora de la larga tradición de mujeres que mantenían el apellido materno, aunque disimulado según las circunstancias históricas, siempre con la conciencia de que era un signo primordial a preservar. Algunos mutilan su cuerpo, otros se hacen un tatuaje de clan, muchos honran solamente al macho de la stirpe; ellas en lugar de desdibujar a la madre detrás del nombre del varón, perpetuaban saber de qué mujer provenían. Todas se reconocían como una

Zhu. A su manera inexpresiva, la emperatriz se emocionaba pensando en la joven, hermosa e inteligente, fuerte como ella y como el padre que no conocerá. Por largo tiempo estuvo convencida de que el monje había sido otro soldado de terracota de Quianling al que ella sedujo alabándole su inteligencia, pero el poder es solitario, y solamente la rodeaban adulones y buitres expectantes, súbditos con preguntas, urgencias que resolver. En alguna madrugada escapaba a caballo hasta el sendero de las Colinas de los Pezones, y recordaba las historias que su amante le refirió allí mismo sobre el Ancla del cielo, Las dos jirafas, el maravilloso imperio de Srivijaya, con su poder y riquezas ; todos los lugares lejanos que ella no habrá de conocer en las islas del sur, en la India y en África, ni en tierras de las que aún ni siquiera se hablaba. Sus hijas futuras seguramente irán. No sabe ella que conservarán su nombre, apenas disimulado entre otras letras, adaptado al país donde se instalen. Preservarán la memoria de su línea. No importa que los demás no sepan, ellas sabrán. Tampoco sabe, pero intuye, que sufrirán persecuciones; ella las padece, niega que le ocurran a su hija; de todos modos serán difamadas, expulsadas, allá a lo lejos en el tiempo quemadas como brujas, siempre postergadas. Ansía que la astucia y el temple las ayuden a superar esos embates. Conoce las asperezas del camino. Ya le dijeron asesina, demente, inepta, aunque mejorara la vida de su pueblo, evitara las guerras con diplomacia, extendiera el imperio. Difícil inaugurar otro camino, desviarse del paso rutinario, sin pagar las consecuencias de la osadía. Los burócratas de las familias nobles no largarían así como así la presa. Wu trabajó y conoció el éxito de su reforma horizontal, desplazó varones, ubicó mujeres en los puestos de poder. Inauguró sin saberlo la verticalidad de ese intento de transformación, que comenzaba a diagramarse a través de los años hacia un futuro con muchas descendientes que llevarán su mismo nombre como bandera.

Los globos se han reproducido tanto que ya no queda espacio en el salón del resonador. Invaden incluso los pocos centímetros cúbicos que separan su cuerpo atado, del ojo que lo analiza. La máquina no detecta esas presencias de piel traslúcida y

leve donde suceden las historias que él está viendo. Desde la aparición de la araña, ese pequeño bang de entropía, hasta ahora, se han multiplicado de manera exponencial. Son tres o cuatro los relatos iniciales, pero han ido tomando desvíos, se han fusionado, partido, coloreado u oscurecido, según los recuerdos, la imaginación, el grado de pánico, los tractrac, el ahogo. Recordó que los libros sobre su mesa, eran agujeros en la biblioteca. Los elementos se combinaron a ojo, sin receta rigurosa ni balanza de precisión, se mezclaron, quebraron, volvieron a unirse. Así el monje budista obtuvo un aspecto occidental, la nave persa se hizo carraca española, el pasado presente, y los deseos y furias ocultas se materializaron en ajusticiamiento criminal. El amigo Colorado tal vez no existió. Al menos de la forma en que lo muestra esa vejiga donde se lo ve leyendo y rompiendo un bestseller junto a él que lee a Virgilio. No recuerda haber viajado en avión. Solamente está seguro de que yace allí en la plancha móvil y ruidosa del resonador, y de que lo rodean como vísceras sus narraciones posibles. Cómo saber si cada hecho fue real o lo ha distorsionado esa máquina de metal y plástico, ese ojo cíclope que lo cala, le desordena los átomos, los mide y pesa, y vuelve a ordenarlos a su modo. De niño, como todo niño, vio u oyó a sus padres jadeando en la cama. Temió que ellos supieran que los espiaba. El tabú amplificado por la escuela represora. Las anécdotas familiares de picardías adolescentes, con sotanas y fusiles, las lecturas, el amor. En ningún momento se durmió, no son productos de sus sueños, en todo caso son creaciones que requieren un desarrollo, semillas brotadas de no sabe qué plantas aún, como si se hubieran roto los envases y todo surgiera por azar hasta que alguien le dé una dirección, elija un sentido y aborte el resto. Por ahora, son mundos posibles.

Se abre la puerta, entra el técnico y camina entre los globos que no ve. Lo desata. Listo, dice, ya está, mañana puede pasar a buscar los resultados, pero no se vio nada raro, lo tranquiliza. Se saca el camisón fantasmal, se viste y sale. Lleva un hilo con todos sus globos, algunos vuelan, otros se arrastran. Atraviesan la puerta sin dificultad y el cubo blanco con la máquina vuelven a su grado

cero. Por el largo pasillo lo acompañan las extensiones de sus órganos. Un hígado con las furias, también tendones delicados que recuerdan las agresiones y temen ataques nuevos, el corazón que marca su ritmo a veces con pausa y otras vertiginoso. Hay tripas y quistes, hay pulmones purificadores y las sinapsis azarasas. No es un niño que sale de una fiesta sino alguien que espera. Por el largo pasillo que se ensancha y se angosta luego, se comprimen o expanden las burbujas del colorado, el monje, la emperatriz, el investigador, esa pareja del video porno, toda la caravana que explotó a pesar del cuarto blanco como un pequeño bang, como una araña intrusa que movió sus patas sin permiso. Llega a la vereda. Apenas cruza la calle, entrevé el borde del parque y del otro lado del lago el Hospital de Niños, sin volverse hacia la mole blanca y espejada del instituto de radiología, ya toma la decisión de contar en tercera persona omnisciente las historias que crecieron en los globos mientras la máquina le desarmaba los átomos para encontrar rincones que a él no le importaban en absoluto. Suena una bocina, lo saca de sus pensamientos, y le sonríe su esposa, que está al volante, tiene el pelo enrulado recogido con una hebilla. Él abre la puerta y contesta que le fue bien, los resultados están en uno o dos días, ella le da un beso, contenta y aliviada. Mientras se pone el cinturón, al mover la cabeza hacia adelante, ve cómo un numeroso grupo de policías con armas largas apoyados por dos móviles se acercan sigilosamente hacia la puerta por donde acaba de salir. Están en una viscera gris, una masa de escudos y borceguíes, hombro con hombro para perseguir y castigar. Le causan gracia. A su alrededor, inundando todo el paisaje, se despliegan también los otros globos, burbujas y vísceras que avanzan sobre el 99 por ciento de vacío. Al mismo tiempo, la vida real, tangible, está dentro de la cabina. Ellos se miran y sonríen. Ella tiene hermosos ojos marrones, rasgados, que contrastan con el color rosado de su piel. El automóvil se pone en marcha.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2025.